3 1761 07989985 2

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/loscsaresdelap00bayo

11

CIRO BAYO

908

LOS CÉSARES

DE LA PATAGONIA

(Leyenda áurea del Nuevo Mundo).

MADRID
LIBRERÍA DE HERNANDO
ARENAL, 11
1913

LOS CESARES DE LA PATAGONIA

OBRAS DEL AUTOR

Viajes:

Lazarillo español..... 1 vol.
El Peregrino entretenido..... 1 „
Con Dorregaray..... 1 „
El Peregrino en Indias..... 1 „
La Plata perulera..... 1 „

Leyendas áureas del Nuevo Mundo:

La Colombiada..... 1 vol.
Los Marañones..... 1 „
Los Césares de la Patagonia..... 1 „
El capitán Nuflo de Chaves..... 1 „
Los Caballeros del Dorado..... 1 „

Varias:

Romancerillo del Plata..... 1 vol.
Vocabulario criollo Sud-americano.... 1 „
Orfeo en el infierno (novela)..... 1 „

CIRO BAYO

LOS CÉSARES

DE LA PATAGONIA

(Leyenda áurea del Nuevo Mundo).

MADRID, 1913

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO
MAR
30
1983

LIBRARY
OCT 16 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

F
30
B3F

IMPRENTA DE JUAN PUEYO, MESONERO ROMANOS, 34. MADRID

Prólogo

Consecuente al plan que sigo en mis Leyendas áureas del Nuevo Mundo, *procuro hacerlo con la mayor amenidad posible para que el lector se interese por el asunto.*

Esto, que parece sencillo, es de tan difícil ejecución tratándose de estudios históricos, que si he de decir la verdad, cada una de esas Leyendas *me cuesta más trabajo que una obra original, de imaginación; pero me doy por satisfecho con la aprobación que en América dan á estos modestos arreglos. Algo se leen en España, según me dicen los libreros; digo los libreros, porque hasta ahora ningún crítico español parece haberse enterado de estas lucubraciones, y nada ha dicho ni en bien ni en mal. Bien es verdad que á los que ahora actúan de oficiantes, les vendrá muy cuesta arriba dictaminar sobre cosas de*

América, de las que están ayunos; y que los "americanistas" que saben, no pueden, es decir, no pueden poner el paño al púlpito como les es concedido á los críticos de alquilón. Como me costeo la edición, yo solo sufriré las consecuencias de este boycotage *que, de seguro, me impondrán estos úliimos. Pero no importa; el buen paño en el arca se vende, y si el público gusta de él, lo comprará.*

Pero, volviendo á las Leyendas, *y en particular á esta de* Los Césares. *Las bases de información son muchas, tantas, que se estorban y aun se contradicen las unas á las otras. Como no pretendo hacer obra de erudición, sino de vulgarización, tomo los fundamentos históricos que me parecen más sólidos y sobre ellos encumbro la leyenda, adornándola con mis impresiones personales de los lugares donde se desenvolvió.*

Esta de Los Césares *fué flor de las latitudes patagónicas. No conozco la Patagonia, pero me formo de ella una idea, porque he vivido en Bahía Blanca, que es el límite Norte, y he cruzado el Estrecho en viaje á Valparaíso. De aquí á Santiago, y de esta ciudad á Mendoza, por el paso de Uspallata, cuando no había ferrocarril transandino. Antes de todos estos viajes estuve en plena Pampa, nada más que tres años, de* preceptor rural, *como me llamaban los gauchos; de*

maestro de escuela de aldea, como se dice en España, ó de más ínfima categoría, porque mi escuela gauchesca estaba en despoblado. El caso es que yo enseñaba á hacer palotes y silabear á los hijos de los gauchos, y que éstos me enseñaron á su vez á ser jinete de la Pampa y á gustar la soledad y la independencia del hijo del desierto. Tan pagado estoy de mi magisterio pampeano, que no lo cambio por una cátedra de Buenos Aires; porque catedrático puede serlo un pedante—no digo que lo sea—, mientras que maestro de gauchitos sólo puede serlo el sabio que canta Luis de León en su Vida del Campo.

Todo lo cual converge á un propósito, que es: asegurar á quien me leyere que no he pedido prestada á nadie la decoración escénica en que se mueven Los Césares, *si quier el argumento lo sea.*

En lo demás, el asunto de la leyenda es interesantísimo. Es el mito de una ciudad encantada de españoles perdidos en no se sabe qué punto de la Patagonia, y para cuya búsqueda y rescate se emprenden aventureros viajes. Su historia constituye uno de los temas más curiosos y más amenos del folklore argentino y chileno.

CAPÍTULO PRIMERO

La gobernación del Estrecho.

Los Fúcares; Simón de Alcazaba; la Armada del obispo de Plasencia.

A principios del siglo XVI, época en que ya se habían conquistado los imperios de México y del Perú, la dominación hispana se extendía de un extremo á otro de las Indias occidentales. En cuanto á la América meridional, el rey de España la tenía repartida del modo siguiente:

I. *Gobernacion de don Francisco Pizarro*, ó sea provincia de la Nueva Castilla (Perú), cuya extensión era de 270 leguas Norte-Sur, desde grado y medio al Norte de la línea equinoccial hasta el grado 14 de L. Sur.

II. *Gobernación de don Diego de Almagro*, ó pro-

vincia de Nuevo Toledo; su extensión, de 200 leguas Norte-Sur, desde donde terminaba la gobernación de Pizarro hasta el grado 25.

III. *Gobernación de don Pedro de Mendoza*, ó provincia del Río de la Plata, de 200 leguas Norte-Sur, desde el grado 25 hasta el 36 inclusive, de mar á mar.

IV. *Gobernación del Estrecho*, que se extendía desde donde terminaba la anterior, en el mar del Sur (Océano Pacífico), hasta el Estrecho de Magallanes; y dando vuelta por esta vía, remontaba por el Atlántico hasta encontrar el grado correspondiente que señalaba el otro límite de la gobernación de La Plata.

Esa región de la "provincia del Estrecho", imperfectamente conocida en aquella época, era entonces estimada en más de lo que realmente vale. La imaginación de los conquistadores creía descubrir en aquellas latitudes espacio para nuevos imperios, y de ahí que muchos pretensores la solicitaran de la corona de Castilla.

El rey la concedió primeramente á *Sebastián de Alcazaba*, célebre marino portugués al servicio de España, como Magallanes y Ruiz Falero; y diósela en resarcimiento de una expedición que el Alcazaba tenía aparejada "para navegar hacia el Oriente

por la vía de Occidente" en busca de las Molucas, y que á última hora se destinó al transporte de la comitiva española que fué á Italia á la coronación del emperador Carlos V en Bolonia en 1530. Diéronsele tres años de plazo para poner su empresa en ejecución, y como Alcazaba los dejara pasar sin realizarla, fué suplantado por *los Fúcares* (1).

Los Fúcares.

Eran éstos Antonio, Jerónimo y Raimundo, tres hermanos y socios de banca, especie de Rothschild de nuestros días, prestamistas de reyes. Como el emperador Carlos V estaba entrampado con ellos, llevó su condescendencia hasta el punto de firmar las capitulaciones en la forma que ellos tuvieron por conveniente.

Lo que los Fúcares pidieron y fuéles otorgado en gobernación por tres vidas, comprendía casi toda la América meridional: lo que hoy constituye la parte meridional del Perú, Bolivia, Chile y gran parte de la República Argentina. No satisfechos

(1) Apellido romanizado de los *Fougher*, así como *Belzar* de los Weltzers, unos y otros los reyes del dinero en aquella época. Madrid conserva todavía en los barrios bajos las calle y travesía *del Fúcar*.

con esta concesión monstruosa, los banqueros de Amberes aumentaron sus exigencias: pretendían que se extendiera su jurisdicción á todas las islas que se hallaran entre la costa de América y las Molucas, y entre otras condiciones pecuniarias, sumamente onerosas, descendían al detalle de reservarse el quinto real por veinte años y la posesión de los tesoros que se hallaran en las "guacas" ó sepulturas de los indios.

A todo accedió Carlos V, oponiendo muy raras excepciones, acaso las estrictamente necesarias para evitar que los Fúcares se erigieran en reyes de los países que iban á conquistar. Estas escasas reservas fueron, sin embargo, suficientes para que los flamencos abandonasen el proyecto.—*No habiendo sido servido Su Majestad de concederles los capítulos originales*—decía el apoderado de los Fúcares—, *no eran contentos de entender en la negociación.*

Canceladas, pues, las concesiones hechas á los Fúcares, pudo la Corona disponer á su arbitrio de aquellas comarcas de Sud-América, y en un mismo día (21 de Mayo de 1534) extendiéronse y signáronse capitulaciones para el reparto de las tierras comprendidas entre el límite austral de la gobernación de Almagro y el Estrecho, con D. Pedro de

Mendoza, caballero de Guadix, y con Simón de Alcazaba, este último, recomendado y ayudado eficazmente ahora por los Fúcares y los Belzars de Augsburgo.

La gobernación de Alcazaba se restringió á los territorios que se extendían al Sur de las 200 leguas concedidas en gobernación á Mendoza, y en principio se llamó *Nueva León.*

Expedición de Alcazaba.

La expedición de Alcazaba fué desgraciadísima. Llegó, efectivamente, al Estrecho (descubierto en el 1520 por Magallanes) y aun pasó buena parte de él; pero dos capitanes que desembarcaron para explorar la tierra, viendo la pobreza del terreno, acordaron matar á Alcazaba con el propósito de alzarse con las naves y hacerse corsarios

Como lo pensaron, lo hicieron. A media noche, cuando estaba durmiendo á bordo el gobernador, le cosieron á puñaladas y arrojaron el cadáver al mar. Con esto estalló el odio á bordo entre leales y traidores, hasta que un buen día los leales trincaron á cuantos fueron en la muerte de Alcazaba, hicieron justicia de los principales y á los demás dejaron abandonados en la costa, mientras las naves

partían para la lejana isla de Santo Domingo á dar parte á la Real Audiencia allí establecida. De 280 hombres que se habían enrolado en San Lucas, sólo llegaron á salvamento 80; los demás murieron ó quedaron perdidos en el Estrecho.

De esta expedición hay copiosa bibliografía en crónicas y archivos (1), y en el de Indias existe una real cédula, á manera de *inri*, de todo el sumario. Va endosada á la abadesa de Santa Ana en Avila, y dice así:

"La Reina.—Ilustre priora tía: Sabed que Simón „de Alcazaba, caballero de la Orden de Santiago, „fué por nuestro mandado á conquistar y poblar la „provincia de León, que es en las nuestras Indias, „en la cual jornada murió, donde gastó toda su ha-„cienda y de su mujer, de manera que ella y sus „hijos no tienen con qué se sustentar. Agora doña „Isabel de Sotomayor su hija me ha hecho relación „que está muy pobre y tiene voluntad y devoción „de servir á Nuestro Señor y permanecer en esa „casa, y me suplicó os escribiese la mandásedes re-„cibir por monja en alguna de las principales filia-„ciones de esa casa, y yo, considerando todo lo su-

(1) Véase compiladores de viajes chilenos é ingleses: Torres de Mendoza, Guerrero Vergara, Amunátegui y Hadkluyt y Burney.

„sodicho, lo he habido por bien; por ende yo vos „ruego y encargo mucho proveáis como en alguno „de los principales monesterios que son filiaciones „de esa casa, donde hubiese más disposición, sea „recibida por monja, que en ello recibiré de vos „acepto placer y servicio. —De Valladolid á 30 días „de Enero de 1538 años. —Yo *la Reina*.„

La Armada del obispo de Plasencia.

A raíz del desastre de Alcazaba figuraba entre los cortesanos un prelado joven y de noble cuna, llamado *don Gutierre Vargas de Carvajal*, natural de Madrid, que á la temprana edad de diez y ocho años, en 1524, fué consagrado obispo de Plasencia.

En este personaje concurren varias circunstancias á cual más curiosas. Era hijo de aquel Vargas del Consejo de Castilla, á quien sus colegas encargaban la decisión de los asuntos más arduos, con la muletilla *Averígüelo Vargas*, que ha quedado como dicho vulgar. Fué el fundador de la suntuosa "capilla del Obispo" en la parroquia de San Andrés, de Madrid, que es lo poco bueno que en este género ofrece el Madrid antiguo. Fué, por último, favorecido por Carlos I con el encargo de acompañar el cuerpo de Felipe "el Hermoso" hasta darle se-

pultura en Granada, poniendo punto á las románticas peregrinaciones que con los amados despojos hacía doña Juana "la Loca". Debía ser este D. Gutierre Vargas de Carvajal hombre de empresa cuando solicitó, aunque en nombre de su hermano Francisco de Camargo, gentilhombre de boca del emperador, *lo que ha sobrado de continente*, ó sea la Patagonia y el Estrecho, de los que se tenía vaga noticia por los viajes de Magallanes, Loaisa y Alcazaba, por más que ninguno de los tres llegara á penetrar la tierra.

El emperador accedió á la demanda y el caballero Camargo, á costa de su hermano el obispo de Plasencia, empezó á aderezar los navíos y reclutar gente en Vizcaya. Las naos vizcaínas fueron á completar su avío á Sevilla. Por ciertos impedimentos Camargo se desentendió del negocio é hízose cargo de la Armada del Obispo un comendador de Burgos, frey Francisco de la Rivera, tan pobre, que antes de darse á la mar, pidió real permiso para dejar en un convento de damas nobles á una hermana y dos sobrinas, para que las sustentaran mientras durase la conquista.

El viaje de la armada del obispo de Plasencia, no menos que sus resultados, constituye uno de los episodios más novelescos de los anales de Indias.

Salió la armada para su destino á fines de 1539. Iban cuatro naos: la capitana con el general y gobernador electo Frey Francisco de la Rivera, y tres naves más comandadas, respectivamente, por Alonso de Camargo, deudo del obispo, habilitador de la flota; el capitán Gonzalo de Alvarado y el maestre de derrota Miguel de Arogoces, piloto portugués que cuatro años antes había llevado al Río de la Plata al adelantado Mendoza (1).

La navegación se hizo con rumbo directo al Estrecho, y para el 20 de Enero de 1540, la flotilla había embocado por el Cabo de las Vírgenes. Dos días después, un temporal deshecho hizo varar la capitana en la costa, salvándose los tripulantes. La nave de Alvarado trató de recoger los náufragos, pero vientos y corrientes contrarias estorbaron sus esfuerzos, arrastrándole á las ensenadas orientales de la Tierra de Fuego. En esta deriva forzosa,

(1) El P. Rosales en su *Historia de Chile*, hace referencia á un Sebastián de Argüello como comandante de la armada, y le supone caudillo, y después patriarca de la gente que quedó en el Estrecho; pero el chileno Carlos Morla Vicuña, que habla de este viaje, en vista de los registros relativos á la expedición de Camargo, que se encuentran en el Archivo de Indias, asegura que en ninguno de ellos ha encontrado nombramiento ni título alguno extendido á nombre de tal personaje.—(*Estudios históricos*, nota V).

la nave de Alvarado llegó al límite austral no alcanzado hasta entonces; pasó el Estrecho que hoy llaman de Lemaire, el canal de la Beagle y tomó puerto en la isla grande de la Tierra de Fuego. Alvarado y su gente quedaron seis meses en el puerto de las Zorras; allí pasaron mucho frío, pero hallaron mucha leña y lobos marinos y pescados, así como remos, jarcias y cables de otras naves. Esto prueba que, mucho antes que Lemaire, los nautas españoles abordaron á aquellas latitudes australes. Calafateada la nave, Alvarado emprendió regreso á España; pero erró la derrota y vino á parar nada menos que al Cabo de Buena Esperanza. Aquí le sobrecogió una tempestad tan de repente, que dejando en tierra cinco hombres que había puesto en tierra para saber qué costa era, voló la nave hasta la isla de Santo Tomé, en la Guinea, y de aquí á Lisboa.

El capitán Gonzalo Alvarado es famoso, aparte estos detalles, porque figuró como tesorero de la expedición de Mendoza al Río de la Plata, años antes. Fué también de los que acompañó á Ayolas en la subida al Paraguay cuando este capitán remontó el río buscando salida al Perú, quedando Alvarado de comandante del fuerte Corpus Christi. Trató tan mal á los indios en esta ocasión, que

cercaron el campamento español, y le hubieran tomado sin el oportuno auxilio del capitán Abreu. Después de esto fué comisionado á España para dar cuenta al rey del Estado de la tierra, y ahora le vemos figurar en la expedición al Estrecho.

Explicada la odisea de Alvarado y su nave, veamos qué fué de las otras.

*
* *

Perdida la capitana, aunque salvados en tierra el comendador Rivera y demás gente, quedaban otras dos de las cuatro de que se componía la armada. De una de ellas no se supo más; la otra, la de Camargo, logró pasar el Estrecho, entrar en el Pacífico, y arrimada á la costa poner la proa al Perú. El capitán Valdivia y sus compañeros, que por este tiempo andaban empeñados en la conquista de Arauco, la verían siguiendo á velas desplegadas hacia el Norte, mientras ellos adelantaban por tierra hacia el Sur.

La tripulación de Camargo iba tan necesitada, que al llegar á una ensenada en una punta de la costa chilena, que estaba muy poblada de indios, compraron, entre otras cosas, un carnero de la tierra (llama), por el cual llamaron á aquel paraje

"Punta del Carnero". El regalo que los españoles hicieron en esta recalada, fué traer los ratones, que muy pronto se convirtieron en plaga.

La nave llegó tan destrozada á Arequipa, que se vendió en pública almoneda. Un mástil de este buque sirvió de asta de bandera por muchos años en la plaza de Lima, para memoria de haber sido la primera nave que llegó al Perú por el Estrecho; y de las tablas de la misma embarcación se fabricaron puertas para la casa de los Pizarro.

Por su parte, Almagro el mozo, se aprovechó de los falconetes y de un barril de pólvora que á bordo venían.

*
* *

¿Qué había sido en tanto del comendador frey Rivera y compañeros? Por la relación de la gente de Alvarado y Camargo se sabía que quedaban vivos en el Estrecho y con elementos de subsistencia; pero como no se les recogió ni parecieron por ninguna parte, nunca más se volvió á saber de ellos. Las noticias fantásticas acumuladas acerca de su paradero, fueron la base fundamental de *los Césares del Estrecho.*

De este modo, los tripulantes de la armada del

obispo de Plasencia, quedaron diseminados por medio mundo. De la gente de Alvarado, cinco en el Cabo de Buena Esperanza, el resto en Portugal y España; la de Camargo, en el Perú; y Hernando de Rivera con 150 hombres en la Patagonia.

CAPÍTULO II

Minucias históricas que hacen al caso.

Corría el mes de Diciembre de 1539, y el marqués Francisco Pizarro, conquistador del Perú, se ocupaba en remunerar los servicios de los que le habían servido bien en su reciente contienda con Diego de Almagro. A Pedro de Valdivia, antiguo soldado de los tercios de Italia, capitán de á caballo del marqués de Pescara en Milán, y, por último, maestre de campo de Pizarro durante la campaña que terminó con la batalla de las Salinas, cupo en suerte, cuando sólo tenía treinta y siete años de edad, el descubrimiento y conquista de Chile, paralizada desde el desastroso fin de la expedición de Almagro en 1535.

A punto de aprestarse Valdivia para su conquista, he aquí parece ante Pizarro un Pero Sancho de la

Hoz con reales provisiones para el descubrimiento y conquista de las tierras que se extendían al Sur del Estrecho de Magallanes y las islas adyacentes que descubriera navegando aquellos mares; la gobernación, en suma, vaca por la frustrada empresa de la armada del obispo.

El tal Sancho de la Hoz era un perulero vuelto á España con un buen botín que le cupo en el reparto de los tesoros de Atahuallpa, y era casado en Toledo con doña Guiomar de Aragón. Como buen advenedizo de Indias, había disipado su caudal, y para rehacerse, creyó lo más acertado tentar por segunda vez el camino que tan bien le había probado primero. A este fin, solicitó y obtuvo del monarca la concesión del gobierno de la Patagonia; pero en vez de entrar navegando por el Estrecho de Magallanes, con armada propia, hizo el camino ordinario por el istmo de Panamá, hasta llegar al Cuzco á presentar á Pizarro su real capitulación y nombramiento.

De esta suerte, Pero Sancho de la Hoz aparecía como un temible rival de Valdivia, pues le segregaba el territorio de la conquista, desde el Bío Bío hasta el Estrecho, entre los dos mares del Sur y del Norte (Pacífico y Atlántico). Por vía de acomodo, el marqués Pizarro les convidó á comer en su casa

del Cuzco, y á los postres concertó á los dos pretensores. Según ese concierto, Valdivia partiría en el acto para su conquista, mientras Pero Sancho iría á Lima por naves, bastimentos, caballos y corazas para alcanzar á su aliado en el camino.

Sancho la Hoz no logró reunir los recursos que se comprometió aportar. En su exasperación, apeló á un medio reprobado. Acompañado de cuatro almagristas, enemigos de Valdivia, llegó al real de éste, á la entrada del despoblado de Atacama, con ánimo de sorprender á Valdivia y proclamarse en su lugar con la ayuda de las reales provisiones que llevaba.

Falló el intento, porque Valdivia no estaba en el real cuando los conspiradores llegaron; mas cuando vino y se enteró del plan abortado, hizo prender á Pero Sancho y sus cómplices. Perdonóles la vida á condición que Sancho hiciera dejación de todos los derechos que pudieran pertenecerle por las capitulaciones reales. Arbitro del campo, Valdivia se armó de todas armas, y estando todos sus soldados puestos en escuadra, mandó venir un escribano y le dijo en alta voz: "Escribano, estad atento á lo que dijere é hiciere y dadme por fe y testimonio en manera que haga fe á mí: Pedro de Valdivia, capitán general que soy de este ejército,

como en nombre de la majestad del emperador Carlos V, rey de España, y mi señor natural, y por la real corona de Castilla, tomo la posesión de esta provincia y valles de Chile, por sí y por las demás provincias, reinos y tierras que más descubriere, conquistare y ganare, y las que en esta demarcación adelante ó por cualquiera parte quedaren por descubrir y conquistar."

Y diciendo estas palabras, puso mano á la espada y comenzó con ella en señal de posesión, á cortar árboles y ramas, á pasearse y á arrancar hierbas y mudar piedras de una parte á otra. Esto acabado, así armado de punta en blanco como estaba y con su espada desnuda, se apartó un poco más de su gente, y volvió á decir: "Si la posesión que aquí he tomado, alguna persona, por sí ó por algún príncipe ó señorío del mundo, me la quisiere contradecir, aquí le espero en este campo, armado para la defender y combatir hasta le rendir ó matar ó echar del campo."

Para asegurarse de La Hoz, Valdivia lo llevó por fuerza á Chile; hasta que un día el buen Sancho, que guardaba religiosamente la real provisión de su nombramiento, trató de hacerla efectiva, noticioso que Valdivia se embarcaba para el Perú; descubrióse la conspiración é hízose justicia cortando la

cabeza á Pero Sancho, estando aún en la rada de Valparaíso el gobernador Valdivia.

Digna de contarse es esta escapada de Valdivia.

Es el caso que Gonzalo Pizarro, en armas contra el rey, había nombrado nuevo gobernador de Chile, y sabiéndolo Valdivia y que el presidente La Gasca le llamaba á defender los derechos de la Corona, halló más acertado ir al Perú y asegurar su Gobierno.

A este fin, fingió enviar á su maestre de campo Villagra, á quien acompañó á Valparaíso. Aquí se le presentaron unos mercaderes pidiéndole licencia para abandonar la tierra. Valdivia se la dió, mostrándose penoso porque se iban de Chile; pero tras la despedida, se metió en un batel con sus amigos de más confianza y se pasó al navío que tenían aparejado los mercaderes y en el que iban 90.000 pesos en oro. El trompeta de Valdivia, viendo que el navío se daba á la vela, conociendo el engaño, tocó el clarín y siguió con este cantar, principio de algún romance:

Cátalo vá, Juanica, cátalo vá;
el oro se lleva, tarde volverá. ¡Cátalo vá!

Para consolar á los mercaderes, les dejó Valdivia un papel escrito, en que les decía que tuviesen

paciencia hasta que volviese; que aquel oro era necesario para el servicio del rey, y que pues eran tan servidores de su majestad, pasaran por el despojo. Con este oro y otro poco que llevaba suyo, hizo Valdivia clavos y herraduras para sus caballos, para hacer ostentación en el Perú de las riquezas de Chile y aficionar á muchos á seguirle; como lo logró, porque por su decisiva influencia en la batalla de Jaquijuana, habiéndole premiado La Gasca con el Gobierno efectivo de Chile, prosiguió la conquista en 1548, reclutando los mismos secuaces de Pizarro condenados al destierro por delito de rebelión.

Todas estas minucias (1), aunque se antojen digresiones del asunto principal de este libro vienen muy al caso, pues forman el ambiente histórico de la época.

***

El conquistador de Chile era, como él decia, "amigo de mucho", para significar sus levantadas aspiraciones; así que no cesaba de dirigirse á la

(1) Pueden verse detalladas en el tomo XLIX de la colección de *Documentos inéditos para la Historia de España*, en notas puestas al proceso de Pedro de Valdivia, y en *La Historia de Chile*, del P. Rosales.

Corte y Consejo de Indias en solicitud de la ampliación de su gobernación. Para ganarse al rey le decía "que haría que se labrase oro en Chile, como hierro en Vizcaya". Mientras sus agentes presentaban memoriales y solicitaban nuevas concesiones, el capitán extremeño, adelantándose á las autorizaciones reales, continuaba audazmente sus descubrimientos y conquistas hacia el Atlántico, por el Oriente, y hacia el Estrecho, por el Sur. Al mismo tiempo que él y su teniente Villagrán avanzaban por tierra, iban el genovés Pastene y Ulloa con barcos á explorar el Estrecho.

Las aspiraciones de Valdivia quedaron cortadas con su desastrosa muerte en Tucapel, á manos de los indios purenes (1553); confirmándose así lo que un adivino le pronosticó en el saco de Roma; *que había de morir á manos de sus vasallos;* pero sus sucesores en el gobierno de Chile las tuvieron muy en cuenta. Y el primero, D. García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey marqués de Cañete, joven á la sazón, entusiasta y animoso, que impulsó el avance de las armas españolas en tierras australes. Tras de batallar con los araucanos en las riberas del mar, en el sitio mismo de la antigua ciudad de la Concepción, despoblada á consecuencia de las últimas derrotas, entró en la tierra combatiendo siempre;

pobló la ciudad de Cañete, pacificó los distritos de la Imperial, Valdivia y Villarrica, y no se detuvo hasta los Coronados (indios de la tierra firme frente á Chiloé). De esta avanzada fué D. Alonso de Ercilla, quien, para testimonio de su intrepidez, en la corteza del árbol más robusto que vió allí, grabó con la punta de su daga los siguientes versos:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
D. Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con sólo diez, pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por Febrero...

Desde estos límites envió D. García al capitán Juan Ladrillero, vecino de La Paz, el más diestro en las cosas de mar que había en toda aquella tierra, para que con dos embarcaciones corriera el Estrecho de Magallanes. Fueron en esta expedición más de 40 soldados y marineros de Chile, y llegando al Estrecho descubrieron hasta más allá de donde había llegado Francisco de Ulloa, mandado en 1553 por Pedro de Valdivia. Juan Ladrillero, acompañado del piloto Hernán Gallego, recorrió todo el Estrecho de mar á mar, poniendo á los promontorios, islas, bahías y canales, nombres que en su mayoría se conservan hasta ahora. A uno

de los parajes le puso "Punta Ballena" por haber encontrado una muy disforme chapeada de conchas que se habían pegado, y de escaramujos, que no parecía sino una peña de mar, y arpeando sobre ella pensaron haber encallado en un islote. Otra isleta hallaron de verdad, que apenas tenía de boj treinta pasos, con una peña que arrojaba una cristalina pluma de agua dulce, estando en medio del mar, tan alegre y fresca, que sirvió de recreo á los navegantes. Tomó Ladrillero posesión con todas las formalidades de estilo de toda aquella tierra, según lo comprueba esta acta levantada por el escribano de la expedición, el día en que el buque mayor desembocó por el Estrecho en el Atlántico:

Yo, Luis Mora, escribano de esta Armada real del Estrecho de Magallanes, doy fe y verdadero testimonio á todos los señores qne la presente vieren, como á nueve días del mes de Agosto de 1558 años, el capitán Juan Ladrillero, general de la dicha armada, estando surtos en esta punta de la Posesión, el dicho general saltó en tierra y echó mano á su espada y cortó unas ramas, y dijo que tomaba posesión en aquella tierra á vista del Mar del Norte, en nombre de Su Majestad y de su Excelencia y de su muy caro y muy amado hijo D. García Hurtado de Mendoza, gobernador y capitán general por Su Majestad en

las provincias de Chile, sin contradicción alguna. Y este dicho día, el dicho general, juntamente con su piloto Hernán Gallego, tomaron la altura en 52 grados y medio larguillos, y el dicho general tomó juramento al dicho piloto, el cual declaró haber tomado la altura como dicho es. A todo lo cual fueron presentes Francisco de Brihuega y Melchor Cortés y Pedro Cantero, y de pedimenta de dicho general y porque conste la verdad, doy la presente, que es fecha en esta punta de la Posesión, á nueve días del mes de Agosto de 1558 años; y por ende fice aquí este mío signo seguro que es á tales testimonios de verdad.—Luis Mora, escribano de la Armada de Su Majestad.

En este crucero por el Estrecho nada se pudo averiguar sobre el paradero del Comendador Rivera y su gente, si bien es verdad que eran pasados diez y ocho años de su naufragio.

*
* *

Tantas expediciones al Estrecho habían ensanchado los conocimientos geográficos sobre las regiones australes del Nuevo Mundo.

Sebastián Caboto, cosmógrafo y piloto mayor de *Carlos V*, en un planisferio que vió la luz en 1544, dejó diseñadas ambas costas de la América meridional, desde el Ecuador hasta el Estre-

cho (1). Años después, en 1553, se imprimía en Sevilla la parte primera de la *Crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León, en la que se demarcan y describen sus provincias, con el aditamento en ediciones posteriores, de un mapa de la América meridional, trazado por Juan Bellero con la perfección posible en aquella época. No es de extrañar, por tanto, que naciones marítimas rivales de España, probaran á tantear este camino para abocar al Pacífico y caer sobre los puertos del Perú, adonde afluían el oro, la plata y las perlas de los colonos españoles, para la remesa ó intercambio con las mercaderías de la metrópoli. Como algunas de esas expediciones maritimas están tan relacionadas con el mito de los Césares, por fuerza han de referirse aquí.

***

El año de 1577, á 7 de Octubre, se vió en los reinos del Perú un famoso cometa con una cola muy larga que señalaba al Estrecho de Magallanes. Duró casi dos meses y pareció ser anuncio que por el Estrecho había de entrar algún castigo enviado por la mano de Dios, como sucedió. Y fué que el

(1) El mapa original se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

famoso corsario inglés Francisco Drake se lanzó en su navío *El Pelícano* por el Estrecho al Pacífico. "Caso jamás imaginado—escribe el cronista Lizárraga—y de ánimo más que inglés, porque salir de su tierra y venir por mares y temples tan contrarios al temple inglés, y seguir derrota que tantos años no se seguía, ni otra que la nao *Victoria* no había hecho, porque de las que con ella salieron sola ésta volvió, las demás se perdieron, y de las del obispo de Plasencia D. Gutierre de Carvajal, ni una sola se salvó; atreverse este capitán inglés á renovar esta navegación, ya casi olvidada, y á meterse en las manos de sus enemigos, como se metió, tan apartado de donde le pudiese venir socorro, fué más que temeridad, sino que como venía para castigo destos reinos por nuestros pecados, todo le sucedía bien."

No es del caso referir aquí las hazañas de Drake. En resumidas cuentas, asoló todo el litoral, robando los navíos descuidados en Valparaíso, Coquimbo, Arequipa, Arica y Callao, donde apresó un buque que conducía 400.000 pesos ensayados. Cuando el virrey Toledo llegó al Callao, vió al buque corsario con las velas pegadas á los mástiles, porque le faltaba viento para huir. Empero, como el ejercicio de las armas se había olvidado en Lima, por ha-

berse mandado que ningún hombre caminase con arcabuz, no habiendo un grano de pólvora en la ciudad, los leones del Perú hubieron de recibir un bofetón de los grandes. El supradicho Lizárraga, contemporáneo del suceso, refiere que los vecinos, rompiendo sábanas, hicieron mechas y las encendieron, asomándolas á las ventanas para que el inglés creyese eran arcabuces. Pero como Drake no venía más que por plata, de allí se corrió al Norte; en Acapulco apresó el galeón de Manila, y pasando adelante siguió la derrota á la China para volver á Inglaterra cargado de barras de plata, cabiéndole la gloria de ser el segundo en dar la vuelta al orbe. En suma, una expedición á la inglesa, en la que el negocio va siempre por delante.

Lo chusco es que, según unos documentos inéditos (recién descubiertos en 1912 por la mexicanista Zelia Nubttal), resulta que Drake había sido autorizado por la reina Isabel sólo para hacer un viaje de descubrimiento, sin molestar los dominios de Felipe II, por temor á las represalias. Los mismos papeles demuestran que los funcionarios españoles en la América de entonces, eran prototipos del caballero español: aceptaban todo cuanto les sucedía con ecuanimidad, nobleza é hidalguía. La impresión que *Franco Drac* hizo en sus prisioneros es muy inte-

resante. Según ellos, Drake oficiaba en persona en las ceremonias religiosas todos los días, leyendo el *Libro de los mártires*, de Foxe, y la *Biblia;* sentaba siempre á su mesa á los prisioneros, y los trataba muy bien. Se contentaba con robarles la hacienda.

Al lado de Drake, positivista, el español El Cano que se contentó con ostentar la divisa *Primus me circundidisti*, aparece como un Quijote naval.

CAPITULO III

Aventuras de Sarmiento de Gamboa.

Ya que el virrey Toledo no pudo combatir al inglés, envió posteriormente desde el Callao una expedición naval á las órdenes del marino y cosmógrafo *Pedro Sarmiento de Gamboa* y del almirante Villalobos para que vieran si Drake había dejado á su paso por el Estrecho algunas fundaciones que le aseguraran el paso en adelante. Las desavenencias entre Sarmiento y Villalobos, más aún que la tormenta que separó sus naves, hizo que el segundo se volviera al Perú, en tanto que Sarmiento enderezó proa á España, donde obtuvo de Felipe II el título de gobernador y capitán general del territorio comarcano del Estrecho.

A bordo de la gruesa Armada que se formó en la ría de Sevilla en 1581 para colonizar el Estrecho,

compuesta de 23 navíos y 5.000 personas, iban el nuevo almirante Diego Flores de Valdés; D. Alonso de Sotomayor, nombrado gobernador de Chile, con 600 soldados veteranos de Flandes para acabar la guerra de Arauco, y el iniciador de la expedición, *Sarmiento de Gamboa.*

*
* *

Esta expedición fracasó también, como la de Alcazaba y la del Obispo de Plasencia. La escuadra probó por dos veces embocar el Estrecho, y en una de las tentativas se perdió una nave con 200, de los 600 soldados que iban á Chile. El general Flores de Valdés subió á Buenos Aires y aquí desembarcó á Sotomayor con 400 hombres, los que por tierra se trasladaron á Chile.

El Padre Lizárraga, que estaba en Santiago á la llegada de Sotomayor y sus soldados, da interesantes detalles en *La Crónica de Chile* de lo que hizo Sarmiento en el Estrecho, citando por testigo á un Montemayor que venía por escribano de la Armada y que él conoció en Córdoba del Tucumán.

Sarmiento quedó con dos navíos para proseguir su viaje, que era poblar en el Estrecho y hacer fuertes con artillería para cerrar el paso á los ingleses; pero á la mitad de la angostura les dió un Sur

tan desatinado, que les compelió á volver proa. La capitana llegó á la boca del Estrecho y aquí aguardó á la otra nave, que se había guarecido en otra ensenada. No viniendo, determinóse con 31 arcabuceros ir en busca de ella. Siguieron la costa, y á una ó dos jornadas salieron trece indios de manta y camisola, con arcos y flechas, el cabello largo, criznejado y ellos poco menos que gigantes. Uno de los indios tomó una flecha y metiósela por la boca, casi la mitad; sacóla y á vueltas unos cuajarones de sangre, que entre ellos debe ser valentía. El capitán Sarmiento, enfadado y asqueroso de aquello, hizo un ademán que los indios entendieron era de menosprecio; dejólos; pasó adelante en busca de su navío la costa arriba, unas veces por la playa, otras metiéndose la tierra adentro media legua y una, donde hallaban huellas de pies grandes. Los indios quedáronse un poco atrás como bufando.

Alguno de los soldados dijeron á Sarmiento:

—Señor capitán, aquellos indios parece se quedan para hacer alguna traición; mande vuestra merced que se enciendan las mechas de todos los arcabuces, y si dieren en nosotros no nos hallen desapercibidos.

Solo un soldado en la vanguardia llevaba una en-

cendida, y el cabo de escuadra otra, en la retaguardia. El capitán, con palabras ásperas, los reprendió, llamándolos gallinas, y que ¿de qué temían? mas no pasaron mucho adelante, cuando los medios gigantes con gran alarido revuelven disparando sus flechas á montones. El cabo de escuadra de la retaguardia volvió el arcabuz, puso fuego, no prendió, y danle un flechazo de que murió dentro de pocas horas. El que iba en la vanguardia vuelve al ruido, y quiso Dios que disparara, y al medio gigante que venía delantero dale un pelotazo y tiéndelo; los demás, como le vieron en el suelo, con grandes alaridos métense en la montaña y nunca más los vieron.

Sigue el cronista en su información del soldado Montemayor, y añade:

"Preguntéle: —En ese viaje que hicísteis hasta hallar el navío, ¿visteis ó hallásteis algún rastro de cristianos?

Díjome: —Padre, lo que pasa es que pasando adelante de la playa, hallamos una media ancla y una sonda y pedazos de tablas y un medio mástil; y más arriba, poco apartadas de la playa, como media legua, en el camino encontramos una peña grande, en la cual estaba cavada una cruz y tres renglones y medio de letras cavadas en la misma peña; escarbamos con las puntas de las dagas para ver si po-

díamos leerlas; solamente podimos conocer una M y una O y una D, por más que trabajamos.

Preguntéle: —¿Visteis más?

Respondióme: —Sí; más adelante, antes de llegar al navío, sería como al tercio de lo estrecho (el navío estaba á la mitad, un poco apartado del camino), descubrimos un cerro redondo, no muy alto, y en medio de la plaza de la coronilla vimos como un árbol de navío, hincado, y el cerro cercado de una pared. Fuimos allá, y llegando, la cerca era de la estatura de un hombre, poco más, de piedras de mampuesto sin barro, y el árbol era de navío, como de mesana, hincado en medio de la placeta del cerro que la figuraba tan grande como una cuadra; y á la redonda de todo el cerro estaban unos colgadizos de la pared que dijimos le cercaba, y dentro de ellos y de aquellas casillas muchos huesos mondos y calaveras que parecían de españoles, de donde colegimos que algunos cristianos se recogieron allí y los indios los tuvieron cercados, y murieron todos, ó de hambre, ó de sed, ó de lo uno y lo otro.

Y otra cosa no hallaron, ni más rastro de cristianos, hasta que volvieron al navío, en el cual entrando se volvieron al puerto donde estaba la capitana, y de allí, no dándoles el tiempo lugar, al Brasil, donde algunos soldados se quedaron, no pudiendo

sufrir la condición del capitán Pedro Sarmiento, y entre ellos este soldado Montemayor, y de allí se vino á Buenos Aires, y dende á Córdoba, donde vive casado y honrado. Lo más cierto es que la noticia que dan los indios son de los españoles que viven en el Río de la Plata; de donde se colige claramente que desde Buenos Aires á la boca del Estrecho no hay tierra poblada, sino muy poca, y esa barbarísima..."

Hasta aquí Lizárraga.

*
* *

Sarmiento se entretuvo en dar nombres nuevos á todo lo que encontraba, incluso al estrecho, que llamó de *La Madre de Dios*, pero ninguno de ellos ha cuajado. Fundó á duras penas dos fuertes: "Nombre de Jesús" y "Real Felipe", y regresó á España en busca de auxilios. Unos corsarios ingleses le sorprendieron en la travesía y lo llevaron preso á Londres, y como en mucho tiempo no pudo hacer llegar su voz á la Corte, sus hombres fueron pereciendo de hambre y de fatiga en el Estrecho. El último superviviente del "Real Felipe", el marinero Tomé Hernández, fué recogido años después en Enero de 1587, por Tomás Cavendish (el Candisio de las relaciones), marino inglés, que seduci-

cido por las lucrativas aventuras de Drake, seguía sus huellas por el Estrecho. El Hernández fugó de los buques del corsario en un puerto de Chile y fue se á llevarle noticia al gobernador de Chile. Por más que Hernández aseguró entonces que habían perecido todos sus compañeros, los chilenos se empeñaron en que habían de estar vivos, y sumándolos á los náufragos de las anteriores expediciones, aumentaron la legión de los imaginarios Césares.

Fueron pasando años. En 1594 Ricardo Harvkins cruzó al Estrecho; pero en las costas del Perú fué apresado por el almirante Heredia y conducido á Lima, y cuentan las crónicas que cuando al virrey, que era el vencedor de Arauco, segundo marqués de Cañete, llegó la noticia á las diez de la noche, avisó á la catedral y monasterios repicasen las campanas, y acompañado del pueblo, anduvo las estaciones á caballo, dando gracias á Nuestro Señor por la victoria.

En 1599 Mahú y Cordes, con una expedición holandesa, primera de la serie enviada por las Provincias Unidas á América para debilitar á España que sacaba de allí los tesoros para sus guerras, entraron al Pacífico por Magallanes, siendo batidos por los chilenos de la ciudad de Castro. Tras de Mahú y Cordes, los holandeses volvieron á hacer

dos viajes, en 1614 y 1615, uno de carácter científico, buscando un pasaje más al Sur del Estrecho, con los buques *Horn y Concordia,* piloteados por Le Maire y Schouten; otro de carácter bélico, con una gran flota á las órdenes de Spilberg. El piloto Le Maire descubrió el pasaje que se conoce con su nombre y el Cabo de Hornos, que se llamó así, no por otra cosa, sino por el buque descubridor *Horn,* nombre á su vez de una punta de tierra en los Países Bajos.

Enterado el Gobierno español de estos descubrimientos, mandó una expedición hidrográfica, al mando de los hermanos Nodal, á levantar planos de aquellas costas, como así lo hicieron en 1618, regresando á España sin haber perdido un solo hombre.

*
* *

Entretanto la leyenda había trasladado á los sobrevivientes ó descendientes de los españoles de Alcazaba, de Hernando de Rivera y de Sarmiento de Gamboa, tierras más dentro, en el centro de lo que es hoy La Patagonia, y para encontrarlos organízanse atrevidas *entradas,* como llamaban en Indias á lejanas excursiones por derroteros nuevos.

Con esto, entramos de lleno en el proceso del mito de los Césares, que por espacio de tres siglos alimentó la imaginación de los españoles de Chile y del Río de la Plata, sirviendo de pábulo á los espíritus ávidos de lo extraordinario.

CAPÍTULO IV

Los personajes de "La Entrada"

La noticia de los opulentos tesoros con que América brindaba á los castellanos llegaba á España exagerada por los pregones de la fama. Las barras de plata, los tejos de oro, las perlas que los navíos de Indias aportaban á Sevilla, eran las primicias de un mundo encantado que, en opinión de las gentes, venía á ser una inmensa é inagotable mina de ricos metales y piedras preciosas.

Quizás aún más extrañados que los pazguatos que en las gradas de la Lonja sevillana oían los pregones de mercaderías, plata labrada y esclavos de las Indias, eran los aventureros emigrantes á quienes el azar deparaba sorpresas á granel registrando los rincones de las provincias conquistadas. Chapetón hubo que apenas desembarcado, ganaba

una fortuna. El despojo de los templos peruanos y de las *guacas* ó sepulturas indias llenaban la medida á los rancheadores más codiciosos. En diferencia de dos años (1535-37) los 200 soldados de Heredia se repartieron en Cartagena el tesoro de Dabaiba, y los 480 de Pizarro el botín del Cuzco, tocando unos y otros á 6.000 pesos oro cada uno, equivalentes á 24.000 pesetas de la actual moneda.

Mucho faltaba aún por registrar en el ámbito indiano; de ahí que la imaginación de los conquistadores soñara con nuevas, opulentas ciudades. Creíase á pies juntillas que las imperiales México y el Cuzco se habían trasladado á misteriosos parajes. Tal como las relaciones de un Marcos de Niza pusieron de moda en el virreinato de México las *Siete ciudades de Cibola*, donde un descendiente de Moctezuma había restaurado el fastuoso imperio azteca; tal en el Perú se creía en el gran Paititi ó gran Mojo, áurea resurrección del imperio quichua. Cada uno de estos mitos llevaba aparejada la suposición de encantadas ciudades.

Flor de los desiertos patagónicos fué la "ciudad encantada de "Los Césares", con suntuosos templos y magnífico caserío entre dos cerros liminares, uno de diamante, otro de oro. Tan gran ciudad era, que para cruzarla de extremo á extremo se ponían dos

días, y estaba edificada en la isla de un misterioso lago y rodeada de murallas y fosos. Los hombres que en ella moraban eran de prócer estatura, blancos y barbados; vestían capas y chambergos con pluma y usaban armas de bruñida plata. Eran además invulnerables y longevos; un reino, en fin, en que la vida se deslizaba feliz y deliciosa. Apellidábanse "Los Césares", nombre hermosamente poético que lleva en sí aroma de leyenda.

***

Fué un César de apellido quien los nominó así; el capitán Francisco César, portugués ó cordobés, que esto no está aún bien averiguado, venido con Gaboto al Río de la Plata por los años de 1527.

Según el historiador Ruy Díaz, Sebastián Gaboto despachó á ese capitán á descubrir las tierras australes y occidentales que quedaban á la parte del Río de la Plata, con intención de acercarse al Perú. César con sus españoles llegó á los Andes, y á la parte del Sur halló una provincia fértil, con mucho ganado de la tierra y multitud de gente rica en oro y plata. El cacique atendió á César y le hizo buenos regalos al despedirlo. Desandando camino, llegaron los aventureros á la fortaleza de donde ha-

bían partido, y viéndola arruinada y Gaboto ausente, emprendieron viaje al Perú, donde se sabía había españoles. Volvieron á los Andes y desde una altura divisaron el mar á entrambos lados—ó lo que es más probable, lagos amplísimos, á menos que hubiesen llegado al rincón del Estrecho.—Siguieron la costa, y por Atacama, Lipez y Charcas llegaron inopinadamente al Cuzco, al tiempo que Pizarro había capturado á Atahuallpa. El supradicho Ruy Díaz dice haber oído el relato de esta aventura á un Gonzalo Sáenz Garzón, que á su vez conoció en Lima al capitán César (1).

De tan épica excursión, que duró siete años, al través de medio América y que recuerda la de Alejandro Magno á la India, vino llamarse "Los Césares" á los soldados del capitán Francisco, y "la conquista de los Césares" á su hazañosa aventura.

Al divulgarse la odisea de una zona á otra se desfiguró en doradas visiones de encantos y tesoros. Los indios, sobre todo, comunicándose la nueva de

(1) El personaje es auténtico. En 1533 lo vemos en Nueva Granada como segundo de Pedro de Heredia, el fundador de Cartagena, en la expedición al Perú. Removido Heredia por el oidor Vadillo, éste nombró por su teniente al famoso capitán, y juntos emprenden la conquista de Dabaiba. En el curso de esta expedición murió César en Noqui en 1540.

la temeraria aparición de estos hombres blancos, que peleaban con rayos y truenos y montaban raros animales, serían los primeros en transfigurarlos en personajes legendarios; y la leyenda, agrandada por el misterio y el tiempo, y repercutiendo desde las fronteras del Perú hasta el remoto piélago magallánico, creó la encantada ciudad de los Césares en un rincón de la Patagonia.

La gente de la armada del Obispo de Plasencia, que llegó en salvamento del Perú, fué sembrando á su paso la leyenda en boga entre los indios patagones, y tal la exagerarían, que por las noticias que proporcionaron cuatro marineros de la nave de Camargo, hubo de organizarse en el Perú una famosa "entrada" con el propósito de ir en busca de los Césares. Se alude aquí á la famosa entrada que hizo Diego de Rojas al Tucumán.

*
* *

Era este Rojas de noble estirpe, primo del marqués de Poza — el personaje inmortalizado por Schiller en su *Don Carlos* —, y había pasado al Perú desde Nicaragua, al frente de una compañía de soldados, en ayuda del virrey Vaca de Castro contra Almagro el mozo (1542). El virrey, queriendo

recompensar sus servicios, le encargó la conquista y población *delante de Chile el río Arauco.*

Diego de Rojas iba asociado con Felipe Gutiérrez y Francisco Mendoza, pero cada uno de los tres entraron en campaña por separado. A Rojas le mataron los indios de un flechazo, en Humahuaca, que es en la puna de Jujuy al Norte de la Argentina. Gutiérrez y Mendoza llegaron á reunirse, pero riñeron muy pronto, y el Mendoza consiguió enviar preso al Perú á su rival, al que Gonzalo Pizarro hizo dar garrote en Guamanga porque no abrazaba la causa de la rebelión.

Dueño del campo Mendoza, al frente de 70 españoles siguió marcha. Aunque en el camino tuvo noticias lisonjeras de Chile, los indios le engañaron y le desviaron cien leguas al Este. De esta manera llegó sin saberlo á orillas del Paraná, al pie de la arruinada fortaleza de Gaboto. Por indicación de un indio que sabía castellano, Mendoza encontró una carta de Irala dentro de una calabaza, por la que avisaba á los españoles que aportasen por aquella parte, donde estaba él y supiesen de qué indios se habían de guardar y á cuáles habían de tener por amigos. Con esto, el capitán perulero determinó ir á la Asunción á verse con el gobernador del Paraguay; pero su gente, alucinada por las noticias de

los cuatro soldados del Obispo de Plasencia que iban en la hueste, preferían ir en demanda del Río Arauco, en Chile. De esta divergencia resultó una conspiración que tuvo por desenlace el asesinato del capitán Mendoza.

La entrada de Rojas-Mendoza duró de 1542 á 1546; cuatro años de peregrinación al través del continente austral, entre odios, riñas y tragedias. De la lucida hueste que salió del Perú, regresó menos de la mitad, bajo la conducta de Nicolás de Heredia.

Allegados á la provincia de las Aullagas (en Oruro de la actual Bolivia), los expedicionarios toparon con unos mercaderes que iban á Potosí, de los cuales supieron el levantamiento de Gonzalo Pizarro con las demás cosas que habían sucedido, como la muerte del virrey Núñez de Vela y los alcances que estaba dando Francisco de Carvajal á Diego Centeno. Alférez mayor de este último, que había alzado bandera por el rey, era aquel Alonso de Camargo, hermano del Obispo de Plasencia, y que huyendo de la persecución del implacable "Demonio de los Andes" andaba perdido con Lope de Mendoza por los Andes. En esta huída se encontraron con los destrozados restos de la expedición de Rojas; y como los soldados se conocían, se hol-

garon de verse los unos y los otros. Los soldados de Camargo preguntaban á los de Heredia qué habían descubierto y qué tierras habían visto, y ellos, después de satisfacer á sus deseos, también les preguntaban las cosas que habían pasado después que salieron del Perú.

Al fin, Heredia determinó decidirse por el bando del Rey contra la facción de Pizarro y ayudar á los leales contra Carvajal, al que lograron sorprender el bagaje quitándole los líos de oro y plata, vinos, conservas y lo demás que traían los guardianes. Robaron lo más que pudieron, y hasta las indias vivanderas se llevaron á las ancas de los caballos.

Sobre el reparto de las mujeres y demás cosas preciadas hubo pendencias entre los despojadores; ello es que se descuidaron y Carvajal cayó sobre ellos con súbita llegada en los llanos de Pocona, prendiendo á los capitanes Lope de Mendoza, Alonso de Camargo y Nicolás de Heredia. A Lope de Mendoza y á Heredia, el implacable Carvajal les hizo dar garrote sin confesión; pero á Alonso de Camargo mandó que se guardase, porque quería informarse de él, y á los demás de la "entrada" perdonó también, dándoles licencia para que se pudiesen ir á las ciudades del Cuzco y Arequipa, y todos éstos pasaron á ser personajes de leyenda,

agregando á sus nombres el título: *de la entrada*.

En cuanto al hermano del Obispo de Plasencia, Alonso de Camargo, fué conducido á la ciudad de La Plata (Chuquisaca: Sucre actual), y aquí entró en una conspiración para matar á Carvajal. Súpolo éste y al Camargo mandó descuartizar, pues dos perdones seguidos era demasiado para el "Demonio de los Andes" (1546).

*
* *

Como se ve, los anales de esta verídica historia se van sucediendo como capítulos de una novela. Había necesidad de volver á tratar del Obispo de Plasencia, y la rápida aparición en escena de su infortunado deudo permite hacerlo sin que la transición parezca demasiado brusca.

CAPITULO V

Fábulas artificiosas y verdades probables, orígenes de la leyenda de los Césares del Estrecho.

A raíz de la dispersión de la Armada del Obispo era creencia general que el comendador Rivera, con los ciento cincuenta hombres salvados, quedaron vivos en el Estrecho con elementos bastantes de subsistencia, por ser muchas las provisiones que venían en la nave capitana que quedó varada. Tan firme era aquella convicción, que la hermana y sobrina del Comendador Rivera, desde el convento de damas nobles donde estaban asiladas, pidieron en 1541 la prórroga de esta merced, fundándose en que habían sido "informadas que el navío en que iba frey don Francisco de la Rivera había naufragado con la gente que llevaba, junto á una isla que

está frente al Estrecho", y agregaban: *donde al presente queda.*

De todo lo ocurrido á su armada estaba informado, como es natural, su habilitador el Obispo Gutierre Vargas de Carvajal, quien instaba constantemente al Consejo de Indias porque se inquiriese la verdad de lo ocurrido, y, en último caso, se recobrase lo que fuese posible de su hacienda; que se hicieran las diligencias necesarias para averiguar el paradero de los sobrevivientes de la expedición y justificaran la causa por que le habían abandonado...

El Rey expidió reales cédulas en este sentido; pero por el momento nada pudo aclararse, por la dificultad de encontrar á los declarantes. No por esto se dió carpetazo al asunto, pues muchos años después, en 1589, se reproduce el expediente con el siguiente título:

"Probanza de la gente española que vino en la Armada del Obispo de Plasencia habrá sesenta años al rescate de las islas Molucas por el estrecho de Magallanes, que parece está en las costas de la Mar del Norte, entre el gran Río de la Plata y el Estrecho de Magallanes, fecha por mandado del señor gobernador Don Juan Ramírez de Velasco, capitán general y justicia mayor del Tucumán."

Este documento contiene una larga información echa en Santiago del Estero y en Tucumán, en 589, y reproduce las declaraciones de muchos personajes, todos ellos de edad avanzada y antiguos n aquella tierra, entre los cuales algunos eran de s primeros conquistadores de Chile y del Tucumán. "Las noticias colectadas en esta ocasión —escribe Carlos Vicuña Morla, cuya es la información e este capitulo—son una curiosa madeja de fábulas artificiosas y de verdades probables, que necesita ser desenmarañada con prudencia y criterio." Jerónimo de Vallejo, escribano del cabildo de antiago del Estero, Alonso de Tula Cerbín, escriano mayor del Tucumán, y el capitán Pedro Sotelo e Narváez, declaran que cuando Jerónimo Alderete, antes de ir á España por el año 1541, pasó de rden de Pedro de Valdivia á la Patagonia, tuvo noicia de la existencia de españoles procedentes de a armada del Obispo, que se hallaban aliados con os indios, habiendo tomado mujeres de entre ellos. l primero de estos testigos lo oyó de labios del ismo Alderete volviendo con él de España en 555, y Sotelo Narváez lo supo por soldados de los que entraron con él.

Fray Reginaldo de Lizárraga, provincial entones de la Orden de predicadores en Chile, depuso

que había oído á soldados de Chile que fueron con el general Lorenzo Bernal al descubrimiento de unas minas de plata tras de la cordillera nevada, que habían hallado al Oriente unos indios algarroberos y que uno de ellos les dijo que á treinta jornadas de allí estaban poblados á la ribera de un río otros hombres como ellos, y que él sabía el camino. Bernal le propuso que les llevase una carta, y el indio aceptó la comisión, con cargo de llevar la contestación á Angol. La carta de Bernal decía, en suma, lo que había declarado el indio, y que por eso y por entender que eran españoles y cristianos, les avisaba que en la silla apostólica residía Gregorio XIII y en España reinaba Don Felipe, hijo del Emperador Carlos V, y en el Perú era Virrey Don Martín Enríquez y en Chile gobernador Don Alonso de Sotomayor, y que ellos eran de Arauco; y les mandó una mano de papel para que, si quisiesen responder, tuviesen en qué.

El mismo P. Lizárraga, citando á Juan de Espinosa, que corroboró en todo la declaración, expuso que el mencionado Espinosa, hallándose en Chile en 1557, en tiempos de Don García Hurtado de Mendoza, había oído decir á muchas personas principales, como eran el Capitán Peñaloza y Diego Pérez, que habiendo ido de la otra parte de la Cordi-

lera hacia la mar del Norte, se habían tomado ndios que decían por nueva cierta que habían venido cristianos en demanda de los cristianos de Chile, pero que la muchedumbre de indios que se es había opuesto no los había dejado pasar, y tuvieron que volverse dejando señales de cruces en los árboles y hasta una carta en una olla al pie de un árbol, que los que pasaron la cordillera hallaron después.

Agregaba Espinosa que en tiempos del Gobernador Rodrigo de Quiroga había oído en casa de Alonso de Escobar, en Santiago de Chile, que algunos de sus indios puelches referían que los misteriosos españoles residían en medio de dos brazos que hacía un río, que traían espadas de metal y perros bravos y tenían muchos hijos y obedecían á un español ya muy de días, á quien llevaban en andas y se llamaba Juan de Quirós. Por aquel mismo tiempo Espinosa fué al Perú y conoció allí á un tal Juan Enríquez, que había pertenecido á la armada del Obispo de Placencia y había llegado á la ciudad de los Reyes por ser del barco de esa armada que llegó á Quilca, y éste le confirmó como era verdad lo que se decía en Chile acerca de aquel fulano Quirós, porque había sido su Capitán y se había quedado en aquella tierra; que dos de los navios del

Obispo de Placencia se habían quedado en un río antes de llegar al Estrechò, y con ellos todos los españoles que en ellos venían, por estar los navíos haciendo mucha agua, y el dicho Juan Enríquez se embarcó juntamente con una mujer, y otros en uno de los navíos que estaban para navegar, y que su barco pasó adelante. Como dato curioso le agregó que de las tablas del navío que había llegado al Perú se hicieron las puertas de las Casas Reales de Lima, cosa que Espinosa tuvo por cierta, porque lo oyó también decir á personas á quienes podía dar crédito.

Otro testigo, Juanes de Artaza, declaró que, estando en Santiago de Chile en 1566, en la posada de Juan Jofré, en presencia de Alonso de Córdoba, del Capitán Alonso Reynoso, del Capitán Don Miguel de Velazco y de otras personas, mostraron una espada que decían ser de las "del Perrillo",que los indios puelches la habían rescatado y había venido de mano en mano, que era de donde estaban los cristianos de la armada del Obispo de Placencia, y asimismo mostraban un clavo grueso de navío que habían traído.

El Capitán Blas Ponce declaró que, hallándose de Gobernador en el Tucumán Don Jerónimo de Cabrera en 1583, lo acompañaba un soldado extranje-

ro que decían ser francés y se llamaba Ibaceta, y el testigo lo vió. Éste decía que, viniendo por la mar del Norte en un navío de extranjeros que iba en demanda del Estrecho de Magallanes para pasar á Molucas al rescate de la especería, como á cien leguas del río de la Plata hacia el Estrecho habían topado un navío de españoles, que decían era uno de los que el Obispo de Placencia mandaba al Estrecho, perdido y desvalijado, que había tenido gran tormenta y se murió la gente de hambre. La necesidad los había obligado á desembarcar cerca de allí cincuenta hombres para que fuesen tierra adentro en busca de comida y naturales, y que, no habiéndola hallado, volvían con designio de a oderarse del navío, y porque no pereciesen todos, los habían dejado y se iban en busca de la tierra más cercana poblada de españoles para no perecer de hambre, porque en la tormenta que tuvieron habían echado al mar cuanto tenían.

Contaba, además este Ibaceta, que habiendo tomado su buque en otro punto de la misma costa para hacer aguada y rescatar pescado, los indios les hicieron comprender por señas que tierra adentro había otros hombres como ellos, pero que llevaban arcabuces y peleaban, y les quitaban por fuerza sus comidas y mujeres. Dos años después

volvió este francés en otro buque que invernó en otro puerto más hacia el Río de la Plata, adonde los naturales les llevaban pescado y caza y maíz en cambio de cuchillos, hierro y cuentería, y volvieron á repetirles que á ocho jornadas de allí había gentes pobladas, y les preguntaban por qué no se iban á juntar con ellos; y habiendo los indios visto un perro á bordo, les dijeron que los de tierra adentro los tenían también como aquéllos, y que se vestían de mantas y hacían sacar oro á los indios...

Sin embargo, todo esto es muy vago.

***

Los datos procedentes de Juan Enríquez y de Ibaceta son, sin duda, los más importantes, porque fueron testigos y autores, el primero dentro de la armada. Lo declarado por Enríquez concuerda con las relaciones históricas que poseemos en lo tocante á los dos buques que quedaron en el Estrecho (1). También concuerdan en lo de que las cua-

(1) *Relación del viaje de las naves del Obispo de Plasencia,* de Andrés García de Céspedes, cosmógrafo mayor de las Indias en 1599, conservada en el Archivo de las Indias y reproducida en varias colecciones moder-

tro naves surgieron ó echaron anclas antes de embocar en el Estrecho. Sin embargo, hay detalles en que el testigo se halla en contradicción con hechos averiguados. Los capitanes Don Juan y Don Martín de Quirós no fueron en la armada del Obispo de Plasencia en 1539, sino en la de Don Pedro Sarmiento de Gamboa, en 1581. Esto induce á suponer que se hacía una extraña confusión en 1589 entre los sobrevivientes de la primera y los fundadores de las poblaciones de San Felipe y Nombre de Jesús.

Como se ve, las probanzas é informaciones sobre la Armada del Obispo seguían dando mucho que hacer, aun después de muerto su habilitador, el ilustrísimo D. Gutierre Vargas de Carvajal.

De este prelado se sabe que asistió al Concilio de Trento desde 1552 á 1555, y que murió á la edad de cincuenta y dos años en Jaraicejo, á 27 de Abril de 1559, lugar de Extremadura no muy distante de Yuste, donde muriera un año antes el césar Carlos V. Descansa este prelado, notable por tantos conceptos, en la parroquia de San Andrés, en Madrid, en la llamada "Capilla del Obispo".

---

nas (Muñoz y Torres de Mendoza, y la incompleta relación del cronista Herrera).

CAPÍTULO V

Los Césares osorneses.

Desde 1554 la gobernación de Nueva Extremadura, así llamaba por haber sido extremeños los principales soldados de su conquista, ó de Chile, por el nombre que las incas dieron á la tierra; comprendía desde el desierto de Atacama hasta el Estrecho de Magallanes; y al Oriente y Poniente de la Cordillera de los Andes, en una faja de cien leguas de ancho, de á 17 y medio el grado. Abarcaba, por consiguiente, las provincias de Chile propiamente dicho, de Tucumán, de Cuyo y la Patagonia oriental, hasta el Estrecho inclusive. Es curiosa la causa, porque Chile se llamó siempre *Reino de Chile*, á diferencia del Perú y el Río de la Plata, que siendo comarcas mucho más vastas, no tuvieron sino el nombre de *virreinatos;* y es que cuando Cárlos V

intentó casar á su hijo D. Felipe, que era á la sazón príncipe, con la reina Maríade Inglaterra, observóle ésta que no era bien dar su mano á nadie que, como ella, no fuera rey:—*Pues hagamos reino á Chile*, dijo el Emperador; y como regalo de boda se lo dió al príncipe.

Por este tiempo empezaban también á denominarse las tierras patagónicas con los nombres de *Conlara*, *Linlin*, *Trapalanda* y "provincia de los Césares".

La leyenda había ensanchado sus límites. Empeñada en poblar los desiertos patagónicos con una ciudad encantada de españoles perdidos en sus atrevidas peregrinaciones, y en vista que los náufragos del Estrecho no parecían por esta parte, los trasladó á la región entre Nahuelhuapí y Mendoza, asociados á los antiguos colonos de Villarrica y Osorno que, huyendo de la invasión india, fueron á asilarse á las pampas del Este. Explicaré cómo fué este éxodo.

***

Al morir el conquistador Valdivia, tenía descubiertas y allanadas ochenta de las ciento setenta leguas que hasta el Estrecho quedaban por reconocer. Valdivia, tan gran capitán como hábil gober-

nante, se dió cuenta que Chile, si bien muy largo, estaba limitado al Este por la Cordillera, y que su única salida para comunicarse con la metrópoli era el Estrecho. Sus capitanes y cosmógrafos enviados á la descubierta de las tierras magallánicas, le informarían que el territorio, como una inmensa boa, seguía rumbo constante al Sur.

Asombroso país es, en verdad, Chile, que se extiende longitudinalmente en dirección al Polo Sur, con un espinazo en toda su extensión formado por la más grandiosa cordillera del mundo. De ahí los magnos contrastes que ofrece el país: de las calientes y áridas regiones solitarias del Norte se pasa á lugar templado, en cuyos valles á lo largo de la costa se dan espléndidos árboles, frutas y flores semitropicales, grandes viñas y extensas praderas que traen á la imaginación los Campos Elíseos de los antiguos. Continuando hacia el Sur, vuelven á encontrarse tierras desoladas, pero no por el calor de los trópicos, sino por el frío antártico; playas lóbregas, continuamente visitadas por tempestades, nieves y vientos que penetran hasta la médula de los que no están acostumbrados á semejantes rigores. Y navegando á lo largo de la costa se ven encumbrarse hasta las nubes, como rasgándolas, los majestuosos picos de los Andes. Entre mar y cor-

dillera, la angosta faja chilena era en tiempo de los españoles una larga calle ó plaza de armas donde era continuo el guerrear.

En los límites australes dejó fundadas Valdivia las ciudades de La Imperial, Valdivia y Villarrica, con ese tino especial que tenía para elegir las poblaciones.

Su sucesor García Hurtado de Mendoza pobló Angol y Osorno, la postrera ciudad hacia esta parte, por entonces. Tanto prosperó esta última, que sus colonos llegaron á reunir hasta 400.000 ovejas, más de 50.000 vacas, más de 50.000 caballos y mucha cantidad de ganado porcuno; y vecinos hubo que tuvieron encomendados 25.000 indios y más. Sus moradores cultivaban viñas y tierras de pan donde cogían trigo, maíz, garbanzos, lentejas y las demás legumbres. Lo que mejor se daba eran las camuesas y las manzanas; con ellas se engordaban los cebones. El que no las tenía, con enviar una carreta á casa del vecino, se las daban de balde. Cuadras enteras estaban plantadas de manzanos "que al tiempo de la fruta, entrar en ellas es entrar en una casa de olores, y no sirven más que perderse y darlas á carretadas", escribe Lizárraga (1).

(1) Fray Reginaldo Lizárraga, natural de Medellín, de Extremadura. A la edad de diez años vino con sus

En los campos, hatos de yeguas cimarronas, de donde sacaban caballos para la guerra. Los osorneses, lo mismo que los vecinos de Villarrica, llegaron á intentar el comercio con Buenos Aires, abriéndose camino ultra cordillera á través de las pampas. Extendieron asimismo sus dependencias por los valles orientales de los Andes, lo cual se comprueba por el hecho de haber dado el gobernador Valdivia á Cristóbal y Alonso de Escobar, vecinos de Villarrica, encomiendas de puelches y poyas en aquellas regiones. Hasta para el gobierno de *Conlara*, zona situada en lo que es hoy gobernación argentina de "Las Pampas", se extendió nombramiento á favor de Pedro de Aranda Valdivia, deudo del

---

padres al Perú; entró en la orden de Predicadores y llegó á obispo de La Imperial, en Chile. Aquí escribió, en 1605, su *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, para el Excmo. Señor Conde de Lemus y Andrada, presidente del Consejo de Indias. Trasladado Lizárraga á la diócesis de la Asunción del Paraguay, aquí murió.

Es autor que me complazco en citar á menudo, porque aparte de ser poco consultado, da pormenores interesantísimos sobre los países de que trata. El itinerario de su *Descripción*, es digno de parangonarse con el famoso *Lazarillo* de Concolorcorvo, con la ventaja que los viajes de Lizárraga son un siglo anteriores á los del incar Bustamante.

conquistador, y vecino también de Villarrica, el cual Aranda murió antes de posesionarse de su empleo.

Pero los colonos australes de Chile tenían mala vecindad, los indios de la tierra, valientes y animosos en acometer y batallar, y tan diestros en la guerra, que peleaban *en escuadrón cerrado, como en Italia* (1). Tan engreídos estaban desde la muerte del gobernador Valdivia, y tan desvergonzados contra los españoles, que decían que los habían de matar á todos, "é ir á Castilla á ello"; pero el valor y el buen gobierno de D. García los tenía sujetos y encomendados á los colonos conquistadores. Así siguieron hasta el año de 1593. Era á la sazón gobernador de Chile D. Martín García de Loyola, capitán perulero, casado con una princesa india del Cuzco. Sin duda por esta circunstancia usó de más clemencia que convenía á gente traidora, y enmedio del camino de La Imperial á Angol fué muerto con otros cuarenta españoles, de cuya lucha la indiada volvió á alzarse poniendo en gran estrecho de hambre á las ciudades. El año de 1599 saquearon Valdivia, La Imperial, Concepción, Angol y, poco después, Villarrica y Osorno, obligando á los

(1) Información de D. García Hurtado de Mendoza á la Audiencia de Lima.

colonos á que las evacuaran todas. Muchos de los indios rebelados estaban bautizados y ricos de muchos ganados, y vestidos como los españoles, que fué dar más vuelo á su soberbia.

Los desventurados osorneses, viéndose sin fuerzas para resistir á la indiada, despoblaron el pueblo, y en caravana, quién á pie, quién á caballo, siempre acosados por el enemigo, llegaron al archipiélago de Chiloé, cuarenta leguas de camino, la mitad por tierra y la otra mitad por freos y ensenadas. Al divisar el mar, que era su salvación, diz que los fugitivos exclamaron, transportados de alegría, *Calbucó* (agua azul). Con este nombre fundaron el fuerte que les sirvió de refugio, origen de la actual ciudad de Calbuco.

El éxodo había sido terrible. En la huída padecieron muchos trabajos de hambre, ciénagas, ríos y emboscadas de indios.

Pedro *Usauro* Martínez de Bernabé, vecino de Valdivia, escribiendo en 1782 sobre el caso, asevera que, según la tradición, una parte de los vecinos de Osorno se salvó en Chiloé y otra se retiró á la cordillera, donde se fortificaron é hicieron fundación.

La circunstancia de no repoblarse la primitiva Osorno hasta 1790, casi un siglo después de su

destrucción, pudo contribuir á idealizar la retirada de los antiguos osorneses, convirtiéndolos en héroes legendarios, como una expansión de la fantasía popular que poblaba de maravillas las soledades patagónicas. Así, el éxodo de los españoles de Osorno, que fundan nuevo imperio entre los salvajes de Patagonia, forma el argumento de los *Césares osorneses*, distintos pero similares á los Césares del Estrecho.

*
* *

Resulta de ahí, que el mito de los Césares pertenece por igual al folklore chileno y al folklore argentino.

Del lado de la Argentina tenemos las cruzadas de Hernandarias de Saavedra y de Jerónimo Luis de Cabrera; del lado de Chile, el paseo militar del maestre de campo Diego Flores de León y los viajes del P. Nicolás Mascardi.

Los grandes sacrificios, no menos que la fe ardiente con que se acometieron esas expediciones para el rescate de una ciudad encantada de cristianos perdidos, son de lo más singular que ofrece la historia de esos países. Son las cruzadas de la Edad Media; es la búsqueda del místico castillo de Monsalvat, transfiguradas y redivivas en Indias.

CAPÍTULO VI

La Cruzada de Hernandarias

Madre de Hernandarias fué María de Sanabria, una de las tres hijas que la viuda del Adelantado de este nombre trajo á la Asunción del Paraguay. María de Sanabria casó en primeras nupcias con el capitán Hernando de Trejo, hijo del correo mayor de Toledo, de quien tuvo al futuro obispo Trejo y Sanabria; y en segundas nupcias, con su cuñado Martín Suárez de Toledo, de cuya unión nació en 1561 *Hernandarias de Saavedra.*

En 1582, casó este Hernandarias con Jerónima Contreras, hija del conquistador Garay, el fundador de Santa Fé y Buenos Aires. Por su nacimiento y por su matrimonio estaba, pues, emparentado con las principales familias de la Asunción, que era por entonces cabeza del Río de la Plata.

Repoblada Buenos Aires en 1580, acompañó á Garay en su exploración al Sur de esta ciudad por cerca de 70 leguas, primera excursión que por tierra se hacía hacia este rumbo. En este paseo militar, el joven Hernandarias llegó hasta más allá del Tandil, y por los indios nómadas oiría de los fantásticos Césares de la tierra. A mayor abundamiento, de regreso á Buenos Aires (1582) se encontró con los restos de la armada de Sarmiento de Gamboa, cuyo almirante Valdés había subido hasta allí para desembarcar á Sotomayor, gobernador electo de Chile. Contaban estos chapetones que allá en el Estrecho quedaban abandonados sus compañeros, sin más socorro espiritual que el capellán de la armada fray Antonio Cuadramira.

Entendiendo Hernandarias que ir en auxilio de estos náufragos sería hacer un bien á españoles y cristianos, acarició desde este momento el designio de acometer la empresa.

Ello fué más tarde; cuando pasando por los cargos de justicia mayor de la Asunción y teniente de gobernador interino, llega á gobernador efectivo de las Provincias del Plata, en 1596, á la temprana edad de treinta y cinco años.

Entusiasmado con las noticias que tenía y con las que seguían llegándole de la existencia de una rica

y populosa ciudad oculta en la Patagonia, eleva una exposición al rey, solicitando socorros para llevar á buen término el descubrimiento de los Césares, que califica "de lo más interesante y de mayor importancia que por ahora se ofrece en estos reinos."

En este énfasis se retrata el carácter piadoso del capitán paraguayo; el hombre que más adelante hace nueva catedral en la Asunción y va al monte á cortar madera para dar ejemplo á los vecinos; y que en la erección de la iglesia de la Compañía, en Santa Fé, ayuda personalmente con sus hijas á acarrear tierra, acabando por confiar á los jesuítas las misiones guaraníticas. Con tales antecedentes es de figurarse que "la conquista de los Césares" sería, en concepto de Hernandarias, una conquista espiritual.

*
* *

Al fin salió como pudo de Buenos Aires en el mes de Octubre con una hueste de 200 hombres, con rumbo incierto, pues no se sabía á punto fijo el paradero de los Césares, si arrimados á la costa ó retirados en el interior. Como se habían de atravesar las pampas, el hato y comidas se llevaban en carretas, y los hombres iban á caballo; pero no se

podía caminar más de lo que los bueyes sufren, que es á cinco leguas por día.

En saliendo de Buenos Aires afrontaron la pampa, la dehesa infinita que da la sensación de un mar de hierba. Toda la tierra es llana, y en partes tan rasa, que no se halla un arbolillo. Con todo, es la región de la "pampa fértil", abundante de hierba, como vega de pasto, y con innúmeras aguadas. Debido á esta circunstancia, ya en tiempo de Hernandarias, el ganado yeguarizo que los españoles del Adelantado Mendoza hubieron de abandonar cuando despoblaron la primera Buenos Aires, se había multiplicado tanto en aquellos llanos, que las manadas á lo lejos *parecían chaparrales.* "Con lo que han dado ocasión á los indios—añade un informe del mismo Hernandarias –andar á caballo, y están tan diestros que no les da cuidado de silla ni aparejo."

Los indios pampas proveíanse de estos animales tirándoles las *boleadoras;* tres bolas retobadas y sujetas á ramales de cuero trenzado, que arrojadas al caballo que va corriendo, le atan los pies con las vueltas que dan las bolas y dan con él en tierra. La gente de Hernandarias tenía que velar en las dormidas, porque estos indios ecuestres fácilmente se atrevían á ellos, husmeando el botín de la caravana.

Pertenecían esos naturales á una tribu pampa llamada *puelche*, que algunos hacen provenir de los araucanos, y otros los consideran parientes de los querandíes, pequeña parcialidad que merodeaba alrededor de Buenos Aires hasta la conquista de Garay. Lo positivo es que unos y otros iban desnudos en el verano, y en el invierno vestían pieles de nutria ó de venado; los hombres con el cabello recogido hacia arriba de la cabeza, sujeto con la *vincha*, especie de cachirulo; y la mujer partido en dos trenzas. Vagaban por la tierra como gitanos, sin morada fija, andando de noche hasta 30 leguas. Eran eximios cazadores; tan ligeros, que alzaban un venado por pies. Peleaban con arcos y flechas y con la "bola perdida", que á tiro de honda disparaban con gran maestría contra el enemigo, al que remataban con la *macana* ó maza de armas.

Con Hernandarias iban algunos pobladores de Buenos Aires que, como procedentes de Santa Fé y antes de la Asunción, estaban avezados á la guerra del Chaco, país cuya topografía es en algunas partes semejante á la de la pampasia argentina, y cuya indiada usaba artes de guerra análogas á los puelches. Iban, sobre todo, muchos mestizos ó montañeses, como se les llamó en un principio en el Río de la Plata, que así manejaban las armas blancas y

de fuego españolas, como las arrojadizas indias.

Estos mestizos eran los proveedores de la caravana en el viaje por las llanuras, que abundan en mucha caza de venados, avestruces y perdices, que es muy gustosa, "y las perdices tan bobas, que se dejan tomar desde el caballo con una caña y un lacillo." Tal dice un informe de Hernandarias y tal acontece aún en los sitios de la pampa donde la inmigración no aventó la caza de estos animales.

Con las boleadoras cazaban avestruces y venados, mejor que con ballestas y galgos.

No vuela el avestruz, pero á volapié con una ala corre ligerísimo. Cuando el galgo viene cerca, levanta el ala caída y deja caer la levantada; vira como barco á la bolina á otro bordo, dejando al galgo burlado. No hay más remedio que bolear á la corredora. Los guaraníes de Hernandarias le llamaban *ñandú* en su lengua. La carne de esta ave no vale gran cosa, como no sea la "picana": la pechuga, que aunque muy grasienta, es de exquisito sabor, por lo que su matanza es inútil, como no sea para hacerse de las plumas, comercio en el que no entendían aún los colonos del Plata. Lo que sí aprovecharían y fruirían grandemente es de los huevos, ya que por el mes de noviembre empiezan á anidar los avestruces, y como se juntan tres ó cuatro hem-

bras, ponen de 40 á 50 huevos entre todas; grandes cada uno como doce de gallina, y muy buenos de comer.

Del venado—ciervo pampeano—podían asimismo curar la piel, haciendo de ella cueras parecidas á las de ante para defenderse de las flechas de los indios.

Las armas de la hueste de Hernandarias serían las usuales entonces: ballestas, picas, espadas y pocos arcabuces. Según Vargas Machuca (*Milicia indiana*), en 1600 la experiencia tenía demostrado que la mejor arma era la escopeta, espada ancha y corta, sayo hecho de algodón, antiparra, morrión y rodela; y para los de á caballo, lanza. En algunas partes cotas y cueros de ante y sobrevesta de malla, defensas que se acomodaban al modo de ataque de los indios. Además falconetes y perros amaestrados que olían á distancia á los indios y los buscaban en los escondrijos. Teniendo en cuenta el coste excesivo del hierro y que si se descomponía un arma no había quien la compusiera, ya se entenderá el cuidado que se pondría en su manejo.

En cambio, en el Río de la Plata se abusaba del caballo. Cada soldado argentino llevaba una *tropilla* ó manada de cuatro, diez ó más caballos, que iban en libertad al olor de la yegua madrina. Manea-

da ésta en los altos de la marcha, agrupa á su alrededor los demás caballos, permitiendo al jinete cambiar de animal. El cansancio, la muerte de un caballo al dejar á pie al viajero en la inmensidad de la pampa, lo reduce á la condición de un águila con las alas rotas; de ahí la necesidad de las caballadas en un viaje largo por la llanura.

La milicia de Hernandarias podemos figurarnos en qué consistiría: pocos españoles *soldados,* como se llamaba en Indias á los solteros sin arraigo que no tenían casa puesta, gente corrompida y haragana que expedicionaba á la frontera las más de las veces para hacerse perdonar un delito; y "yanaconas" (indios de servicio) y mestizos, éstos enrolados al aliciente de la vida aventurera, y de cuatro reales, más el reparto de carne, tabaco y *yerba,* que constituían el pré de las milicias del Plata.

Cada grupo de veinte, treinta ó cuarenta soldados tenía un capitán elegido entre los vecinos principales de la ciudad. El que aceptaba este cargo debía tener armas propias, jurar el pendón real y suministrar pólvora y caballos á infantes y jinetes de su compañía. Los soldados le obedecían en cosas de guerra; en lo demás, su autoridad era nominal.

La milicia indiana era polígama, como el enemi-

go que iba á combatir. Las carretas, esos navíos de la pampa especie de camastrones ajustados sobre dos ruedas de un solo trozo de madera cada una, formaban con su toldo de cuero de vaca y paredes de lo mismo sujetas á los adrales, el hogar ambulante de dos, tres ó cuatro conmilitones.

Boyero á caballo, el soldado arreaba las yuntas, cuidando con amor á su *rabona*, su mujer en campaña, la abnegada compañera que le sigue á todas partes, que alegra sus noches de vivac y que el soldado de América prefiere casi siempre á su cuya legítima. La facilidad de la vida libre en la providente pampa, la poca fuerza de la justicia, provocaban á diario deserciones de esas familias militares que, ora vagantes, ora buscando asilo en las tolderías indias, dieron origen á la raza de los *gauderios* de Concolorcorvo, los famosos gauchos del Plata.

A orillas de alguna limpia laguna ó la sombra de un gigantesco *ombú*—único árbol pampeano que á trechos se encuentra, y tan grande, que diez hombres con los brazos en cadena apenas lo pueden abrazar—, la militar caravana se detenía por uno ó más días para que descansara el ganado y para aprovisionarse de agua y leña. La vegetación esteparia de la pampa les reducía en ocasiones á apro-

vechar como combustible los huesos de las vacas que carneaban y hasta la boñiga que los bueyes carreteros iban derramando en el camino.

En estos descansos, á la hora del resistero, la llanura sin límites ofrecía á los viajeros raras visiones. Las menores ondulaciones de terreno cobraban á la vista proporciones extraordinarias, y las *brillazones* daban á los pajonales la apariencia de palmeras, sembrando de oasis fantásticos el océano pradial. Los más alucinados verían centellear en el horizonte, toda oro y esplendores, la imaginaria ciudad de los Césares, ó creería sorprender á alguno de éstos en galope vertiginoso por los aires, confundiéndolo con el indio que, á distancia, perseguía á caballo el avestruz. El *mangrullo,* un palo alto á modo de cucaña, al que se encaramaban los vigías para explorar la campaña, era la improvisada atalaya del campamento. Una de las veces el *bombero* gritó que á ras del horizonte se divisaba una cosa extraña, algo así como una gigantesca esfinge, centinela avanzada del desierto. Hernandarias destacó un escuadrón volante, y por los informes de los exploradores entendió que aquello era *La Piedra del Tandil*, ya conocida por él cuando su expedición con Garay.

*
* *

Es un monolito de 115.000 kilogramos de peso, columpiándose á 80 metros de altura sobre un espigón cuyo diámetro sólo mide once pulgadas. Es necesario que la mente del espectador haga un esfuerzo para convencerse de que aquella mole inclinada se mueve realmente, y una vez comprobado el fenómeno, contempla absorto la *piedra movediza*.

Los indios pampas la veneraban como cosa sagrada, y un cacique que recibió de paz á Hernandarias hubo de contarle esta extraña leyenda:

En tiempos remotos, el Sol y la Luna fueron dos esposos gigantes, creadores de la pampa. Luego que sembraron de pastos y flores la sabana, que hicieron brotar las lagunas y crearon los animales y los hombres, tornáronse al cielo, de donde habían bajado. Como prenda de alianza con sus hijos, el Sol siguió enviándoles su luz de día, y la Luna derramando la suya de noche sobre la tierra. Así pasaron años, siglos, edades; pero una mañana los hombres notaron algo anormal en el Sol: le vieron palidecer, casi extinguirse; era que un *puma* (león de la pampa), gigantesco y alado, le acosaba por la inmensidad de los cielos y había hecho presa en él. Con esto se reunieron los más hábiles guerreros de la pampa y decidieron atacar al puma con sus fle-

chas. Una de éstas dió en el blanco, traspasando al puma, que cayó en la tierra con la barriga atravesada y la flecha saliendo por el espinazo. El monstruo, en su agonía, daba rugidos tan terribles, que ninguno era osado acercarse á rematarlo. El Sol, entre tanto, había recobrado su apariencia risueña, regalaba á sus hijos con su mejor luz, y á la hora de costumbre se ocultó. Salió la Luna, y como viese al puma aún con vida, le fué tirando piedras para ultimarlo; tantas en número, que se amontonaron formando sierra, la sierra del Tandil. La última piedra cayó sobre la punta de la flecha, y en ella quedó clavada tal como se la ve. Pero el puma, aunque enterrado, no está muerto. Al apuntar los primeros rayos de la aurora se estremece de rabia, se mueve, como si quisiese atacar de nuevo al Sol, y hace oscilar la piedra que corona la flecha, siguiendo la dirección del astro.

*
* *

Pasada la sierra del Tandil, como por énfasis se llama á una barricada de peñones que por algunas leguas eriza la pampa, volvió ésta á aparecer ante los expedicionarios con su imponente vacuidad. La gente, desalentada, requirió de Hernandarias los

llevara por el camino de la costa. El capitán paraguayo avino á ello, y con inaudito esfuerzo hizo un recorrido de 200 leguas, llegando á la embocadura de un río que él llamó *Claro* y después se llamó *Negro.*

Aquí tuvo la mala suerte de caer en un avispero de indios.

Se habían corrido la voz y entre todos se conjuraron á combatir á Hernandarias; y pareciéndoles que lo más seguro era echarle una celada al paso de los ríos, avisaron á un cacique ribereño para que atajara á los extranjeros, pero que usase de sus artes y buena industria para dejarles acercar y obrar sobre seguro.

Llegó efectivamente Hernandarias á la orilla de aquel río, y como no estaba en su ánimo pelear con los indígenas, antes por el contrario, tratarlos de paz para que no le estorbaran en el camino, destacó dos jinetes á que pasaran á la otra banda á saludar al cacique de una toldería que en la barranca se veía. Para que causasen admiración á los indios, escogió dos apuestos donceles armados de punta en blanco, guarnecidos de chapas de plata los frenos y cabezadas de los caballos, y en sus personas, de plata también las pretinas, cintos, guarniciones y pomos de las espadas; de suerte que cada uno,

herido del sol, brillaba y resplandecía con el lustre de aquel metal.

Echáronse á nado los dos jinetes y, al llegar á la otra orilla, dieron el recado de su embajada. Recibiólos bien el jefe indio y ellos se volvieron con el permiso que daba para que pasara la tropa. Pero como el cacique estaba juramentado para perderlos, convocó á sus guerreros y despachó emisarios á las tribus vecinas para jugar una mala pasada á los extranjeros. Estando éstos en los preparativos para vadear el río, he aquí que vieron venir á nado una hermosa india que con varonil continente se acercó, preguntando por el gobernador.

Llevada á su presencia, le dijo sin turbarse:

—Bien me pareció en el talle y gallardía de tus heraldos que érais dioses ó gente venida del cielo y ahora me huelgo de verte á ti, que eres su capitán. ¿Qué buscas en mi tierra? ¿Qué pretensión es la tuya? ¿Qué te trae de tan lejos á tierra tan pobre? Sabe que mis hermanos, temerosos de que gente extraña venga á enseñorearse de estas pampas, se van juntando para defenderlas y te darán batalla en cuanto pases este río.

Satisfizo Hernandarias por medio de intérprete á todas sus preguntas y ella, enterada del buen intento del gobernador, volvió á decir:

—Pues no pases adelante, que yo iré á hablar á mis hermanos y haré que te ayuden á vadear el río.

Volvió á pasar á nado; pero como tardara el socorro, Hernandarias tanteó el vado. Estando en esta operación, como los indios vieran descuidados á los españoles, se asomaron á la barranca y, tomándoles las vueltas, los encerraron en un círculo de flecheros y honderos, poniéndolos en grave aprieto. Muchos caballos se ahogaron y los soldados, bregando con la corriente, no podían manejar las armas. Todos fueron hechos prisioneros por los indios y Hernandarias llevado ante los caciques, que estaban bebiendo y con su vista solemnizaron más el baile y la fiesta.

Los caciques, bebiendo y consultando lo que harían de él, vió el capitán paraguayo á uno de la reunión con una flauta que la tocaba muy mal, y tomándosela, la compuso y aderezó y tocó con ella con tanta habilidad que, admirados los caciques, callaron para oirle, y uno de ellos que parecía ser el principal de todos le cobró tan grande afición por verle tocar tan bien, que dijo á los demás que no había de consentir en la muerte de aquel español.

Oído esto, una hija suya, en la que Hernandarias reconoció la gentil nadadora, se acercó al prisione-

ro y mandó lavarle y curarle las heridas y diéranle de beber.

Para mayor agasajo, bebió ella la primera, como lo acostumbran los indios, y en voz baja le dijo que no temiera, que nada malo le había de pasar donde ella estaba. Hernandarias se lo agradeció, declarándose por su esclavo voluntario, pues su gracia le amparaba.

Un mes duró este cautiverio y en todo este tiempo Hernandarias y sus compañeros aseguraron la vida con el amparo de la hermosa hija del cacique.

Dos hermanos tenía ésta que, como mozos aficionados á ejercicios violentos, cobraron afición á los caballos de los españoles y querían aprender equitación. Hernandarias se ofreció á ser su maestro y, como era tan buen jinete, les daba lección. Gustaban grandemente los mancebos de este entretenimiento, llevando siempre una guardia de flecheros para que no se escapara su maestro; pero poco á poco fueron perdiendo la desconfianza y muchas veces campeaban solos con él. Con esto Hernandarias ideó su evasión. La traza que tomó fué llevar un cuchillo escondido en los borceguíes—que no pudiera sin recelo llevar otras armas—y huir á caballo á la ventura, fiado en Dios y en su valor, que á una buena determinación ayuda la osadía. Había

conseguido que uno de sus capitanes le ayudara en las lecciones y le comunicó el plan.

Con un pretexto cualquiera hicieron que los dos jóvenes indios echaran sus caballos al río juntamente con ellos, y ya en la otra orilla, en un momento de descuido ataron á los mozos y, saltando en los mejores caballos, se pusieron en huída, y como no hubo quien siguiese el alcance, se escaparon.

En llegando á Buenos Aires, Hernandarias reunió nuevo contingente y volvió á rescatar á sus compañeros (1).

Ya no corrió más tierra. Si bien no encontró la ciudad que buscaba, entendió "haberla más arrimada á la cordillera que va de Chile para el Estrecho, y no á la costa del mar". En este sentido escribe desde la Asunción al virrey de Lima, recomendando para la nueva empresa á un caballero del Tucumán, que se ofrecía á ir al descubrimiento de los Césares por el camino al oriente de la cordillera, hacia la Patagonia.

---

(1) Hernandarias, en una información al Rey, se limita á decir que para la conquista de los Césares «juntó 200 hombres y los proveyó de todo lo necesario, y caminó con ellos cuatro meses con grandísimos trabajos por la esterilidad de la tierra y ser inhabitable, por lo cual enfermaron todos y les fué necesario volverse»...

Hernandarias, después de haber gobernado por cerca de veinte años en tres diversos períodos, se retiró á Santa Fé, haciendo todo el bien que pudo á los indios, de los que, por el rey, tenía el título de "Protector". Murió en esa ciudad en 1634, pobre y calumniado por la persecución que hizo á los malos encomenderos y por la defensa de los naturales. Los reproches del P. Techo á Hernandarias son parvos defectos junto á las grandes obras que acometió, no siendo la menor el haber acudido en defensa y exploración del Río de la Plata desde el norte del Guairá hasta las 200 leguas al Sur de Buenos Aires, por las que le hemos acompañado.

CAPÍTULO VII

La Cruzada de Cabrera.

El personaje recomendado por Hernandarias era un deudo suyo, D. Jerónimo Luis de Cabrera, natural de la Córdoba argentina, ciudad recien fundada (1573) por su abuelo, de los mismos nombres y apellido, descendiente de los Moya de Sevilla.

Si á esta información se añade que el paraguayo fray Hernando de Trejo llegó á ser Obispo de Córdoba, tenemos que al cabo de una generación, los *criollos*, los hijos de españoles, ocupaban los principales cargos públicos conforme á los privilegios concedidos á los descendientes de conquistadores por varias cédulas reales; y que en lo tocante al Río de la Plata, los descendientes del adelantado Sanabria y de los capitanes Garay y Cabrera, emparentados entre sí, habían acaparado las mejores

prebendas. Esto prueba que la colonización española en América hízose con libertades comunales, con amplio espíritu democrático, apenas sin más restricción que la autoridad del rey.

El parentesco del Cabrera de esta relación con Hernandarias, provenía de ser hijo de María de Garay y Mendoza, hermana de Jerónima Contreras, mujer de Hernandarias, hijas ambas del conquistador Garay. Padre de Cabrera fué un Gonzalo Martel, hijo segundo del fundador de Córdoba, el cual Gonzalo fué ajusticiado en La Plata en 1596.

Y como por otra parte el hijo de María y de Gonzalo estaba casado con Isabel Becerra, hija de Hernandarias, resulta que era sobrino y yerno de éste á un mismo tiempo; enrevesada genealogía que traigo á cuento, más que nada, por el bello desorden de apellidos entre padres, hijos y hermanos.

*
* *

La noticia de los Césares del Estrecho había llegado hasta el Tucumán, donde gobernaba Cabrera.

Corría el rumor que el capellán de las malogradas colonias, fray Antonio, acompañado de los últimos sobrevivientes, había enfrentado la cordillera andina á la altura del Lago Nahuelhuapí. Mientras

en Chile la fábula, cambiando los protagonistas, atribuía este éxodo á los osorneses; en el Río de la Plata seguían creyendo en la supervivencia de los marineros de Sarmiento, uniéndolos á los primitivos Césares, los legendarios náufragos de la armada del obispo de Plasencia. Como desde la expedición de Sarmiento habían pasado treinta y cinco años, Cabrera creyó en la posibilidad de encontrar vivo tal cual sobreviviente, y á este fin práctico agregaba también la vaga idea de hallar á los Césares.

Con este doble propósito partió de Córdoba el año 1622, con 400 hombres bien armados, doscientas carretas y seis mil cabezas de ganado.

El P. Lizárraga, que conoció la Córdoba del tiempo de Cabrera, la describe en estos términos: "La ciudad es fértil de todas frutas nuestras; danse viñas junto al pueblo, á la ribera del río, del cual sacan acequias para los molinos." Cabe, pues, la presunción que entre el avío de viaje de los expedicionarios cordobeses hubiera abundante provisión de bizcocho, y que algunas de las carretas fueran bodegas ambulantes con pellejos hinchados del rico morapio, al que los varones de Indias eran grandes aficionados como buenos españoles. *Balimen* llamaban á esos carguíos de provisiones.

Por entonces, fuera de tres ó cuatro ciudades estratégicas que enlazaban el Río de la Plata con el Perú, lo demás del territorio argentino era un desierto. En medio de aquellas soledades, la Córdoba colonial aparece, vista en el mapa, como el ombligo de la vasta pampasia que los modernos geógrafos argentinos dividen en cuatro zonas ó valles principales:

La parte Nordeste: que toca las provincias de Salta, Tucumán, Santiago, los bosques vírgenes del Chaco, la parte oriental de la provincia de Córdoba y la mitad de la de Santa Fé, del lado norte ó región del Paraná.

La del Noroeste: que comprende parte de Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, Santiago, frente noroeste de Córdoba, y que, atravesando San Luis, se dirige al sur.

La del Sudeste: continuación del valle del Paraná, y se extiende al sur hacia la Sierra de Ventana y Bahía Blanca, ocupando la provincia de Buenos Aires, la parte meridional de Santa Fé y Córdoba y la septentrional de la Patagonia.

La del Sudoeste: que toma la provincia de la Rioja entre Famatina y las cordilleras, y continúa al sud por las provincias de San Juan y Mendoza, hasta juntarse con la zona anterior.

Hacia estos cuatro rumbos hubo en los comienzos de la colonización tres caminos cuyo crucero era Córdoba, punto de cita obligado de mercaderes, *chasques* ó correos y viajeros. Hacia el norte, el camino carretero por Santiago del Estero, Esteco (ciudad abandonada, á la vera de Tucumán), Salta y Jujuy á P tosí y La Plata; hacia Oriente, el camino, también de carretas, á Santa Fe, punto intermedio entre Buenos Aires y Asunción; y hacia Poniente, el tercer camino al pie de la cordillera, á Mendoza y Santiago de Chile; caminos los tres, largos y de una duración abrumadora á causa de los medios de transporte; incomodísimos por la falta de poblados, y, á trechos, hasta de árboles y agua, y peligrosos por las *guazabaras* (asaltos) de los indios.

El camino de Córdoba á Mendoza lo cruzaban cinco ríos numerados correlativamente. Así: el río de la ciudad, *Río Primero;* el que sigue, *Segundo;* el otro, *Tercero;* el que viene, *Cuarto*, y el último, *Quinto;* los cinco de bonísimas aguas. El Tercero y Cuarto, poblados de indios comechingones, que servían á los españoles cuando querían, y cuando no, izquierdeaban. Como estaban recién escarmentados, dejaron pasar en paz á Cabrera.

Pasado el Río Quinto empezaba la ignota tierra.

Desde este río partía una línea imaginaria á las cabeceras del río Diamante, al pie de la cordillera, limitando la provincia de Córdoba de la de Cuyo; y en rumbo opuesto declinaba hasta la costa del Atlántico en la altura de la sierra del Tandil, formando el límite sur de la provincia de Buenos Aires, las tres provincias pobladas hasta entonces en el Río de la Plata.

Más abajo eran las tierras magallánicas, nombre con que se designaba á toda la Patagonia en cartas geográficas y relaciones oficiales de la época.

*
* *

Más allá del río Quinto viene un trecho de pampa fértil como la de Buenos Aires, pero con menos aguadas. En tiempos de sequía, los venados beben de una vez, para ocho ó diez días, por la falta de pozas. Siguiendo la táctica de los indios, la gente de Cabrera abría hoyas á mano en los lugares que acampaban y al poco rato aparecía agua muy sabrosa y fría.

En una de estas excavaciones toparon con unos huesos, cabeza y muelas gigantescos. Llevaron la cabeza á Cabrera y en el cóncavo de ella cupo una espada, desde la guarnición á la punta, siendo la

quijada, por lo menos, del grandor de una rodela. Muelas y dientes estaban de tal modo duros, que de ellos se sacaba lumbre como de pedernal. Eran restos de algún mastodonte, megaterio ú otro tipo de la fauna antediluviana, que la superstición popular atribuía á gigantes; así que Cabrera, enlazando este hallazgo con lo que se contaba de los patagones del Estrecho, se confirmó en la creencia de que ya que no diera con los Césares, tropezaría con una nación de gigantes.

*
* *

Hasta aquí todo iba bien. La caravana cruzaba los llanos, levantando á su paso, como la de Hernandarias, avestruces, perdices y venados. Un ave corpulenta, centinela de la pampa, se cernía en los aires, y con chillidos roncos y destemplados parecía animar á la tropa gritando: *¡Chajá! ¡Chajá!* (vamos, en guaraní). Pero á las pocas jornadas, á medida que la caravana avanzaba al suroeste, el aspecto del terreno cambió; de la pampa fértil pasó á la pampa estéril, región estrecha y baja que orillea las provincias de La Rioja, San Juan y Mendoza.

El viajero moderno que por necesidad tiene que atravesarla procura hacerlo escapado. El *desierto* ó

travesía, como indistintamente se llama, es una inmensa llanada, llena de salitreras y salinas y médanos de arena, ora sin un árbol que interrumpa la aridez del terreno, ora con manchas de chañares que más adelante se truecan en bosques de caldenes y otros árboles, entre los que descuella el quebracho blanco (*aspidosperma*), delgado y esquelético, en consonancia con la pobreza del suelo. Otros arbustos hay como la tola y el churqui, siendo un hecho muy significativo que todos dan espinas en lugar de hojas, como signo de ingratitud de aquellos eriales. Los únicos seres vivientes que turban el silencio de esas soledades son los guanacos, que corren en bandadas, y algún jote (*cathartes fœtens*), que picotea la carroña de algún animal muerto. Para colmo de desdicha, un viento de fuego, impetuoso, el *zonda*, levanta torbellinos de polvo salitroso y de arenas que ciegan á los caminantes.

Así pues, Cabrera, por querer flanquear la cordillera, hubo de internarse en esta travesía que parece la cuenca de un mar enjuto.

*
* *

Por estos arenales lo más del año se ha de caminar de noche, por los grandes calores del día. La

tropa de carretas avanzaba tarda y perezosamente por la dilatada llanura, haciendo rechinar las formidables ruedas de los pesados armatostes.

La gente del Tucumán, desde un principio, fué sin-rival en la construcción y manejo de estos vehículos. Y aún sigue siéndolo. La pampa es tan grande que, á pesar del avance de la locomotora, ofrece en muchos parajes la visión de este primitivo sistema de transporte.

La célebre carreta tucumana mide próximamente una longitud de 15 metros, y lleva como carga máxima 1.800 kilogramos. Tiran de ella seis bueyes, y en los viajes largos van detrás más bueyes de repuesto. Del cóncavo del techo sale una larga pértiga horizontal ó *llamador*, á cuyo extremo va una red de la que cuelga una cola de buey. De noche se pone un farol en la punta de esta especie de bauprés, y en tal guisa, la carreta es como un navío de la pampa que lentamente va abriéndose camino por el mar de hierba. La *tropa* ó convoy de carretas va al mando de un capataz, con maestro y oficiales. El "maestro" es el carpintero, y recibe un sueldo fijo, haya ó no necesidad de su trabajo.

Hemos de representarnos, pues, la tropa de carretas de Cabrera como un regimiento moderno de pontoneros en el que parte de la gente hace de

obreros y el resto son hombres de armas. Veremos después cómo efectivamente, Cabrera utilizó estas carretas como pontones para pasar un río.

*
* *

Dándose prisa, la caravana desembocó el desierto y entró en tierra fértil de Cuyo, nombre que se daba á las provincias andinas de San Luis, San Juan y Mendoza, pertenecientes ahora á la Argentina, pero entonces dependencias chilenas, región fertilísima abundante en toda suerte de mantenimientos. Los españoles habían poblado esta provincia á principios del siglo XVI; plantaron viñas y negociaban el vino, llevándolo en carretas á Córdoba, á Buenos Aires y Santa Fé. Solía valer la botija de veinte á treinta pesos y los cosecheros traían de retorno ropa y otras mercaderías.

A unas quince leguas de Mendoza están las famosas lagunas de Guanacache, donde se producen unas famosas truchas. Los españoles de la provincia conservaban en la memoria este caso. Y es que estando exorcizando en Roma un sacerdote á un endemoniado y preguntándole: —*¿Qué pescado era el mejor del mundo?* Respondió: —*Las truchas de Guanacache en el reino de Chile, en las Indias occidentales.*

Hay también en estas lagunas muchos patos y ánades, y para cogerlos usan los indios de un singular artificio: echan calabazos en el agua, de modo que las aves no los extrañen, sino que se posan en ellos y entran los cazadores cubiertas las cabezas con otros calabazos. Como la volatería no los extraña, no huye, y sacando el cazador la mano, va cogiendo cuantos pájaros quiere, metiéndolos en el agua sin ahuyentar á los demás.

A su paso por esta tierra, llegaron á oídos de Cabrera extrañas informaciones. En un sitio que llamaban Las Peñas se veían estampadas las plantas de los pies de un hombre de buena estatura y unos jeroglíficos que nadie descifraba. Se tenía por cierto que eran las huellas de *Santo Tomé*, que hasta allí llegó predicando el Evangelio. Más adelante, en ocultas guaridas moraban unos indios que de las rodillas para arriba eran como los demás hombres y de las rodillas abajo tenían piernas y pies como avestruces; y otros que tenían cola de una tercia y peluda, y para sentarse la enroscaban, sentándose sobre ella; mas cuando querían pelear con sus enemigos de otras naciones, les mostraban la cola y la meneaban muy aprisa provocándolos á la pelea.

Ninguno de estos indios encontró Cabrera, sino

que en los confines de Mendoza orillando el flanco de la cordillera para salir á la planicie patagónica, tropezó con los *picunches*, rama de la nación pehuenche que se extendía desde los confines de la provincia de Mendoza al Río Limay.

Vivían en toldos que mudaban de un lugar á otro en sus excursiones cinegéticas. Vestían capa de pieles de guanaco y una especie de delantal de lo mismo. Para la caza y la guerra iban á caballo, seguidos de buenos galgos; y sus armas, flechas y boleadoras. Estos indios, por su contacto con los araucanos de Chile, participaban del odio de éstos á los españoles; pero considerándose impotentes para rechazar la invasión de Cabrera, corrieron á dar la voz de alarma á las otras tribus.

Un fugitivo que apresaron los cordobeses dijo á Cabrera que, hacia donde salía el sol, había una "Ciudad de los Arboles, de los Césares". A la petición de Cabrera de que le guiara allá, el indio, asombrado de esta determinación, cogió muchos puñados de arena y los echaba al aire diciendo que él guiaría; pero que se supiera que allí había más indios que granos de arena tomaba él en la mano. A pesar de esta prevención, Cabrera persistió en su intento y el indio le llevó donde decía.

La "Ciudad de los Arboles" no era otra cosa que

grupos extensos de árboles frutales de Europa, especialmente de manzanos, que empezaban á hacerse silvestres. Estas pomaredas, no menos que algunos fragmentos de ladrillos que se encontraron, alentó á Cabrera en su idea que estaba sobre la pista de los Césares. Exaltada su imaginación con este hallazgo, no podía figurarse que aquellos manzanales fueron plantados por los antiguos pobladores de Villarrica y Osorno, que habían extendido sus colonias más allá de la cordillera. Quizás fueran restos de una etapa de los fugitivos osorneses en su éxodo por la pampa buscando salida á Buenos Aires. Los desventurados colonos hubieron de abandonar el asiento ante el asedio de la indiada, y los manzanos seguían allí como poético recuerdo de sus plantadores. Había manzanas de las clases más finas y, tan en sazón, que materialmente alfombraban el suelo. Hombres y bueyes de la tropa cordobesa se aprovecharon en grande de una fruta tan sana como agradable y se rehicieron de las privaciones de la jornada.

*
* *

A todo esto se iban viendo grupos de indios, de los nómadas que todos los años acudían á esos pa-

rajes á la cosecha de manzanas. Por su indumentaria y sus armas demostraban pertenecer á diversas tribus.

La actitud de estos indios "manzaneros" era parecida á la de los grajos, que al acudir en bandada al esquilmo de un huerto frutal, lo encuentran intervenido por los recogedores. No atreviéndose á desalojar á los españoles, los insultaban á distancia con su característico *japapeo* ó batir de manos, acompañado del chivateo, con voces descompasadas en aquel su dialecto, que (al decir de Usauro) es comparable al graznido de pájaros.

Como la intención de Cabrera no era armar zambra con esa gente, sino seguir adelante á la descubierta de los Césares, parlamentó con un cacique al que dijo que sólo había venido allí á recoger manzanas, y puesto que éstas abundaban, podían cogerlas juntos en buena paz y armonía. El cacique aparentó creerlo y en señal de alianza ofertó al jefe español con una manzana escogida, según la rústica politiquería de estos salvajes para demostrar su aprecio á una persona. Cabrera, por su parte, le agasajó con aguardiente, tabaco y bizcochos.

En esta entrevista el capitán cordobés trató de informarse sobre las tierras vecinas y los españoles que hubiesen entrado en ellas.

El jefe indio no supo decirle más sino que, subiendo un río de allí cercá, y á las dos ó tres jornadas, tomando á mano izquierda, se veía el mar. Añadió que más al Sur, por algunos ríos de la cordillera, había visto bajar *huincas* (españoles) en barcos pequeños. Referíase, sin duda, al gran lago Nahuelhuapí y á los españoles de Chiloé; pero con las escasas noticias que Cabrera tenía de la tierra, entendió que esos *huincas* eran los Césares, y más esperanzado que nunca, determinó avanzar hasta encontrarlos.

*
* *

La zona en que ahora se hallaba Cabrera podemos ubicarla en la hoya del Neuquén, valle ancho y feraz, considerado como el territorio mejor de la Patagonia, que riega el Neuquén (correntoso en indio), poderoso afluente norte del Río Negro.

Un hermoso paisaje rodea la confluencia de ambos ríos. En lontananza, los picos nevados de la sierra que alimentan las lagunas misteriosas, madres de estos ríos; y á vista de ojos, peñascos ciclópeos alineados simétricamente al pie de altas pirámides y entre mangas de cipreses, como sarcófagos de titanes. Laureles, cañas y floridas enreda-

deras con su aromoso vaho, dan mayor realce á este grandioso cuadro de la naturaleza.

En este mismo lugar halló Caberera que las aguas del río principal, claras y limpias, contrastaban con las turbias del afluente y tardaban en mezclarse. Sin duda por esto y porque los indios decían á esta junta *Cusu Leuvi* (Río Negro), llamó así á esa arteria fluvial, enmendando la plana sin saberlo, á Hernandarias, que puso al río el nombre de *Claro* al descubrirlo en su desembocadura en el Atlántico. Cabrera, más osado que su suegro, se determinó á pasar el gran río que se atravesaba en su camino, y al efecto hizo pontones de sus carretas.

Tanto esfuerzo fué infructuoso. Al llegar á la altura de la destruída Villarrica, los indios se coligaron en contra el invasor; se le huyeron los guías á Cabrera, faltóle el bastimento, y habiéndose pegado fuego á la campaña, se le quemaron carros y pertrechos.

Apurado Cabrera, no tuvo más remedio que emprender la retirada, perseguido siempre por los indios.

En una ocasión cercaron el campamento y con singular denuedo se lanzaron al asalto. Cabrera sacó al campo sus cordobeses y á lanzadas hizo retirar á la chusma enemiga; pero cansados los ca-

ballos y algunos soldados heridos, mandó Cabrera retirarse junto á las pocas carretas que quedaban, para curar los heridos y dar de comer á los caballos.

Estando así atrincherados, volvieron á cargar los indios en tanto número y con tanta osadía, que no hubo más remedio que salir á pelearlos otra vez. Como eran pocos los arcabuces, Cabrera imaginó hacer de un cuero de vaca una como trinchera y llevarle por delante para defensa de cada arcabucero. Al mismo tiempo hizo poner á algunos caballos los "guardamontes" tucumanos, ó sea unos faldones de cuero crudo puesto al pecho del animal para resguardar las piernas del jinete de la maleza del monte.

Salió, pues, la reducida manga de arcabuceros y el pequeño escuadrón, que por todos serían siete de á pie y ocho de á caballo, á contener la avalancha del enemigo, y acercándose, disparaban los arcabuces por las troneras del cuero de vaca. Hacía cada tiro grande estrago por ser grande el montón del enemigo. Los bárbaros, viendo tantos de los suyos heridos y muertos de las balas, empezaron á cejar á cuyo tiempo los ocho jinetes de guardamonte y lanza dieron con gran furia, poniéndolos en huída.

El fracaso de esta expedición desanimó á la gente del Río de la Plata para la cruzada de los Césares de la Patagonia. "Las ocupaciones resfriaron los fervores—escribe elegantemente el P. Rosales—y desde aquel tiempo no ha dado aquella tierra otro D. Jerónimo Luis de Cabrera que los encienda."

Esos fervores á que se refiere el jesuíta chileno (1) fueron á anidarse en el corazón de Nicolás Mascardi, cuyas heroicas tentativas en busca de los Césares de la Patagonia constituye el episodio más culminante de la leyenda que desde ahora podemos llamar chilena.

---

(1) Chileno en el sentido de escribir de cosas de Chile. «Nació el ilustre historiador y misionero Diego de Rosales en la coronada villa de Madrid, á cuya circunstancia vinculó siempre cierta vanagloria de rancio castellano, porque le hizo como inherente de su nombre, estampándola en la portada de su libro. Por otra parte, es esa la única vanidad mundana que hemos desentrañado del corazón de aquel varón tan insigne como humilde.» (Benjamín Vicuña Mackenna: Prefacio á la *Historia general del Reino de Chile* del P. Rosales).

CAPITULO VIII

La Región de Nahuelhuapí.

La región de Nahuelhuapí que tanto suena en la historia de los Césares chilenos, forma parte de la altiplanicie patagónica: es el cordón central ó eje de rotación del vasto territorio que se extiende del Pacífico al Atlántico, hacia el Estrecho. Al Este un inmenso praderío de pendiente suave, regado por caudalosas corrientes; al Oeste la costa de Chiloé, con un portentoso archipiélago de "fjords", ventisqueros, lagos y volcanes encumbrados, y enmedio, la cordillera nevada, con bosques de hayas y lagos alpinos.

Por su lago y por su isla es famoso Nahuelhuapí, cuyo nombre indio significa tigre blanco, aunque éste no sea el jaguar, que no le hay en la Patagonia, sino la nutria ó tigre de agua. La laguna tiene

en el centro una graciosa isla con picos aislados de forma cónica que, vistos de lejos, dan á ésta el aspecto de un gigantesco tigre de agua á flote. De ahí su nombre indígena.

Dos caminos había antiguamente para Nahuelhuapí: uno por las lagunas y otro por Buriloche, y por ellos salían indistintamente al otro lado de la cordillera los colonos de las ciudades australes de Chile. A orillas de la laguna, los franciscanos de Villarrica habían fundado una misión; pero con la ruina de las ciudades de Chiloé, esta misión quedó abandonada y olvidados los caminos. El boquete de Buriloche, por donde se podía salir á caballo á Nahuelhuapí, quedó convertido en guarida de antropófagos serranos, los *buriloches;* que montando ó desmontando sus canoas de tres tablas, según hubieran de pasar por las lagunas ó andar por la sierra, caían en el gran lago Llanquihue y sorprendían á los pacíficos chilotes y chonos, comiéndose á los cautivos.

La aspereza y fragosidad de la serranía donde los buriloches tenían su guarida, dejaban impunes sus "malocas" ó correrías; mas cuando la dominación española se consolidó en Chiloé, se ocurrió á combatirlas. A este fin, el capitán Diego Flores de León, natural de Madrid y maestre de campo de la

frontera, organizó una expedición en 1621. Detalle notable es que entre los 46 soldados que formaban la columna expedicionaria iba disfrazada de hombre, Catalina Erauso, conocida en la historia con el nombre de "La monja alférez."

Flores de León llegó, efectivamente, á Nahuelhuapí, surcó el lago por más de ocho leguas, y como no encontrara por ninguna parte la encantada ciudad que allí ubicaba la leyenda, dió media vuelta.

El resultado práctico de este paseo militar fué que los españoles del Sur de Chile (Chiloé) tomaron desde entonces la ofensiva contra los maloqueros de la sierra. Los pasos ó boquetes andinos de esta parte los forman unos desfiladeros estrechos entre altos murallones ó tajos de roca. Los loros bullangueros anidan en bandadas en los agujeros de estas paredes, y por esto los naturales llaman á estos sitios *rucachoroi*, casa de loros. En estos *rucachoroi* se encastillaban los indios; pero aunque ellos fueran tigres, los españoles eran leones, y dábanles terribles asaltos. Si por acaso los indios se escondían en cuevas, entonces se les cazaba más fácilmente, encendiendo hogueras á la entrada y obligándoles á salir con el humo. Con tan dura persecución, los indómitos buriloches fueron exterminados ó repartidos en encomiendas, quedando libres

los pasos de ultracordillera, y como una real cédula de Felipe III expedida en 1608, mandaba que los indios de Chile cogidos en guerra fuesen esclavos, en castigo de su tenaz rebeldía, aprovechábanse de ella algunos cabos de frontera para extender sus correrías hasta Nahuelhuapí y aun más allá, á fin de cautivar indios puelches y pehuenches.

Una de las veces, los indios de Nahuelhuapí, capitaneados por un negro y dos holandeses desertores de un buque pirata que había estado en Valdivia, presentaron combate naval en una laguna á los españoles, quienes con su natural arrojo improvisaron balsas y embarcándose en ellas atacaron resueltamente al enemigo, venciéndole y cautivando como 300 *piezas* ó esclavos de guerra que luego fueron vendidos á alto precio en las ciudades. Empero los holandeses y el negro lograron escaparse, y al través de las pampas salieron á Buen s Aires.

Consecuencia de estas cacerías de indios fué que la región de Nahuelhuapí quedase despoblada y cesando las comunicaciones se olvidaran las rutas que desde Chiloé conducían al lago y al interior de la Patagonia. El velo del misterio volvió á ocultar las soledades de esta región y la imaginación popular á poblarlas con el fantasma errante de los Césares.

*
* *

Por esta época los misioneros empezaron á interesarse también por la leyenda, eligiendo como centro de sus operaciones el lago Nahuelhuapí. Los jesuítas, fieles á su tradición, se apresuraron á incluir este lugar en el círculo de sus grandes empresas. Dos varones insignes, el P. Luis Valdivia y el P. Diego Rosales, famoso el uno por su defensa de los indios ante la Corte de Madrid, y el otro por su *Historia general del Reino de Chile*, dieron los primeros pasos para la ejecución de aquella idea; Valdivia fundando la "misión andante" de Chiloé; Rosales enviando al P. Mascardi, en 1670, á que estableciera la misión de Nahuelhuapí, sufragánea del colegio de Castro (Chiloé).

Lo que este P. Mascardi hizo, va á verlo el lector á continuación.

La figura de este personaje es tan grande, que ella de por sí llena toda la Patagonia. Su plan grandioso de extender los dominios de la cristiandad y del Rey de España desde su misión hasta el Atlántico y el Estrecho, por toda la península austral, coloca su nombre en primera línea, no ya en la historia particular de una orden religiosa, si que también en la general de los viajes y las misiones.

CAPÍTULO IX

El Parsifal de los Césares.

Nicolás Mascardi estaba bien preparado para la misión que se le confiaba.

De muy joven vino á Chile y llevaba más de veinte años en el país dedicado estrictamente á las tareas del misionero. En este tiempo expedicionó varias veces á la Patagonia, aprendiendo la lengua y las costumbres de los indígenas. Por su celo y por su competencia, el provincial Diego Rosales le nombró rector del Colegio de Castro en 1622, ciudad fundada en 1567 en el sur de Chile en memoria del gobernador Vaca de Castro; "la última ciudad de este nuevo mundo de la India occidental, que es el *non plus ultra* de la América" en la época de Mascardi. Los deberes del nuevo cargo hicieron á éste extender su apostolado por el Archipiélago de

Chiloé, evangelizando á los chonos y guaitecas.

Su vuelta á Castro coincidió con una de tantas *malocas* ó invasiones que los cabos de frontera hacían para cautivar indios con un pretexto ú otro, pero casi siempre por codicia. La entrada fué en tierra de poyas, al otro lado de la cordillera, y con tan buena fortuna, que cayeron en la redada algunos indios principales, entre ellos una reina, mujer de un cacique que vivía en los confines de la Patagonia. Es de suponer que esta princesa india fuese muy joven, pues el historiador P. Olivares la conoció cuarenta años después en Nahuelhuapí. Respondía al poético nombre de *Huanguelé* (Estrella).

Los cautivos fueron llevados á Castro y sus aprehensores se dispusieron á venderlos como piezas de guerra. Hízoles oposición el P. Mascardi, asumiendo con energía la defensa de los pobres indios y tramitando su libertad por captura ilegal, durante cuatro años seguidos. Como sabía la lengua de los cautivos por sus viajes anteriores, hablaba muchas veces con ellos, y en cierta ocasión le dieron á entender que sabían de una ciudad de españoles en un rincón de la Patagonia y que, si les conseguía la libertad, le guiarían á su descubrimiento.

Entusiasmado Mascardi con esta revelación, dió parte al gobernador de Chile, el cual se apresuró á

decretar la libertad de los prisioneros. La princesa Huanguelé, agradecida á su salvador, se convirtió al cristianismo y se ofreció á facilitarle el camino á la "Ciudad de los Césares". Mascardi aceptó la oferta con la idea de ir al descubrimiento de estos cristianos perdidos y dedicarse al mismo tiempo á la conversión de infieles

Propúsose desde luego restituir los cautivos á sus hogares para congraciarse con las tribus indias que había de encontrar en el tránsito. Para ello pidió autorización á su provincial, y como se trataba de cosas que atañían al servicio del rey, llegó la instancia por sus trámites hasta el virrey del Perú, de quien dependía el reino de Chile, y fué bien atendida. Por su parte, el provincial Rosales aprovechó la oportunidad para encargar á su súbdito el establecimiento de una misión en Nahuelhuapí.

Gran revuelo causó en Chiloé (1) la noticia del viaje de Mascardi al descubrimiento de los Césares. El vecindario de las ciudades le ayudó con donativos en ropas y subsistencias; y como la conquista

---

(1) El lector poco versado en geografía americana debe fijarse que no es lo mismo *Chiloé* que *Chile*. Chiloé *(Chilli-hué:* Chile nuevo), es una de las 24 provincias chilenas y en tiempo del coloniaje era el límite de la cristiandad, como antes se dijo al tratar de Castro.

era pacífica, en vez de piqueros y arcabuceros, facilitáronle caoneros y taladores para pasar el Archipiélago y la cordillera.

*
* *

A fines de 1670 la flotilla de piraguas en que iban Mascardi, la reina india y demás gente, salió de Calbuco hacia el estero (abra marítima) de Reloncavi, grandioso brazo de mar con riberas escarpadas y cumbres nevadas que se interna en la cordillera, hasta llegar á Ralún, punto de desembarco del cual sale el camino á Nahuelhuapí.

Es Ralún el punto céntrico entre Chiloé y Llanquihué por una parte, y Nahuelhuapí y Río Negro por otra. En el fondo del estero, casi frente á Ralún, desemboca el gran río Petrohue que sale del lago Todos los Santos, rival del Nahuelhuapí. En la misma desembocadura es de admirar la *Viguería*, formación de extrañas columnas de basaltos, de policromos reflejos cuando el sol hiere sus costras de hielo. No estando aún bien explorado ese río, Mascardi prefirió la vía terrestre de Ralún al lago, camino áspero y difícil, aun hecho con mulas.

En Ralún se guardaron las piraguas y cesó el cómodo transporte por navegación.

Abriendo camino iban delante los famosos taladores chilotes. Sin más brújula y norte que la dirección del sol, estos baqueanos monteses se deslizan á través de arcabucos, ríos y pantanos, abriendo trocha con los machetes. Por este procedimiento empírico el ágil talador busca paso por diferentes lados, prestando singular servicio á los exploradores. No son pocas las dificultades que han de vencerse: una angostura ó *encajonado* que rodear, un pantano que vadear con agua á la cintura, ó bien un impenetrable bosque de coníferas, árboles característicos de esta zona.

Entre ellas, el alerce, *el príncipe de los árboles por su incorruptibilidad y grandeza* (según el P. Rosales); algunos milenarios, de 80 metros de altura y cinco de diámetro; el *reulí*, especie de haya antártica que se deshoja quemada por la nieve; el *huillahual*, el árbol de Pascua en los hogares chiloenses; y el majestuoso ciprés, que marca la transición de la zona inferior á la zona alpina.

En los claros que dejan libres estos colosos, crecen arbustos, algunos con flores muy lindas.

Los taladores de Mascardi pusieron á éste á orillas del gran lago Purahilla. Llámase ahora Todos los Santos y también Esmeralda por sus aguas, verdes como las del lago Constanza, que forman her-

moso contraste con los picos nevados que lo rodean. Es navegable y tiene 28 kilómetros de largo. Como el Purahilla tiene las riberas cortadas á pico, de modo que es imposible orillarlas por tierra; Mascardi no tuvo más remedio que embarcarse, á cuyo fin su gente improvisó unas piraguas por el medio ingenioso á que recurren los naturales de la tierra.

Cortan tres ó cuatro tablones grandes y los cosen con soguillas hechas de filamentos de caña, que pasan por los agujeros, cuidando de cubrir las costuras con corteza de árbol, generalmente de alerce, faena, como se ve, harto lenta y trabajosa.

Hechas las piraguas, la flotilla se dió á navegar á remo y vela, empleando para esto último los *bordillos* ó ponchos de Chiloé. Hízose la travesía felizmente, eso que el lago suele ser tempestuoso; y al tocar tierra, vuelta á los afanes para salvar el trecho á pie hasta el otro lago de Nahuelhuapí. En este trayecto llegó Mascardi al lomo divisorio de las dos pendientes que marca hoy el deslinde entre Chile y la Argentina: la zona de los *montes colgados*, de laureles, robles y *quilas* (cañas), cuyo aspecto risueño contrasta con el fosco y severo de los bosques bajos.

Al término de la fatigosa cuesta de los Reulís, Mascardi pudo contemplar á 1.334 metros de altura

la tierra de promisión por la que suspiraba: el valle de Nahuelhuapí, principio y centro de su espiritual conquista. A sus pies veía corrientes de agua entre estupendas paredes casi verticales, en forma de grandes murallones de hielo; en medio un lago azul, encumbrado entre altos tajos, y dominándolo todo, un cerro majestuoso, con un manto de nieve sacudido constantemente por el deshielo y los vientos y todo eso á la luz de un día claro y radiante.

Anon llamaban los indios á ese cerro, nombre que significa quirquincho ó armadillo en lengua tehuelche; siendo tradición que cada vez que pasa un viajero, el cerro lo saluda con un trueno; de modo que hace las veces de vigía de Nahuelhuapí, anunciando á los indios de la otra banda la venida de gente. La gente de Mascardi, no menos supersticiosa que los indios, alarmada por aquellos ruidos, llamaron al gigante tehuelche *el Tronador*, y lo que era estrépito de lurtes ó derrumbes de ventisqueros, lo atribuyeron á obra del demonio ó pelotones de nieve que tiraban los Césares. Sin embargo, la reina Huanguelé decía que éstos estaban más lejos y señalaba al sur.

Al fin se llegó al borde del famoso lago que, como el anterior, no se deja orillar. A diferencia de los otros lagos más al oeste y de contornos llanos

en la sección longitudinal del valle de Chile, el Esmeralda y el Nahuelhuapí no ofrecen otra alternativa que embarcarse ó retroceder.

Hasta aquí, Mascardi tenía recorridas de Castro á Calbuco, por mar, 24 leguas; de Calbuco á Ralún, por mar también, 14, y de Ralún á Nahuelhuapí 24; total 62 leguas, al través de esteros tempestuosos; de caminos improvisados en la cordillera, topando con árboles caídos y con derrumbes de ventisqueros; navegando la horrible laguna Esmeralda, y ahora le faltaba la de Nahuelhuapí, con embarcaciones pequeñas y malas.

*
* *

Este magnífico lago es un seno de agua dulce que tiene de boj muy cerca de 27 leguas, con los brazos extendidos hasta el corazón de la cordillera. En tiempo tranquilo ostenta un hermoso color azul, como el famoso lago de Ginebra. Sus acantiladas riberas bruñidas por los ventisqueros, sus desoladas playas en las que apenas crecen algunos robles y alerces, y la marejada con que el viento agita las aguas, pintan en conjunto un paisaje severo. Más risueña aparece la isla grande, la *Isla del Tigre*, con franjas de árboles variados y abundantes y eleva-

ciones montañosas de más de 100 metros.—Ocupa 30 por 2 kilómetros en su parte más ancha.

Con todo, Mascardi prefirió para emplazamiento de su misión la margen boreal del lago, cerca del desagüe del Río Limay (río de las Sanguijuelas) que le dejaba el paso franco á las pampas de la Patagonia. Puso manos á la obra levantando una pequeña capilla bajo la advocación de nuestra señora de la Asunción y un miserable rancho para su alojamiento, armados de palos y ramas, cubiertos con un techo de paja. Como acólito ó monaguillo le asistía un niño español llamado Juan de Uribe. Sirviéndose de la *Reina* Huanguelé, Mascardi parlamentó con los poyas que encontró en aquel paraje.

El misionero se adiestró en la lengua poya, dialecto tehuelche, y dió principio á la predicación del Evangelio.

Los poyas, por su poco trato con los españoles, le mostraron buena voluntad, á lo que ayudarían los cautivos venidos de Castro y muy especialmente la princesa Huanguelé, que hablaría á sus hermanos del poder de los *huincas* y del buen conjuro del *machí* (hechicero) Mascardi, ya que para los indios hechicero y sacerdote es todo uno.

Echados los cimientos de la misión en la orilla sur del lago, Mascardi se apresuró á devolver los

cautivos á su tierra, confiándose enteramente á ellos. Antes escribió cartas á los Césares en castellano, latín, griego, italiano, araucano, puelche y poya; es decir, en siete idiomas diferentes, para que los cristianos perdidos que con tantas ansias buscaba, le entendieran por si acaso hubieran perdido la lengua nativa. Los sobrescritos iban á nombre de: *Los Señores españoles establecidos al Sur de la laguna Nahuelhuapí.*

El color rojo es entre los araucanos emblema de guerra; así, cuando se ofrece tratar asuntos bélicos, los caciques se envían una flecha ensangrentada y unos nudos en un cordón de lana colorada. Luego que vieron las cartas de Mascardi, que iban cerradas con obleas rojas, los indios se recelaron, pareciéndoles que en ellas se provocaba á guerra. El misionero hubo de cambiar las obleas por otras de otro color, y de esa manera los mensajeros fueron gustosos.—"Ahora sí que podrán ir estas cartas de mano en mano—dijo uno de ellos—, que las otras habían de entender todos por donde pasase que era para convocar á los españoles á hacer guerra."

Mascardi fué repartiendo estas cartas entre los poyas orientales, á medida que iba repatriando los cautivos. Como á su regreso á la misión no recibiese

ninguna contestación á sus cartas, manifestó su disgusto á Huanguelé que no se había separado de él y le acompañaba á todas partes. Ella le tranquilizó haciéndole ver la distancia á que quedaban los Césares; y para probarle que le quería servir, le presentó dos indios que habían estado en "la ciudad de los españoles". Diéronle vagas noticias sobre la ciudad y el *huinca* que la gobernaba. En cuanto al camino para encontrarle, añadían que seguía por la orilla del río que sale del lago Nahuelhuapí (el Limay) hasta salir á la mar brava, y desde allí iban caminando otras cien leguas hasta llegar á la vista de la isla en que vivían aquéllos.

Mascardi dió crédito á los indios y despachó nuevas cartas á los Césares.

A los pocos días tuvo nueva noticia de otra "ciudad de españoles". Dos hombres vestidos de blanco, con cabellera y barba larga, se habían puesto en camino desde ella para llegar á la misión de Nahuelhuapí, pero habiéndoles faltado las fuerzas para seguir adelante, hubieron de pedir á un cacique hospitalario que transmitiese la noticia al Padre y le entregaran como señal, una almilla de grana, un cuchillo labrado en la cacha con una figura de alquimia (latón) y un pedazo de espada.

Al recibir estas prendas, Mascardi, enajenado de

alegría, se apresuró á remitirlas á Santiago con cartas al gobernador de Chile y al virrey de Lima, informándoles de todo y del éxito de la misión. El virrey, que lo era á la sazón el conde de Lemus, se apresuró á notificar la fausta nueva al Consejo de Indias, el cual puso al oficio la siguiente resolución: "Acúsese el recibo y que se queda con esta noticia, y que se espera se obrará en esto con todo cuidado y celo". El fiscal del virreinato, en vista de la carta de Mascardi informaba que la evangelización de Nahuelhuapí merecía ser fomentada, pero que hallándose comprendida en los límites de la gobernación de Chile, debían tramitarse todos los antecedentes y los autos del Consejo del Perú al gobernador de Santiago.

En vista de esto, el virrey envió los papeles al gobernador de Chile, acompañados de una carta para el misionero en la que le expresaba su satisfacción, en prueba de lo cual le mandaba las "niñerías" de 200 ducados, varias medallas y escapularios, y una imagen de la Virgen de la Asunción para la capilla de Nahuelhuapí. En cuanto á las prendas remitidas á Santiago de Chile, se reconocieron como pertenecientes á náufragos españoles de un navío que trece años antes se había perdido en la costa de Chonos; con lo que surgía la duda si

la anunciada "ciudad de españoles" fuese una estación de náufragos perdidos en los linderos del Estrecho, y los dos hombres "vestidos de blanco" y cansados, los últimos sobrevivientes de la colonia, vagantes como espectros por tierras magallánicas.

Pero estos comentarios no llegaron á conocimiento de Mascardi, quien entusiasmado con la nueva ciudad de los Césares, se había puesto ya en camino para encontrarla.

Corría el año 1671.

Nuestro viajero se dirigió, pues, á Chiloé por el camino de las lagunas anteriormente descrito. Esta vez le acompañaban unos cuantos indios conversos, muy adictos suyos, que para cruzar los lagos improvisaban piragüillas de madera verde, y en tierra firme talaban la maleza que obstruía el paso. Al misionero podemos figurárnoslo seco y enjuto de cara y con aquellos mostachos y perilla que daban aspecto marcial á los clérigos y aun á los papas del siglo XVII; con sombrero de fieltro, burda sotana negra remendada, cíngulo con crucifijo colgante y *ojotas* ó sandalias de cuero de vaca en los pies. Por toda provisión, un talego de harina de *quinoa* ó arrozuelo indígena y habas, únicos alimentos vegetales de los campos de Nahuelhuapí; ó bien del *ulpo* ó mazamorra de harina tostada, que con agua ca-

liente, constituye el avío principal de los expedicionarios de la cordillera austral.

Así atravesó la fría y abrupta cordillera de Chile, *montón de montones amontonados* (Rosales); muchos y penosos pantanos y un río caudaloso sobre piedras agudas; y quizás éste fué el mayor trabajo, porque hubo de vadearse más de veinte veces y en algunas partes con agua á la cintura, siendo á más tan rápido, que si alguno cae en su corriente tiene gran riesgo de la vida.

Mascardi salió al mar, y en piraguas, costeando la ribera, puso rumbo al sur, llevando la derrota del Estrecho; pero á medida que iba avanzando, se ensanchaba el gran archipiélago, descubriendo á distancia islas en gran número, algunas, volcánicas. En las mañanas de primavera, cuando el sol no ha calentado aún el aire, es deleitosa vista la de estos volcanes, porque levantan unas varas altas y derechas de plateado humo, remontándose inflexibles grande espacio y extendido trecho, hasta que, cobrando altura, se esparcen en hermosos penachos ondeados que, creciendo, se encrespan y arrollan, formando vistosas nubes, y tras el humo despiden una llamarada de fuego que, centelleando, llena el aire de cometas y de volantes fuegos ígneos. En estos parajes se anticipa un panorama de las regiones

polares, con los fenómenos geológicos de los ventisqueros. Altos farallones de nieve se yerguen á guisa de promontorios, y en algunos senos de la costa flotan témpanos enormes y pacen focas tan gigantescas, que en el país las llaman "elefantes".

En la zona habitada salian los caciques á dar á la *Reina* y al huinca Mascardi el parabien de la venida, trayéndoles en don cosas de comida, vasos de nácar, conchas de complicados arabescos y pieles de un ciervo cazado en la sierra á puras uñas; el *güemul*, el famoso animal heráldico de Chile que habita en parte de la Patagonia.

Los chonos y guaitecas que vivían dispersos en el dilatado laberinto de estos canales, eran con poca diferencia los chilotes que describe Ercilla:

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
cubiertos de un espeso y largo vello,
pañetes cortos de cordel ceñidos,
altos de pecho y de fornido cuello;
la color y los ojos encendidos,
las uñas sin cortar, largo el cabello;
brutos campestres, rústicos salvajes,
de fieras cataduras y visajes.

Hacían sus casas de cortezas de árboles grandes, y de cortezas también las ollas en que cocían el pescado, calentando muchas piedras al fuego y echán-

dolas en la olla hasta que hierve el agua y se cuece el condumio.

La bondad y las sinceras caricias de esta gente que ya conocía Mascardi, robustecieron su propósito de anunciar el Evangelio hasta los confines del Estrecho. Por el momento, se concretó á hacer averiguaciones acerca de los *huincas* que buscaba.

Dábanle los indios noticias incompletas que exarcebaban su pasión de viajero. Un cacique le aseguró haber visto en aquellos mares unas piraguas tan grandes que la gente andaba por las vergas; otro que á cien leguas de allí, por donde salía el sol, había unos hombres blancos que iban muy bien vestidos.

Por si acaso, Mascardi resolvió seguir adelante, dispuesto, si preciso fuera, á navegar el Estrecho en frágil piragua gobernada á popa con una pala ó canalete, llevando ocho ó diez remeros y uno que iba siempre achicando con una batea el agua que hacía la embarcación.

Llegó efectivamente hasta él, orillando costas é islas imposibles de determinar. Dos enormes escolleras, que se llaman el Cabo Pillar, forman la parte occidental, á estribor, conforme se dobla el Estrecho. La débil embarcación en que iba Mascardi, navegaba á merced de la corriente. El pasaje por este

sitio es tan peligroso, que los buques veleros siguen la ruta más larga alrededor del Cabo de Hornos, para evitar las repentinas tormentas, encontradas corrientes y casi continuas nieblas del Estrecho.

Los nombres topográficos son para poner espanto al viajero: Isla de la Consolación, Punta Traicionera, Cabo de los Remedios, etc. Pero cuando el tiempo es favorable, es una vía que quizás no tenga igual en el mundo, por el esplendor de sus paisajes. A uno y otro lado, espesos bosques de hayas cubren las faldas casi perpendiculares de las montañas, destacándose en las nubes los soberbios picos de los Andes meridionales y entre todos el del *Monte Sarmiento*, á una altura de 7.730 pies. Por entre las nubes surgen los rayos de un nítido sol, que hace brillar la nieve de los cerros, en tanto que de los farallones descienden hasta el mar los opalinos ventisqueros. El verde de la vegetación, oscuro en las sombras y claro en donde le hiere el sol; las negras rocas y las grises escolleras; las aborregadas nubes que manchan el tul del cielo, dan una sucesión de paisajes siempre variados y siempre sorprendentes.

Aquí y acullá se ven islotes literalmente cubiertos de pingüinos que lanzan fantásticos gritos entre manadas de lobos marinos y marsoplas, en tanto

vuela sobre todos ellos el gallardo alcatraz que gusta del viento huracanado. Ni es raro ver el surtidor de agua de una ballena que luce á flor de agua su enorme dorso y gigantesca cola. En ocasiones también se oye un trémulo relincho á la parte de tierra y sobresale el moreno dorado de un guanaco pechiblanco que ofrece un notable contraste con el verde húmedo de la costa.

*
* *

Lo único notable que Mascardi encontró en sus investigaciones por esa tierra, fueron una "gente agigantada" y unos "indios gaviotas", así apodados porque su lenguaje se asemejaba á los graznidos de estos pájaros. No pudo pasar más adelante, porque los días acortaban cada vez más y sus remeros, presos de un terror supersticioso, se negaban á acompañarle (1).

(1) En el Estrecho, desde el 22 de Septiembre hasta el 21 de Diciembre se tiene la máxima duración de la luz, prolongándose, aunque decreciendo, desde el 21 de Diciembre hasta el 21 de Marzo. El 21 de Diciembre, fecha del máximum del aumento, se alcanzan la luz del día anterior con la del subsiguiente; de tal modo, que á las 11,30 post meridiem hay luz aún y la nueva aparece á las 12,30 post meridiem, confundiéndose el crepúscu-

Forzosamente hubo de emprender la vuelta á Nahuelhuapí, con las mismas ó peores dificultades que á la partida.

El fracaso de este viaje, en vez de desencantarle, avivó su fe en los Césares. Ya que no había encontrado la ciudad encantada de los Chonos, iría á buscarlos registrando toda la Patagonia.

---

lo con la aurora. En cambio, desde el 21 de Marzo al 21 de Septiembre, la luz decrece en igual forma, alcanzando la mínima duración el 21 de Junio, en que sólo se tienen breves horas de luz.

CAPITULO X

Los indios de Mascardi.

En tiempo de Mascardi, la Patagonia era tierra ignota.

Desde los Andes chilenos al mar argentino y desde las pampas superas hasta la Tierra de Fuego, todo estaba aún por explorar y colonizar. Descartada una angosta faja triangular del litoral, correspondiente al actual territorio argentino de Santa Cruz, en la que hubo tal cual pesquería por cuenta de la Compañía Marítima de Cádiz y á veces entraba alguna expedición á las salinas de la pampa, el resto de la Patagonia oriental, en el espacio de cien leguas Oeste á Este, y por de contado lo demás al sur de la Península era un mapa blanco para los españoles.

Como meteoros cruzaron el territorio, según se

ha visto, Hernandarias y Cabrera y los colonos fugitivos del Sur de Chile. Pero España sentía la necesidad de establecer en el Estrecho colonias que aseguraran este pasaje de toda ocupación extranjera; y comprobada por las expediciones de Alcazaba, Camargo y Sarmiento la imposibilidad de ninguna fundación marítima sin el socorro por la vía del interior, la corte atendió á la misión de Nahuelhuapí, que por su situación al oriente de los Andes y en la fuente de los tributarios del Río Negro podía servir de base para un vasto proyecto de colonización de la Patagonia.

Desde mucho antes, los jesuítas se habían propuesto la evangelización de toda la extremidad austral del continente, y aun se adelantaron á incluirlo entre sus dependencias, como puede verse en la *Tabula geographica Regni Chile*, publicada en 1640 por los procuradores de la Compañía. Y en una relación al rey de las doctrinas que tenían en esta provincia, añaden: "Muy en breve llegaremos evangelizando hasta el mismo Estrecho de Magallanes, que está en altura del Polo 52 grados, y aun hasta el de Maire, que está á 56 grados y está poblado de indios chonos."

Tan buenas esperanzas empezaron á realizarse con la nueva *misión de Nuestra Señora de la Asun-*

ción. de Nahuelhuapí, á cargo del Padre Nicolás Mascardi.

La corte de Madrid, informada de todo, empezó á nombrar en documentos y cédulas reales "La provincia de Nahuelhuapí del reino de Chile". Con esta nueva provincia se acariciaba el plan de que los araucanos dieran la paz, ya que viéndose cercados de españoles por todas partes, no les quedara refugio ni retirada.

*
* *

Es raza la araucana refractaria á la civilización, y si ahora que la conquista de su territorio por Chile es completa é irrevocable, los indios siguen siendo soberbios é ingobernables, júzguese lo que serían en tiempo del coloniaje.

Por Arauco escribió Ercilla aquella octava, lisonja de los modernos chilenos:

Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada,
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni á extranjero dominio sometida.

En su continuo roce con los españoles, en paz ó en guerra, los araucanos aprendieron el manejo de las armas blancas y más que todo montar á caballo, lo que ayudó á su natural inclinación de "domar á extrañas gentes". El araucano, jinete, evolucionó invadiendo y subyugando las comarcas limítrofes. De no ocurrir los españoles, es indudable que el poder araucano se hubiera extendido por toda la Patagonia. Desde luego eran más civilizados que el resto de la indiada de esta península.

No es fácil clasificar etnográficamente los indios patagónicos del siglo XVII, pues los mismos autores jesuítas de Chile disienten en sus pareceres. El informe que parece más autorizado es el del maestre de campo de La Concepción, D. Jerónimo Pietas, sobre los indios pertenecientes á la jurisdicción de Chile, informe examinado y aprobado por una junta especial de personas muy conocedoras de los indios y que mereció la aprobación del Consejo de Indias en 1723.

Pietas cita á los *araucanos*, *pehuenches*, *puelches*, *poyas*, *huilipoyas*, *chonos* y *cancahues*, cuya ubicación era la siguiente, concretándonos á aquellos que suenan en la leyenda de los Césares:

Los araucanos entre Bío Bío y el seno de Reloncavi.

Los pehuenches entre la cordillera y al oriente hasta Nahuelhuapí.

Los puelches, al otro lado de las pampas en la latitud de Chiloé.

Los poyas, medio por medio de las pampas hasta el Atlántico.

Los chonos, al poniente de la cordillera, á orillas del Pacífico hasta el Estrecho.

Tomás Falkner, otro jesuita que viajó por la Patagonia casi un siglo después que Mascardi, subdivide los puelches en talahuet, divihet, chechehet y tehuelhet, enumerados de norte á sur entre el Atlántico y los Andes, y pone á lo largo de la cordillera los moluches, picunches, pehuenches, huilliches y pichihuilliches.

Los etnólogos modernos, embarullando más este catálogo, distinguen entre los pehuenches á los cafulcuraches, catrielches, yanquetruches, añecoches, ranqueles, aucas, etc., etc.

Toda esta gentilidad de Pietas, Falkner y demás autores, pueden reducirse á tres grupos: *mapuches*, los legítimos araucanos; *moluches*, indios de origen araucano en las pampas argentinas; y *tehuelches*, los verdaderos patagones. O como decían sencillamente los españoles de Chile y Buenos Aires: indios araucanos, pampas y patagones.

La indiada de Nahuelhuapí se repartía entre pampas y patagones. Unos eran los *puelches*, otros los *poyas*.

Los puelches, restos de una invasión araucana, en los pampas orientales, son los mismos que describe el andaluz Alvarez de Toledo en su *Purén indómito:*

...fuertes, bravos y ligeros,
de grandes cuerpos y únicos flecheros.

Los poyas, según Olivares *(Historia de Chile)*, eran indios "de buena disposición, más altos que los demás y ni tan morenos, de suerte que si tuvieran más cultura y policía podían pasar por españoles. No son incapaces y son más sanos que los puelches". Quiere decir, que de mejor natural carácter. Los puelches, guerreros ¡más diestros, les habían ido ganando terreno y obligado á retirarse más al sur. Nahuelhuapí estaba justamente en el límite que separaba las dos naciones cuando llegó Mascardi.

Los puelches, como araucanos de ultracordillera, tenían las mismas costumbres que sus hermanos de Arauco, salvo que éstos eran labradores y agricultores, y ellos cazadores nómadas. Tenían crianza de caballos y comían carne de yegua, el alimento

que más apetecian, pero los poyas les aventajaban en que tenían algunas vacas, robadas en los campos de Buenos Aires. Unos y otros, fuertes hombres á caballo, que montaban en pelo, ó, todo lo más, sobre unos lomillos de paja, y tan fijos en el animal que parece que iban cosidos con él, y aunque llevaban consigo la cama y los víveres, nada de esto les embarazaba, porque las camisetas les servían de mantas para dormir; el sudadero del caballo, que era un pellejo de carnero, les servía de colchón; la talega de harina, de repostería, y un vaso de madera, de vajilla. Para la guerra usaban la *macana* ó porra claveteada y el *toqui* ó hacha de pedernal aguzado enastada en un palo, y además picas, lanzas, flechas y *laques* ó bolas. Cuando en la guerra mataban á algún capitán enemigo ó persona de importancia, le cortaban la cabeza y guardaban el cráneo después de haberlo pelado y descarnado en agua caliente, y en las borracheras de mucho concurso bebían en él los caciques; teniendo en tanta estimación ese vaso, que pasaba de padres á hijos como vínculo de mayorazgo, como se cuenta sucedía con los cráneos de Valdivia y de Loyola entre los caciques de Arauco.

Entregada la gente de Nahuelhuapí al afán incesante de buscarse la vida y al instinto de preserva-

ción que en el hombre primitivo son los únicos móviles de la existencia, dominaba en ellos la malicia, la astucia, el rencor, ó bien el valor salvaje y el amor á la libertad.

El cronista Lizárraga, que conocía bien la indiada chilena, hablando de las calidades de estos indios, escribe así:

"...Exceden á los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de mayores cuerpos y más belicosos, y son mucho más bárbaros y temerarios... El capitán del inga, viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua *Curun auca*, que quiere decir indios barbarísimos. No tenían vestidos. De pieles de gatillos hacían unas mantas con que se cubrían; el invierno se estaban en sus casas metidos, que son redondas, mayores ó menores como es la familia; al verano, grandes holgazanes, las mujeres trabajaban en todo lo necesario; fuera de esto, sin ley ni rey, el más valiente entre ellos es el más temido; castigo no hay para ningún género de vicio; tienen muchos absurdísimos.

"A padre ni á madre ninguna reverencia, ni sujeción. Deshonestísimos, si no es á madre, á otra mujer no perdonan: el hijo hereda las mujeres de su padre, y al contrario; el hermano del yerno y si un hermano se aficiona á alguna mujer de su her-

mano, por quedarse con ella y las demás, le mata; entre éstos hay grandes hechiceros que dan bocados para matarse los unos á los otros, y se matan fácilmente, y dicen está en su mano llover ó no. No adoran cosa alguna: hablan con el demonio, á quien llaman Pillan. Dicen que le obedecen porque no les haga mal.

"Creen que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres y se emborrachan; es el paraíso de Mahoma.

"Muchos de éstos, aunque son bautizados, niegan serlo; lo mismo hacen las mujeres; amancebarse con dos hermanas es muy usado, no sólo los infieles, sino los bautizados, por lo cual á los españoles que tienen cautivos, si el español es casado y tiene alguna cuñada, le compelen á que tenga acceso á ella delante dellos mismos, si no le matarán; conozco á quien le sucedió, y el pobre, por huir de la muerte, cometió tan grave incesto.

"Han hecho grandes crueldades en las mujeres españolas, por haber acceso á ellas.

"El padre que más hijas tiene es más rico, porque desde niñas las venden á otros para mujeres, y el que compra es perpetuo tributario.

"No saben perdonar enojo, por lo cual son vindicativos en gran manera; no creen hay muerte na-

tural, sino violenta, y acaso porque si alguno muere es porque otro le dió riñendo un bofetón ó puñada, ó con un palo, ó le tiró de los cabellos.

"Muchas veces nos dan ponzoña en nuestras comidas, y como no nos hacen daño, dicen es la causa porque las comemos calientes. Sus consultas son en las borracheras muy frecuentes en ellos, donde tratan las cosas de guerra: llevan sus armas y borrachos se matan fácilmente.

"No guardan un punto de ley natural, á lo menos con nosotros.

"No tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulas, angostos de frente lo son. Cada uno vive por sí, una casa de otra apartada más de un tiro de honda, á los cuales si no se reducen á pueblos y les quitan armas y caballos y les hacemos hombres políticos, no los haremos cristianos.

"En la guerra obedecen á los capitanes por ellos nombrados; acabada, ó en el verano, no hay obediencia. Finalmente, es gente sin ley, sin rey, sin honra, sin vergüenza, etc., y de aquí se inferirá lo que inferir se puede..."

Pertinente es la cita, porque por ella se comprenderá la heroica caridad de Mascardi en su apostolado de Nahuelhuapí.

El misionero era diligente en atender á los deberes de su ministerio religioso. Bautizaba y doctrinaba á los que acudían á la misión, consolaba á los enfermos y asistía á los agonizantes, contra la costumbre de los indios, que por atribuir una enfermedad al *huecuba* ó espíritu del mal del que no podían evadirse, si alguno se enfermaba lo sacaban de la habitación para que no contaminase. Practicaban lo que en medicina moderna llaman la *Eutanasia*, ó sea la eliminación de un enfermo incurable, con el fin de evitar á éste muchos días de sufrimiento, acortándole la agonía. Esto hacían los brujos de Nahuelhuapí, administrando un veneno lento ó fulminante al pobre enfermo, cuando su rutinaria farmacopea no podía curarle.

Además á los muertos evitaban nombrarlos por sus nombres sus mismos parientes, por temor al huecuba, sino que lo hacían con perífrasis ó rodeos de palabras.

CAPITULO XI

La feria de Nahuelhuapí

Entendiendo el misionero que los medios espirituales no eran suficientes para domar la ferocidad de sus neófitos, apeló á otros medios civilizadores.

Contaba la misión con algunos recursos procedentes de las limosnas de las ciudades de Chiloé y del sínodo abonado por las cajas reales de Chile. Con el primer dinero que juntó, compró Mascardi algunas vacas como base de sustentación para la misión y contrató carpinteros chilotes para que levantaran las primeras casas. Las mulas iban y venían de Ralún á Nahuelhuapí, por el boquete de Buriloche, trayendo tablas de alerce, tejas, fardos de lana y útiles de labranza, pues también se proponía el misionero que los indios aprendieran á tejer y á cultivar la tierra. Su afán era atraerlos á la vida en poblado, primera etapa de la vida civilizada.

En un principio pareció lograrlo; pero así que pasó el invierno y vino la primavera, los indios, acostumbrados á la vida nómada y á correr la caza, se sintieron molestos en las viviendas y dispusiéronse á abandonarlas. Además se acercaba la época de la gran feria nacional en que los indios de toda la Patagonia acudían á la cosecha de las manzanas al norte de Nahuelhuapí, ó al intercambio de pieles de guanaco y chaquiras, por los piñones que producen las hermosas araucarias del alto Bío Bío, que son de mucho sustento, porque con ellos hacen los indígenas muchos guisados, pan y chicha. Los primeros españoles que entraron en Arauco, llamaron á estos frutos de las araucarias *piñas del Líbano*.

*
* *

El encuentro de todas estas tribus en Nahuelhuapí da una idea de las enormes distancias que recorrían los indios pampas y patagones, desde que se hicieron de caballadas. Año por año venían al país de las manzanas, para ellos el jardín de los Hespérides, por caminos de 100 y 200 leguas de recorrido del Atlántico ó el Estrecho á la cordillera, orillando los ríos Negro, Colorado ó Chubut, según la parte de donde salían.

El cordobés Cabrera había tropezado con estos indios manzaneros, y ahora los veía pasar el Padre Mascardi.

Nahuelhuapí, de cuyo lago sale el Limay recto al norte para torcer luego al este, era el punto de convergencia de las caravanas. Los campos de la misión se alegraban ahora con el áspero y atractivo bullicio de las hordas acampadas; con la agitación y estruendo de la vida agreste, bucólica, gitanesca de las multitudes nómadas. Moluches y huiliches fraternizaban con sus parientes, los puelches y poyas de Nahuelhuapí. La lengua de Chile, rica y armoniosa, la hablan todos, aunque con acentos diferentes, y los que no la hablan la entienden, por ser el idioma generalizado en el sur.

Según la costumbre araucana, cada cacique se considera dueño del terreno que ocupa, y nadie puede entrar en su campo sin pedir licencia; pero una vez pedida, él mismo sale á recibir al huésped, hácele entrar en el toldo y le invita á sentarse en un pellón.

Síguese la ronda de *chicha*, bebida fermentada, que si la ofrece un puelche estará hecha de *laurapi*, de olor á lentisco; si un pampa, de *muchí*, dulce y aromática; y si un tehuelche, de las bayas dulces y refrescantes del *calafate*. Aquellos que están de

vuelta del país de las manzanas, convidan con chicha de esta fruta, fuerte y olorosa. Para tener la fiesta en paz, dejan las armas guardadas.

Tal vez suena la tambora araucana, tal vez el caracol de mar patagón, á cuyos sones los jugadores de *pilma* se reunen en la plaza de Nahuelhuapí. Los campeones trazan un ancho círculo en el suelo, y entrando en él, divídense en dos bandos opuestos y fronteros. Los de un bando llevan una pelota en la mano derecha, los de otro en la mano izquierda arrojándola cada cual por atrás, de suerte que la pelota vaya á salir por delante, levantando la pierna derecha ó izquierda, según la mano, y enviando el proyectil á su adversario, á condición de que le dé en el cuerpo, so pena de perder un tanto. De ahí mil lances y esguinces para evitar los golpes. Cuando sucede que uno ha recibido el pelotazo, tiene que tomar la pelota y puede desquitarse, lanzándola al contrincante con las mismas condiciones. Es un juego muy movido que sólo cesa cuando el cansancio paraliza los brazos.

Acabada *la pilma*, vienen los campeones de la *chueca*, que es al modo del mallo español ó *golf* inglés, en que dos cuadrillas rivales pelean sobre llevar cada una la bola hacia su raya, y á cuatro ó seis rayas se acabó el juego, que suele durar una tarde.

Tras estos deportes en que se agilitan para la guerra, los circunstantes, hombres y mujeres, se desgranan en parejas y en corros de danzantes y cantores. El cacique que hace la fiesta paga al poeta de los romances, por cada uno que improvisa, diez botijas de chicha y un guanaco. No hay duda que el poeta sacará ocho ó diez romances nuevos en loor del anfitrión de la borrachera. "Es indecible—escribe Olivares—cuán bien usan estos indios bárbaros de aquellas figuras de sentencias que encienden en los ánimos de los oyentes los efectos de ira, indignación y fervor que arden en el ánimo del orador; y á veces los de lástima, compasión y misericordia, usando de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias irónicas, que sirven, no para preguntar, sino para responder y argüir.

*
* *

Aprovechando Mascardi esta junta de indios, los citó á parlamento para que dieran la paz á los españoles de Chile, los únicos á quienes ellos conocían y temían.

Fué la reunión en una enramada, en la plaza de la misión. Vinieron toquis, caciques y capitanes, á pie, vestidos con sus galas de pellones de guanaco

pintados, aljabas al hombro, vinchas ó cercos de lana de muchos colores en la cabeza, y entrelazadas en la cabellera muchas flechas. Entre todos descollaba Antullanca, de alta estatura, feo y seco de cara, pero de porte ligero y de severo aspecto.

Conforme á la costumbre india, cada uno pertenecía á distinto linaje: de los leones, de los tigres, de las águilas; del sol ó de la luna; de piedras, peces, árboles y plantas; con nombres á cuál más variados y sonoros:

Antullanca: esmeralda del sol.
Antulién: sol de plata.
Ancalien: campo de plata.
Antumaulen: remolino del sol.
Butachoiquen: plumaje de avestruz.
Calbuñancu: águila azul.
Catunahuel: tigre partido.
Cayapagui: seis leones.
Culacurrá: tres piedras.
Cubilanta: sol que abrasa.
Cutileubú: rio de arrayán.
Cusuyena: Ballena negra.
Cusuyecú: cuervo negro.
Cusuquintur: ojos negros.
Cusubilú: culebra negra.
Guenubilú: culebra del cielo.
Guaiquimilla: lanza de oro.
Lebupillán: trueno que corre.
Llancapilqué: flecha de topacio.
Mariguala: diez patos.
Marinahuel: diez tigres.
Naguguenú: cielo que tiembla.
Nahuelguenú: tigre del cielo.
Nahuelburí: espalda de tigre.
Nahuelbutá: tigre grande.
Naupacanta: sol que se pone.
Peucanta: cerco del sol.
Piculai: viento en calma.
Pichipillán: diablo pequeño.
Ruyumanque: condor florido.
Rucacurrú: toldo negro.
Raihué: flor nueva.
Relmú: arco iris.
Sutachetrén: araña grande.
Votuncurrá: hombre de piedra.
Yebilauquen: ola del lago.
Zuñel: bota de potro.
Zapielangué: cara de león:

Sentáronse en el suelo por su orden toquis, caciques y capitanes, y detrás los *conas* ó soldados. Entró el padre en la junta con un ramo de canelo en las manos, que entre los indios chilenos sirve como salvoconducto y estandarte de paz, y ellos hincaron las lanzas en el suelo; y después de muchos y corteses saludos, Mascardi, puesto en pie en medio de la rueda, hízoles este razonamiento:

—"Nobles caciques, guerreros valientes que tomáis los nombres de los leones, de los tigres y de las águilas: sabed que mi Rey os desea toda ventura, y me ha mandado á esta tierra á que como ovejas perdidas os busque y como á ciegos os alumbre para que conozcáis vuestro bien. En mí tenéis padre que os ama y amigo que os ampare y agasaje.

"Bien sabéis cuántos años ha que guerreáis contra los españoles y cuán poco habéis medrado en ello. Continuamente andáis muertos de hambre, porque no hacéis sino afanar para que el enemigo venga á desperdiciar lo vuestro. De tanta porfía no sacáis más que padecer como bestias en la campaña y correr como los guanacos en la pampa. ¡Cómo os engaña el corazón, valientes guerreros! Bien experimentado tenéis que es imposible acabar con los españoles, aunque más matéis, porque su Rey los envía por millares, y vienen por mar en un día más

de los que vosotros matais en un año. ¿Dónde tenéis vosotros ese recurso? ¿Quién os envía gente? Los muertos, muertos quedan, y cada día os vais consumiendo sin esperanzas de remedio. Pues si ellos crecen y vosotros os consumís, ¿cómo queréis acabar con los españoles? Aunque echárais los que ahora hay, otros vendrán, y tantos más.

"Acabad de procurar la paz, ya que al cabo ha de ser vencida vuestra porfía. ¿No será mejor hacer de buen grado lo que vendréis á hacer por fuerza? Tened lástima de vuestros tiernos hijos, que la guerra quita de los pechos de las madres; compadeceos de vuestras mujeres, que os las llevan á tierras extrañas y las venden por esclavas; mirad por vuestros soldados, que, muertos en las batallas, son pasto de las fieras y de los cuervos."

Y esforzando la voz para que le oyeran los soldados, añadió:

"Vosotros los valientes, los inquietos, que no queréis paz, sino guerra, ¿qué provecho sacáis de ella sino quedar muertos por esas quebradas, y cuando mejor libráis os veis cautivos, cargados de grillos y cadenas, remando en galeras y gimiendo en calabozos? Si os parece mal lo que yo negocio para vuestro descanso y libertad, véisme aquí: pasadme con una lanza el corazón ó sacádmelo vivo;

veréis en él el amor que os tengo. ¿Quién será el primero que descargue sobre mí su macana? ¿Quién será el primero que me corte la cabeza? Matad á vuestro padre, quitadme la vida, que á vosotros os la quitáis. El morir será para mí una ganancia, porque iré á gozar del gran premio que me tiene Dios en el cielo preparado por lo que he trabajado por vosotros, solicitando vuestra salvación y quietud. Vosotros sois los que perderéis; que como amáis vuestros animales, vuestros arroyos y vuestros bebederos, así os amo yo á vosotros; y perdiéndome, perderéis vuestra libertad y la dulzura de vuestra chicha, que es lo que más estimáis."

Maravillados quedaron los indios de ver un ánimo tan superior y tan despreciador de la vida; y como entre ellos son de tanta estima los valientes y animosos, cobraron gran concepto de Mascardi y comenzaron á aficionársele. Viendo esto un cacique, se levantó muy atufado á hablar en nombre de la milicia. Su nombre era Marinahuel, mancebo de robusta fuerza, feroz en su aspecto y arrogante en sus acciones, iracundo en el obrar y estimado por su lanza. El bárbaro echó el pecho afuera, vestido á la usanza puelche: una piel de guanaco á la cintura, que llegaba hasta las rodillas; una camiseta colorada y el cabello trasquilado á raíz, sólo con

un copete que se dejaba por insignia de capitán.

—"*Huinca* Mascardi—dijo.—En la guerra vive el soldado: con ella adquiere favor y con el pillaje hacienda; y á estos guerreros no nos va mal, porque con ella somos señores de las armas de tus hermanos, caballos, petos, espaldares, morriones, espadas anchas, y en sus casas y haciendas hallamos ovejas, vacas, yeguas, hierro, plata y ropa; mujeres en las españolas y criados en sus maridos. Si derramamos sangre, no es poca la que, suya, enrojece los campos. Montones de huesos están por esas quebradas blanqueando sin sepultura; calaveras tenemos en abundancia con que beber en nuestras borracheras. Experiencia tienen de nuestras lanzas, que tantos capitanes y soldados españoles han dejado muertos, perdonando á muchos para pregoneros de nuestro valor.

"¿Acaso nosotros somos menos que tus hermanos? ¿Qué importa que nos lleven por esclavas nuestras mujeres, cuando nos sirven las suyas y nos hacen chicha y nos paren hijos más blancos y más alentados? ¿Para qué hemos de dar la paz? ¿Para que vengan á poblar nuestras tierras y repartirnos como esclavos? Lo que sé es que nuestros antepasados no los pudieron sufrir y los echaron de Osorno, Valdivia, Villarrica, La Imperial, Angol y

Tucapel. ¿Por qué brama el *Anón*, centinela de estos lagos, sino porque recibimos en Nahuelhuapí gente de otra religión? Hagamos lo que hicieron nuestros antepasados de Arauco, que no somos nosotros más sabios que ellos; y si los españoles nos guerrean, sabemos cortarles las cabezas y comerles los corazones."

Pidió licencia para hablar Huanguelé, que, como reina tehuelche, tenía voz y voto en la asamblea, y su aparición en el ruedo produjo un murmullo de simpatía. Realmente estaba hermosa. Su continente era fuerte y varonil; una camiseta cuadrada, abierta por medio cuanto cabe la cabeza, caía sobre sus hombros; de medio cuerpo hasta las rodillas una manta á rayas de colores ceñida á la cintura, y de las rodillas abajo desnuda y los brazos también. Lucía como joyeles las *llancas*, unas piedras toscas verdes con un agujero en medio, ensartadas en forma de media luna en el pecho; una gargantilla de cuentas de vidrio azules y verdes, y en las orejas el *upul* ó patena cuadrada de plata y cobre. Iba en cabello, echado á las espaldas y cortado por delante hasta cerca de las cejas.

La arrogante amazona saludó á la asamblea, y, encarándose con el fiero Marinahuel, le replicó:

—"Quisiera, Marinahuel, que hablara el corazón y

no la lengua, pues los indios nos conocemos los unos á los otros y sé que más debemos atender á lo que siente el corazón que á lo que habla la lengua. ¿Cómo podemos acabar, siendo unos pobres indios, el imperio español que domina todas las naciones, y de cuatro mil leguas que está el rey blanco lejos de aquí, envía gente, armas y socorro? Pretender nosotros acabarlos es tan imposible como agotar la hierba de la pampa. ¿Por qué cuando éramos tantos que no cabíamos en la tierra, no los acabamos, y ahora que vivimos dispersos queremos acabarlos? Mis hermanas, cuando mucho, os paren un hijo, y ése en muchos años no es soldado ni da provecho, y los españoles tienen socorros tan abundantes, que un navío les pare de una vez los soldados que necesitan.

"Bien saben estos guerreros el aprieto en que viven, que ni aun perros se atreven á tener porque no les descubran con sus ladridos, y ya no consienten gallos en sus tierras porque por su canto no conozca el español sus guaridas. Bien saben que de dormir á la intemperie tienen podridos los quillangos, y que, metidos en los montes, no tienen hora de sosiego, porque al menearse con el viento las hojas de los árboles, se inquietan, diciendo: "Vienen los hijos del trueno." Yo he estado cautiva en-

tre ellos y sé que los huincas son superiores á nosotros en armas, en justicia y en regalos, y que su amistad nos es de provecho. Por tanto, valientes guerreros, si queréis conservar vuestras tierras, gozar de los dulces abrazos de vuestras mujeres, de la sabrosa chicha y de los regalos de la caza; si queréis vivir sin sobresalto y mirar al sol de lleno, dad la paz á Mascardi, que viene en nombre de un rey poderoso á ofrecérosla."

Tal era la hermosura de Huanguelé y tanto el fuego que puso en su arenga, que los endurecidos guerreros acortaban el cerco, que era muy grande, para verla mejor y no perder palabra suya.

Tras ella tomó la palabra Peucanta, cacique de tanta estimación, que su voto era seguido como el más acertado en todas las asambleas.

—"El defender uno sus tierras—dijo—, sus hijos, sus mujeres y su libertad es cosa tan natural, que hasta las fieras lo hacen; ¿qué digo las fieras? La paloma más sin hiel, en llegándole á quitar su cría, la defiende con alazos y se muestra brava. Los agravios de los españoles nos hicieron bravos y feroces para la defensa. Aunque su poder sea mayor y sus armas más aventajadas, no nos damos por vencidos, que flechas y macanas nos dan los montes, lanzas y toquis de sobra, fortalezas la cordille-

ras y las barrancas de los ríos y soldados nuestras mujeres. Pero para que veas, hermosa Huanguelé, que tus buenas prendas nos han rendido á todos y que la cortesía, el agrado, la nobleza de tu amigo Mascardi nos obligan más que las amenazas, que estos guerreros no temen, porque á nadie reconocen ventaja; con la muerte de una blanca oveja que, criada en la cordillera, ha bebido á la nieve la blancura, daremos á entender cómo mueren nuestros rencores contra los hermanos de Mascardi. Sacaremos el corazón de esa oveja, y, para que con su sinceridad conozca tu amigo la nuestra, le atravesaremos con dos flechas: él recibirá la una, y nosotros nos repartiremos la otra en astillas, para que se entienda que ya quedamos unidos en un mismo corazón."

Esto diciendo, Peucanta hizo traer una oveja blanca, tirada de una soguilla, al medio de la rueda, y á una seña suya un indio, llegando con una porra, dió tal golpe en la cabeza del animal, que luego cayó tendida; y sacándole con presteza el corazón palpitante, lo atravesó con dos flechas. Peucanta dió una á Mascardi, y él se quedó con otra en nombre de todos. En seguida, untando con la sangre del corazón las hojas del canelo á cuyo pie cayó muerta la oveja, dijo á Mascardi:

—"Esta sangre del corazón es señal de nuestra unión; porque así como las hojas de este canelo están todas unidas á una rama y todas se tiñen de un color bermejo que sale de un corazón sincero, así de aquí adelante ha de ser uno mismo el tinte de nuestra fe sincera."

Acabada esta ceremonia, concluyó la junta, y tanta copia ofertaron á Mascardi de aves y frutas, que le sobraron para repartir en la misión. Él, por su parte, regaló liberalmente á los caciques forasteros aquellas cosas que ellos estimaban y no tenían, como chaquiras, añil para teñir azul y algunas ropas de Chile.

*
* *

El uso inmoderado de la chicha produjo en estos días entre la indiada de Nahuelhuapí una epidemia de disentería que causó muchas víctimas. Consultados los hechiceros sobre la causa de la enfermedad, declararon que ésta les venía por estar en Nahuelhuapí la *Señora española;* nombre que daban á la Virgen regalada por el conde de Lemus á la misión, objeto para los indios de un terror supersticioso. Para atajar el daño—añadían los brujos—era precioso ofrendar algunos regalos al *huecuba*

Reunidos los caciques llamaron á Mascardi para que él también echara en el montón de bujerías, que enmedio tenían, alguna alhaja ó chaquira. El misionero les opuso un no redondo, y en una arenga bien razonada les manifestó lo absurdo de su proceder. Antullanca, cacique puelche, le contestó con palabras insolentes y trató de agredirle; pero en esta ocasión, Huanguelé se interpuso valientemente en defensa de Mascardi.

Por fortuna cesó la epidemia, y Huanguelé, poniendo en juego sus seducciones de mujer, consiguió de Antullanca que desagraviase á Mascardi. Hízose la reconciliación, bebiendo juntos el *pulcú* (la chicha), servida por la princesa. El misionero regaló un hacha de talador al jefe indio, y éste le correspondió con una piel de huemul.

Entretanto, los indios viajeros se hacían lenguas de una ciudad de españoles, "á orillas de la mar brava, hacia la parte donde el sol nace". Como esto coincidía con la revelación hecha anteriormente por Huanguelé en Castro, Mascardi dió tal crédito á esa vaga información, que se aprestó para el viaje, y en vísperas de la partida escribió al gobernador de Chile, prometiéndole darle un buen día con el descubrimiento de los Césares, que creía seguro.

CAPÍTULO XII

Nueva diligencia de Mascardi por saber de la ciudad de los Césares, y no hallándola, vuelve predicando por las pampas á la cordillera.

Púsose en camino en la primavera austral del año 1672.

Esta vez Mascardi iba acompañado de un gran séquito de indios que regresaban á sus tierras, pues su facilidad de conversar con ellos, le habían granjeado muchas simpatías.

Todos iban bien montados á caballo, porque la expedición era larga. Conforme á la costumbre tehuelche, cada cacique saludó el día cantando delante de su toldo la marcha y las disposiciones del viaje que debía emprender la tribu. Al son de roncos atambores con que los vecinos de Nahuelhuap

despedían á los viajeros, la cabalgada salió al campo. Mascardi iba al frente, entre su niño de misa y la princesa Huanguelé que iba á reunirse con su marido. El resto lo componía buen golpe de abigarrados caballistas con *quillangos* de varios tintes; destacándose los caciques por adornarse la frente con la *vincha* ó cinta-diadema, con poblado penacho de plumas de loro barranquero, y no menos la ponderosa lanza con plumero de avestruz.

La ruta á seguir abarcaba dos zonas distintas: la del oëste, en la que estaban, montañosa, surcada por las ramificaciones de los Andes; y la del este, á la que iban, llana, cubierta de pastos, idéntica en su mayor parte á la pampasia platense. Más hacia el sur se entra en la región del Chubut, cruzada por ríos y torrenteras, con trechos de pampa que las inundaciones convierten, bien en pantanos, bien en arenales. El Río Chubut formaba el límite de las dos grandes tribus tehuelches: la que habita entre este río y el Limay, y la otra, entre el Chubut y el Estrecho; estos últimos, los verdaderos indios patagones, los gigantes de la fábula, pero que á los ojos de Mascardi recobraron su estatura normal.

La vegetación es frondosa en las márgenes de los ríos y rala ó pampeana en los valles intermedios; de suerte que el país es abundante en leña,

yerba y agua. La península se estrecha en ciertos puntos, y sus costas ofrecen hospitalarias ensenadas. Derecho á la costa se dirigió Mascardi y orilló el mar que, según los indios, había de llevarle á los Césares.

En el camino había encontrado numerosas tolderías, y en todas ellas fué bien recibido, previo el anuncio de tres humaredas, señal entre los tehuelches de que el viajero que se acerca viene de paz. En prenda de amistad, repartía á los caciques chaquiras, cascabeles y bizcochos, y ellos le pagaban con pieles de guanaco ó con libaciones de chicha. Mascardi era robusto y comía la carne de caballo y bebía la chicha sin hacerle daño.

Andando, andando, encontró á *Votún* (varón), marido de Huanguelé, cacique que en uno de los viajes á la cordillera había sufrido una sorpresa de los españoles de Chile, en la que le arrebataron su mujer, y ahora residía en la boca del Río Salado. Estaba rico y poderoso, porque tenía el monopolio de unas salinas, y los indios sureros apetecían mucho la sal para la buena digestión de la carne, base de su alimentación.

Votún se había consolado del rapto de Huanguelé tomando cuatro mujeres nada menos; una de ellas blanca, arrebatada, sin duda, en un malón. La infe-

liz llevaba el pelo cortado, señal de cautiva, y parecía ser la favorita del cacique; de modo que á éste le causó muy poca gracia la vuelta de la mujer perdida.

Huanguelé, resentida del desaire, le pidió licencia para divorciarse, y alegando ser cristiana le anunció su propósito de quedarse con Mascardi. Votún se lo concedió de muy buena gana, y haciéndole puente de plata, les agenció un toldo para los dos, pensando el bellaco que Mascardi le había sustituído en el disfrute de Huanguelé.

Asombrado quedó Votún cuando Mascardi le manifestó que no podía tener trato con mujer, y que le rogaba le diese aposento por separado; de todos modos, el jefe indio festejó la llegada de los viajeros con una borrachera formidable, á la que tampoco quiso asistir Mascardi. El tehuelche no sabía qué pensar de un hombre que, pareciendo más que todos, ni usaba armas, ni tenía mujer, ni se embriagaba.

*
* *

Como el afán de Mascardi era el descubrimiento de los Césares, es natural que averiguase su paradero, preguntando por ellos á Votún. Este le informó que, en efecto, dos jornadas al sur, "á orillas

del gran lago salado vivían unos *aucahuincas*" (españoles rebeldes).—Es decir, los Césares á orillas del Atlántico.—Era la confirmación de las noticias anteriores, y el misionero dió por resuelto el problema que le fascinaba.

Comprendiendo su impaciencia, Votún le proporcionó caballos de refresco, algunos de los cuales estaban carimbados, señal de haber pertenecido á españoles; pero Mascardi no hizo hincapié en este detalle ni en el de la cautiva blanca, por no indisponerse con su huésped.

Por fin llegó Mascardi adonde le dijeron los indios, y halló por todo un pueblo de seis cuadras de largo y ancho, con pozos de agua, hechos á mano, á los que se bajaba por unos escalones de piedra; y en las calles, botijas quebradas y señas de haber dado carena, por las astillas quemadas y la brea que se encontró en una olla de hierro. Entre los indios que allí merodeaban, vió sombreros, espadas, zapatos, gallinas y otras cosas de gente europea. Pero entendió que aquello no había sido alojamiento de españoles, sino de herejes, porque no tropezó con ninguna manifestación del culto católico.

La cosa estaba clara. Los indios no le habían engañado: habían visto realmente unos *huincas* y el fugaz asiento que éstos fundaron debió imponerles

como una ciudad; sólo que ni aquellos huincas eran cristianos españoles, ni la ciudad la encantada de los Césares que él buscaba.

*
* *

Lo que no podía saber Mascardi es que allí había invernado de 1669 á 671 el caballero Juan de Narbouroug, enviado por el rey de Inglaterra á explorar la costa patagónica y á tomar posesión del Estrecho de Magallanes. No hay certidumbre si el sitio de la recalada que descubrió Mascardi, corresponde á la actual bahía de San Julián ó á la de Santa Cruz; de todos modos, la larga estadía de Narbouroug en aquellos parajes, así como la de otros navegantes anteriores, debió causar mucha impresión á los indígenas de la Patagonia, poco acostumbrados á ver hombres blancos.

Cuando Mascardi, de regreso á Nahuelhuapí, dió parte al gobernador de Chile sobre los indicios que había reconocido de haber piratas en la costa, ya en Valdivia se había sorprendido una chalupa de la expedición de Narbouroug, con un teniente y tres marineros, que estaban levantando planos del litoral. Carlos Enrique Clark, que así se llamaba el teniente, fué enviado preso á Lima, donde el virrey

le hizo arcabucear por el delito de levantar mapas para un gobierno extranjero.

Tan singular epílogo del viaje de Mascardi á las costas del Atlántico, manifiesta cómo los indios llevaban de un confín á otro de la Patagonia la noticia de la aparición de extranjeros, mucho antes que se enteraran las autoridades de Chile ó del Río de la Plata.

*
* *

El viaje completo de Mascardi duró cuatro meses largos: de mediados de Octubre de 1672 á últimos de Febrero del 673.

Disgustado, pero no desengañado, de no hallar lo que buscaba, volvió otra vez desde el Atlántico á la cordillera nevada, enderezando el rumbo al punto de donde había salido; y así vino á dar una vuelta en redondo por las pampas patagónicas. A su paso bautizó muchos indios. El historiador Rosales escribió que fueron 40.000; pero debe ser piadosa exageración, porque otro historiador jesuíta, el P. Enrich, reduce el número á 4.000.

CAPITULO XIII

Celebran los indios la fiesta del "gualicho", y en acabando, matan á Mascardi.

En las mismas cartas en las que Mascardi daba cuenta á su provincial y al gobernador de Santiago del resultado de su anterior viaje, pedíales permiso para acometer otro, empeñado como estaba en registrar toda la Patagonia hasta conseguir su propósito. La misma esquivez del problema exaltaba su pasión de viajero y su celo de apóstol. Veía además, expirar su tiempo de misión, y esto quizás contribuía más que nada á excitar su amor propio y á que apresurara la resolución de la incógnita.

No era el oro, factor principal de las empresas humanas, lo que impulsaba al héroe de los Césares, sino el sentimental y poético espíritu de ro-

mance, tal como lo vemos en los paladines de la Tabla Redonda—y ajustándonos á la persona y al ideal de Mascardi—á los campeones del Santo Graal. Así parecían entenderlo los españoles de Chile y del Río de la Plata, entre los cuales el padre Mascardi venía á ser el Parsifal de los Césares. El virrey de Lima le felicitaba y le animaba en su empeño; muchos particulares le enviaban limosnas para la cruzada; él, por su parte, estaba poseído de las mejores esperanzas.

Respetemos esta credulidad. Al fin y al cabo era un proyecto como tantos otros que aún siguen fascinando á los hombres. Sólo se sabe el resultado á costa de los sacrificios y el trabajo de los que, si aciertan, les llamamos descubridores ó inventores, y si no aciertan, ilusos ó fatuos.

*
* *

La naciente misión de Nahuelhuapí iba prosperando. La base de sustentación era la ciudad chilena de Valdivia, á la que se llegaba con mulas en ocho días, por tierras de pehuenches y otros indios de guerra que dejaban pasar mediante ciertos agasajos.

Mascardi, con el fin de atraer á los puelches de

Nahuelhuapí al dominio español, exhortó á los caciques á pedir la protección del gobernador de aquella ciudad. Así lo hicieron, y el gobernador contestó con un documento que se leyó en la plaza de la Misión; una proclama pomposa en la que se exhortaba á los indios á acatar la fe católica y ponerse bajo la obediencia del augusto don Carlos II, rey de España.

Obstáculo serio para la prosperidad de la misión era la rivalidad entre puelches y poyas, hasta el punto que, siendo vecinos, no querían vivir juntos. A fuerza de persuasiones, Mascardi consiguió que fraternizaran, y para halagar al altivo Antullanca, puso en sus manos el bastón con puño de plata, regalo del gobernador de Chile á la primera autoridad civil de Nahuelhuapí.

Toda la defensa de Mascardi consistía en su energía varonil, en su valor cristiano; no obstante, como acto posesorio, la autoridad chilena envió á Nahuelhuapí un destacamento militar. Estos pocos soldados españoles servían no tanto para imponer respeto á la soberbia de los indios, cuanto para proteger la misión de posibles ataques de las tribus vecinas, reñidas con la obra de Mascardi.

Con todo, el mayor enemigo estaba en casa; era el pérfido Antullanca que veía suplantados su auto-

ridad y prestigio por la influencia religiosa del misionero. No admitía la conversión y odiaba al extranjero. Lo que más temía era que, abierto el camino á los españoles, éstos repitieran sus temidas entradas para esclavizar á los indios; y quizá no se equivocara en esto.

En concíbulo con otros secuaces, se acordó la destrucción de la misión y, antes que todo, la muerte de Mascardi. Para obrar más á mansalva, Antullanca le alejaría de Nahuelhuapí, con el incentivo de un nuevo derrotero á los Césares. Iría al misionero con la mentira que en los confines del Estrecho estaba lo que buscaba, y en el camino harían lo suyo. Bien ajeno á esta perfidia de Antullanca, Mascardi le agradeció la noticia y la compaña conque le brindaba y sin demora se alistó para el nuevo viaje.

*
* *

Era el cuarto que emprendía. Esta vez no le acompañó la princesa Huanguelé, porque convino dejarla al cuidado de los poyas de la misión, sino un sargento con un pelotón de milicianos chilenos, así para la defensa de Mascardi, como en demostración de que el descubrimiento se hacía en

servicio del rey. Con tan reducida escolta salió el misionero de Nahuelhuapí, entre Antullanca y sus puelches.

Sucedió lo de siempre. Mascardi se dejó llevar por donde los indios le decían, y así fué internándose por las pampas. Encontró á los indios en la misma buena disposición del año pasado, y esta primera impresión le hizo augurar un éxito feliz para su empresa. Como además de saber araucano y tehuelche, tenía un tino especial para insinuarse con los indios, en todas las tolderías averiguaba algo sobre los *huincas*.

Tropezó con un indio que chapurreaba el castellano, quien le dijo acababa de llegar de una ciudad de *Aucahuincas*, que tenían muchos caballos, ovejas y cerdos, y que, menos en las vacas, eran más ricos que los de Chile. Mascardi le propuso que les llevase una carta, y el indio dijo que la llevaría, pero que tardaría diez meses la respuesta.

—¿Tan lejos están?—preguntó el misionero.

—Sí; pero ya saben que tú andas buscándoles, y como eres su pariente, dicen que vendrán á verte á Nahuelhuapí.

—Entonces, ¿por qué no han venido?

—Porque mis hermanos no les permiten el paso—repuso el indio—; pero, vendrán por el mar.

Según esta confidencia, las empresas de Mascardi transmitidas por los indios, se habían sabido en Buenos Aires y algún otro establecimiento del Atlántico, hasta el punto de prepararse una expedicion para salir á su encuentro, si bien rodeando el Estrecho, porque el camino por tierra lo tenían cerrado los indios. Era el eco de una misma voz que se desdoblaba y repercutía de un extremo á otro de la Patagonia. En tanto el misionero de Nahuelhuapí buscaba desolado la ciudad encantada del oriente, la gente del Río de la Plata creía en unos Césares chilenos á orillas del lago Nahuelhuapí, y á Mascardi poco menos que su jefe ó patriarca.

*
* *

El mismo indio lenguaraz anunció la llegada de su cacique que venía de los Césares.

Salió Mascardi al encuentro del viajero, y vió un indio jactancioso y vano, metido en una casaca galoneada, al estilo español. Cambiados los primeros saludos, el cacique anunció con mucho imperio que traía una carta del "Capitán de los huincas".

A Mascardi le brincó el corazón de gozo. ¿Sería la anhelada respuesta de los Césares?... Cogió el pliego y leyó:

Certificación dada al cacique Melicurrá.

"D. José Martínez de Salazar, gobernador de "Buenos Aires. Certifico que el cacique Melicurrá "ha estado en esta campaña por espacio de más de "tres años, en los que dió pruebas de afecto á los "cristianos; y para que conste y le agasajen en "nuestros establecimientos, pues puede ser útil, le "doy ésta, que firmo en el Fuerte de Buenos Aires, "en 15 de Agosto de 1673."

. . . . . .

. . . . . .

No es para dicha la decepción de Mascardi. En lugar de la codiciada carta, leía el salvoconducto de un bribón; porque esto era Melicurrá, un ladrón de la pampa que, so color de amigo de los cristianos, había conseguido de las autoridades del Río de la Plata un certificado de buena conducta para ser recibido de paz en los establecimientos españoles. Quizás al gobernador de Buenos Aires le convenía tenerle contento para librarse de sus depredaciones, y por esto le había librado el certificado y regalado además una casaca militar y un bastón de mando. La casaca la lucía muy á gusto; en cuanto al bastón, considerándolo como chirimbolo de vasa-

llaje, lo había cortado para mango de rebenque.

El nombre de guerra de Melicurrá era *Cacique Negro* por su atezado cutis y sus negros sentimientos. Su campamento era un portugalete de pícaros y ladrones de la pampa. Venía muy rico de alhajas, mujeres y ganado que había robado en las estancias.

Parece que se sintió ofendido porque Mascardi, "el capitán de Nahuelhuapi", no le hacía un regalo proporcionado á la categoría de ambos. Acostumbrado al aguardiente, yerba y chafalonía de Buenos Aires, mal podía agradecer las chaquiras y el bizcocho, únicos obsequios que podía ofertarle el pobre misionero.

No obstante, entre ambos se cambiaron las cortesías indispensables de cacique á cacique.

Otro día, Mascardi le pidió licencia para celebrar una vista con él, y le respondió que sí. El misionero fué á su toldería, acompañado de Antullanca, y Melicurrá les dió las manos en señal de amistad. Su mujer luego empezó á cantar, y fueron llegando otras indias que acompañaron á la cacica en su canto y guiaron por la mano á los recién llegados para servirles la chicha á la puerta de la *ruca*. La *ruca* ó choza del indio del sur, está compuesta de siete ú ocho estacas, entre dos horcones, con un

toldo de cueros de venados bien bruñidos, ó si no con pieles cosidas de caballo, dejando un agujero en el centro para dar respiradero al humo del hogar. Para recibir á sus huéspedes, Melicurrá sacó dos pellones negros, los que puso sobre un cuero de caballo, y les mandó sentar.

En tanto las mujeres servían la chicha, los criados sacrificaron un carnero y sirvieron una pierna asada á los visitantes.

Toda la tema de Mascardi era preguntarle por los españoles; pero Melicurrá no estaba en venas de hablar y, más que todo, se manifestaba receloso del viaje de Mascardi. Este procuró tranquilizarle, diciéndole que no venia á hacer daño á los indios, sino á buscar su amistad.

Luego comenzó á tratar el Cacique Negro con Antullanca, y en seguida se hicieron compadres. Viéndolos tan entretenidos, Mascardi sacó el breviario para rezar, y al hacer la señal de la cruz, los dos indios se turbaron, pensando que les hacía el *gualicho* (1). Comprendiéndolo así Mascardi, cerró el libro, pero antes se lo tomó el Cacique Negro, y

(1) El hualicho pampa se ha convertido en el *daño argentino*. Corresponde al *fascino* napolitano, jettatura ó mal de ojo, y es superstición que ha trascendido á los gauchos.

en lo que más reparó fué en las letras coloradas.

La entrevista fué corta, porque ambos estaban excitados por mutua desconfianza. Mascardi, que conocía el carácter alevoso de los indios, empezó á abrigar serios temores por su seguridad con la súbita amistad despertada entre los dos caciques; en tanto que el Cacique Negro recelaba de la aparición inesperada de Mascardi, con hombres de fusil, por un camino nuevo.

De este recelo se aprovechó Antullanca para hacer aliado suyo al cacique moluche. Dióle á entender que la misión de Mascardi era establecer un punto de contacto entre las guarniciones españolas de Chile y del Río de la Plata, y que ellos debían estorbarlo á todo trance, defendiendo la pampa del amago extranjero. Con esto se estrecharon las relaciones entre el Cacique Negro y Antullanca, hasta el punto que juntaron sus toldos á distancia del cuartel de Mascardi.

Tan sospechosa se hizo la actitud de la indiada, que el sargento español que mandaba la escolta expresó la conveniencia de atrincherarse y velar las armas. Confirmó este temor ver que empezaban á faltar caballos de los que se soltaban para pacer. Una mañana se vieron los pastos quemados y mudarse algunos toldos, con el ganado y las mujeres

por delante, señal inequívoca de que los indios se disponían á atacar.

Aquel día no pareció indio alguno por el alojamiento de los españoles. A media noche asomó la luna y se oyó tropel de caballos y ladridos de perros de la indiada. Avisados por los escuchas, los soldados de Mascardi se prepararon á la defensa, cargando los fusiles; pero como el ruido se alejó, se supuso que los indios harían una de las fiestas nocturnas á las que son tan aficionados.

*
* *

Así era; en esta noche tenían una gran junta al pie del árbol del *huecuba*. La morada de este genio maléfico suele ser un algarrobo secular que crece solitario en la llanura, de tronco arrugado y torcido, y de ramas casi siempre desnudas, en las que los indios cuelgan sus ofrendas. El *huecuba* araucano corresponde al *hualicho* pampa, por lo que los brujos de Antullanca y de Melicurrá oficiaban de consuno.

Las ceremonias del conjuro se ajustan á un ritual determinado.

Primero echan puñados de tierra al aire para que la neblina lo envuelva todo y entregue el

enemigo al genio del mal. Todos quedan en silencio hasta que se oye el grito de una lechuza, á cuyo instante azuzan los caballos y parten en todas direcciones, hasta dar muerte á la agorera ave, el preciado trofeo que ha de adornar el árbol maléfico. A esta ofrenda se añade otra: "el rey de los guanacos", que se va á buscar á un revolcadero ó baño de polvo de estos animales.

Los cazadores manean los caballos y desde un escondite espían la llegada del rebaño. En una loma cercana aparece un guanaco. Escudriña las sombras en todas direcciones, y convencido de que no hay peligro ninguno para sus hermanos, baja á la llanada. Larga procesión de guanacos le siguen de uno en uno y así llegan á una hoya, á cuyo alrededor despliegan en círculo, con las cabezas dentro el redondel. De entre los treinta ó cuarenta guanacos y guanacas así formados, avanza sólo al revolcadero el capitán de la tropa. Dobla las patas delanteras, se arrodilla; inclina el largo pescuezo, como si hiciese zalemas, y acaba por hundir la frente en el polvo. Tras esto se levanta, y como un poseso, patea, brinca y se revuelca, y cuando se ha sacudido bien, se va muy despacio á ocupar el puesto que dejó vacío. Sus camaradas, en círculo, le han estado mirando inmóviles, sin perder detalle de sus ce-

remonias y cabriolas. Ninguno se impacientó; todos permanecen en inmovilidad hierática. Un segundo guanaco baja á la hoya é imita exactamente las reverencias y los revuelcos del jefe, y así sucesivamente los demás por riguroso turno.

Una nube de polvo cubre entretanto el lugar de tan extraña ceremonia. Los indios se han ido acercando cautelosamente, y á una señal convenida, los más hábiles tiradores hacen girar las boleadoras que, como trompas de elefante, se enroscan en las patas de los guanacos. Caen diez, veinte de estos animales, pero el ojo ejercitado del cazador conoce entre todos al capitán del rebaño. Este será la víctima ofrecida al hualicho.

Los cazadores vuelven á montar sus caballos, arrastrando las presas en el lazo y vuelven al pie del árbol fatídico á entregar su ofrenda. Los brujos degüellan al rey de los guanacos, y sus cuartos, palpitantes y chorreando sangre, los cuelgan de las ramas.

La carne de los otros guanacos se destina para el banquete nocturno. Las piezas de más enjundia son los costillares, el pecho y el anca de cada res, y con ellas hacen el *asado con cuero,* de tan soberano hechizo, que los criollos lo han incorporado á su culinaria campestre, siguiendo el mismo proce-

dimiento indígena, que no es otro sino asar la carne al aire libre, conservándola el cuero, espetada en un asador de palo, y rociándola con salmuera al tiempo de hincarle el diente.

*
* *

Antullanca y el Cacique Negro hicieron su festín, conforme la costumbre araucana en vísperas de una batalla.

Clavados en tierra los toquis ó pedernales negros, ensangrentados con la sangre del guanaco, uno á otro se repartieron el corazón de la víctima atravesado con sus flechas cambiadas, diciéndose: —"Hartáos, flechas, de sangre; bebamos y hartémonos también de la sangre de Mascardi; que como á este guanaco hemos muerto, así le mataremos á él, con la ayuda de Pillán." Y en tanto los toquís hacían esto, los otros capitanes, arrastrando y corriendo las lanzas con gran furia, gritaban á la chusma congregada alrededor: —"Leones valerosos, abalanzáos á la presa; halcones ligeros, despedazad á vuestros enemigos como el halcón al pajarito." Y todos, oyendo estas voces, batían con los pies la tierra, haciéndola temblar, y dando un grito á una, decían: *¡Lape, lape!* (muera).

La alborada sorprendió á los indios ahítos de carne, ebrios de chicha y satisfechos por haber conjurado el *huecuba* ó hualicho. Aprovechando tan buenas disposiciones, Antullanca y el Cacique Negro arengaron á su gente y la compelieron contra el cuartel de Mascardi.

Para descuidar al enemigo, se desplegaron en grupos, haciendo aquellos alardes de equitación que solían los españoles en el juego de cañas y ahora los árabes cuando corren la pólvora. En este simulacro de combate los indios son extremados. Cabalgan á la jineta, es decir, que sólo se valen del freno y del mucho pulso en la mano de rienda; siendo de ver la agilidad y destreza con que manejan el caballo, las revueltas y rebatos de cada jinete. Demás de enflaquecerse á sí mismos, enflaquecen también á los caballos para ser más ligeros, y les ponen en la boca plumas de pájaros para que por el resuello se les entre la ligereza; y les dicen á los caballos que miren lo que hacen; que no han de correr, sino volar. En el manejo de la lanza no tienen par. La llevan al galope, arrastrándola por el suelo y de pronto la tercian, la deslizan por la mano hasta una cuarta de la punta, ó bien dándole una vuelta ó echándola al aire, vuelven á tomarla por el cuento para darle mayor alcance.

De pronto, lo que parecía juego hípico se convirtió en acometida. La caballería india, ululando ferozmente, cargó en masa compacta sobre el cuartel de los españoles. No estaban éstos tan descuidados que la carga les cogiese de sorpresa; así, que la primera embestida la rechazaron con fuego graneado. Pero los escuadrones indios se iban sucediendo como las olas del mar, intercalados en ellos flecheros y macaneros, hombro con hombro, acometiendo con gran algazara y gritando: *¡Lape, lape!* Daban saltos, tendíanse en el suelo, se levantaban rápidos y se revolvían contra los españoles para jugar de sus porras y lanzas. Los más valientes, entrándose por las picas y bocas de fuego del enemigo, tiraban un bote de lanza á dos manos, con todo el cuerpo levantado sobre los estribos, nombrándose á cada golpe. Mascardi, para animar más á los suyos, asumió el papel de capitán, dirigiendo la defensa con serenidad pasmosa, eso que los indios venían derechos contra él, oyéndose que le gritaban: "*auca,* Mascardi", voz de improperio para quien se dirige, pues es sinónima de bárbaro ó ruin enemigo.

Entendiólo así Mascardi y quiso entregarse con tal que se salvaran sus compañeros; pero éstos no admitieron tamaño sacrificio, por más que las armas arrojadizas de los indios causaban terribles

estragos entre ellos. En tanto los soldados morían matando, el misionero, hincado de rodillas, encomendaba su alma á Dios. En esto una lanzada le atravesó el costado y cayó de bruces. Con sangre de la herida trazó Mascardi una cruz en el suelo, la besó y quedó muerto.

Como si con su muerte quedaran satisfechos los indios, empezaron á replegarse, acabaron de levantar sus toldos y el mismo día se perdieron de vista. Los pocos españoles que quedaron con vida enterraron á sus camaradas muertos, improvisaron una cruz sobre la fosa común y, haciéndose de algunos caballos que vinieron á la querencia, emprendieron la vuelta á Nahuelhuapí.

*
* *

Intenso y sincero fué el sentimiento que produjo en la misión la muerte del ilustre mártir.

Informado del suceso el gobernador de Chile, despachó seis soldados que, penetrando en la tierra, dieron con el cuerpo del santo padre y con los ornamentos y vasos sagrados de su pertenencia, y atravesando otra vez la cordillera, lo entregaron todo en Concepción, donde se enterró al misionero.

Esto prueba la veneración en que se tenía al Padre Mascardi.

No es aventurado suponer que los viajes de Mascardi en procura de los Césares despertarían entre sus contemporáneos idéntico interés que en época moderna las expediciones de Stanley en busca de Livingstone, perdido en el interior del "continente negro". Este romántico episodio de la historia geográfica del Imperio colonial inglés tiene cierto parecido con el de Mascardi cuando el Imperio colonial hispano. Comparando los escasos recursos de que se disponía en el siglo XVII con los abundantes y eficaces de ahora, la exploración de la Patagonia resulta empresa de tanta magnitud como el avance al corazón de Africa. Aparte los rigores del clima, el jesuíta español tropezó con iguales ó mayores dificultades que el viajero inglés (1): peligrosos esguaces de ríos, desiertos arenales, emboscadas de tribus salvajes, perfidia y mala fe de aliados... Con la ventaja del segundo sobre el primero de ir bien pertrechado de todo y del estímulo que supone saber que todo el mundo civilizado tenía los ojos puestos en él; mientras que Mascardi iba confiado en sus propios recursos y únicamente estimulado por el cumplimiento del deber. Los dos coinciden,

(1) Español é inglés, respectivamente, por adopción, pues Mascardi era italiano, así como Enrique Stanley oriundo de los Estados Unidos.

sin embargo, en su pasión por los viajes y en el entusiasmo con que tomaron su misión.

Es verdad que Mascardi no encontró lo que buscaba, pero su trabajo no fué estéril; después de él se vió que la leyenda de los Césares carecía de base sólida, y relegada á la categoría de ficción popular, geógrafos y exploradores prescindieron de ella, dedicándose exclusivamente á investigaciones científicas. Así y todo, ni antes ni después de Mascardi ningún viajero ha recorrido mayores distancias ni atravesado en tantas direcciones la Patagonia como él. Finalmente, rindió la vida en aras de su convicción y de su ministerio, y en tal concepto debemos honrarle como mártir de la fe y de la ciencia.

*
* *

¿Qué fué de Nahuelhuapí después de muerto Mascardi? Tanto la corte de Madrid como los jesuítas de Chile se esforzaron en mantenerla, ó mejor dicho, restaurarla, porque con la pérdida del fundador la misión quedó deshecha. Gobernáronla sucesivamente los padres *Laguna* (jesuíta flamenco que castellanizó así su apellido *Van der Merer*); *Guillelmo*, natural de Córcega, que escribió *Artes* de los idiomas puelche y poya, y descubrió el camino de

Buriloche que evitaba la terrible travesía de los lagos; y *Elguea*, que fué el último. Los tres murieron á manos de los indios: Laguna y Guillelmo, envenenados, y Elguea, asesinado por el cacique Maricuhumai. Los indios saquearon la misión y sólo respetaron la "señora española", la imagen de la Virgen, que escondieron tapada con un cuero á la orilla del lago.

Aún vivía la antigua amiga de Mascardi, la princesa Huanguelé, si bien muy menoscabada su autoridad y hermosura por los años. Parece ser que como Guacolda, la hermosa compañera de Lautaro cantada por Ercilla en *La Araucana*, acabó siendo la querida de un soldado español. ¡Qué bien dice Homero que morir joven es un favor que los dioses conceden á los héroes!.....

Aconteció la catástrofe de Nahuelhuapí en 1719, según consta por una comunicación al rey del gobernador de Chile, que lo era á la sazón D. Gabriel Cano de Aponte.

Considerando que el resultado de la misión de Nahuelhuapí no había correspondido á las esperanzas puestas en ella, quedó abandonada, volviendo al dominio de la barbarie. De este modo quedó cortada la comunicación entre una y otra banda de la cordillera, y al cabo de los años hasta los vesti-

gios se perdieron de los caminos que unían á Nahuelhuapí con Chiloé, tal como sucedía antes de Mascardi. Ya veremos cómo una de las comisiones del último viajero á los Césares, el franciscano Francisco Menéndez, fué el descubrimiento del lago de Nahuelhuapí, cuya memoria conservaba la tradición en Chile poetizada con los últimos reflejos de *Los Césares.*

CAPÍTULO XIV

El derrotero de Rojas.

La noticia de los Césares había traspasado el mar y en España era comidilla de gente aventurera y asunto del día, no por las empresas de Mascardi—que de éstas sabían únicamente los señores del Consejo de Indias y algún lector privilegiado de las *anuas* de la Compañía de Jesús—, sino á causa de un advenedizo de Chile, llegado á la Península para impetrar del rey el descubrimiento de los Césares.

Llamábase el tal Silvestre Antonio de Rojas; había sido vecino de Buenos Aires; los indios le cautivaron en el campo y llegó á cacique entre ellos; pero "estimulado de su conciencia para morir entre cristianos" y restituirse á su patria dejando las delicias del cacicazgo, escapó á Buenos Aires á infor-

mar al rey de la noticia que tenía de la ciudad encantada. Su memorial lo encabezaba así: *Derrotero de un viaje desde Buenos Aires á los Césares por el Tandil y el Volcán, rumbo de Sudoeste, comunicado á la corte de Madrid en 1707 por Silvestre Rojas, que vivio muchos años entre los indios peguenches.*

Tiene el mérito de la brevedad porque todo él cabe en una página.

La esencia es que al sur, costeando la cordillera, se encuentra el valle de los Césares. Un río muy grande y manso separa la puebla de los indios de la ciudad de los españoles en un llano poblado más á lo largo que al cuadro, al modo de la planta de Buenos Aires. Tiene hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada y bien techadas, al modo de España, y en las más de ellas hay indios para su servicio y de las haciendas. Los indios son cristianos, reducidos por los mismos españoles. A las partes del norte y del poniente, la cordillera nevada, donde trabajan muchos minerales de oro y plata y también cobre; por el sudoeste y poniente hacia la cordillera, campos con estancias de muchos ganados mayores y menores y muchas chácaras, donde recogen con abundancia granos y hortalizas, adornadas de cedros, plátanos, naranjos, robles y palmas, con muchedumbre de frutas muy sabrosas.

Carecen de vino y aceite porque no han tenido plantas para viñas y olivares. A la parte del sur, como á dos leguas, está la mar, que les provee de pescados y marisco. El temperamento es el mejor de todas las Indias, tan sano y fresco que la gente muere de pura vejez. No se conoce allí las más de las enfermedades que hay en otras partes; sólo faltan españoles para poblar y desentrañar tanta riqueza. "Nadie debe creer exageración lo que se refiere por ser la pura verdad, como que lo anduve y toqué con mis manos". *Firmado: Silvestre A. Rojas.*

Otra Jauja, en fin, á juzgar por tan risueños detalles. El autor del memorial pintaba el país de su descubrimiento al modo y manera que un agente de emigración en nuestros días, para reclutar incautos. Los ministros de Felipe V, escarmentados con la nube de arbitristas que en el reinado anterior llovió en las Secretarías, dieron carpetazo al informe de Rojas. Cansado éste de esperar contestación, fué á Chile—la tierra de los Césares—, por si las autoridades querían ayudarle. Como la historia que contaba estaba de acuerdo con la tradición chilena, se elevó su instancia al virrey del Perú, cuya Junta de guerra autorizó el memorial para ante el Consejo de Indias. Y como las cosas, cuando se ponen bien, favorecen de golpe, llegó á Rojas la nueva de

que un hijo suyo había muerto en Sevilla, nombrándole su heredero. Sin más tardanza, Rojas se embarcó para España á cobrar la herencia y á trabajar él mismo su famoso asunto.

Llegó á Sevilla en 1715 y alborotó la ciudad con la nueva que traía. Ganó el ánimo del marqués de Valle Hermoso, y éste recomendó al Consejo de Indias el informe y derrotero del indiano.

Rojas era un alucinado ó un empedernido aventurero, porque en cuanto cobró el dinero de su hijo se lo gastó en armas para una compañía de soldados que acudieron á su banderín de enganche. Faltaba, sin embargo, la autorización real para el embarque, y ésta no venía; era que el Consejo de Indias estaba tramitando el memorial para su resolución.

El Consejo comisionó al procurador de la Compañía de Jesús, de Chile, en la península á la sazón, para que examinase á Rojas y diera informe acerca de su relación, por si valía ó no la pena de hacer el descubrimiento. El padre procurador dió su informe desfavorable á Rojas, pero proponiendo que puesto que en Santiago de Chile había una junta de poblaciones presidida por el gobernador, el obispo, el oidor más antiguo y un misionero, se le sometiera el asunto. El Consejo aceptó la indica-

ción, y por una real cédula ordenó al gobernador de Chile convocara la junta de poblaciones con esa proposición. El gobernador electo de Chile, Cano de Aponte, estaba entonces aprestándose en España para el viaje, y en propia mano se le entregó la cédula en 1716.

El memorial de Rojas no podía llegar en peor ocasión; los indios habían arruinado la misión de Nahuelhuapí, y como por otra parte estaba fresco el recuerdo del infortunado Mascardi, la Junta de poblaciones chilena declaró que no valía la pena que se hiciera el reconocimiento de los pretendidos Césares solicitado por Rojas. Tan bajo se cotizaba ya el valor de la leyenda, que esta resolución no pareció digna de ser comunicada al Rey, y en Madrid ignoraban si se había hecho ó no algo sobre este particular, hasta que vino otro pretendiente por el estilo de Silvestre Rojas: un fraile franciscano, Pedro Jerónimo de la Cruz, que repitió la misma relación de los Césares, diciendo haberla recibido de su propio padre, y él se ofrecía para ir á evangelizar aquellas naciones.

Este religioso escribía desde Montevideo en 1724. El Consejo se acordó entonces de los informes que sobre esto se habían remitido á la Junta de Chile para misiones y descubrimientos, y expidió una

real cédula análoga á la motivada por el asunto Rojas. También el fraile fué desahuciado.

***

Silvestre Rojas se había quedado sin dinero y sin descubrimiento; pero no dando el brazo á torcer, mandó imprimir su *Derrotero* y lo hizo repartir profusamente en el virreinato del Perú. La tenacidad del impostor surtió su efecto, porque hizo muchos convencidos, entre ellos todo un oidor de la Real Audiencia de Chile, que, dando fe á las aserciones de Rojas, escribió en 1719 una carta á los Césares. Un indio llevó el mensaje, pero en el camino lo mataron los puelches; y después, en una entrada que se hizo de Chiloé, el mismo que había servido de amanuense al oidor é iba ahora de capitán de los españoles, encontró la carta entre los indios, la cual, como es natural, nadie más que él pudo reconocer como auténtica y de su puño y letra.

***

Desconcierta tanta credulidad sobre los Césares, porque hombres serios autorizan las más disparatadas noticias y puntualizan los derroteros.

El jesuíta Cardiel, en 1746, eleva al gobernador de Buenos Aires otro memorial sobre los Césares de la Patagonia, y cuenta de una cautiva española que, llevada por los indios á la cordillera, vió una ciudad de gente blanca, pero no española, porque hablaban una lengua que ella no entendía.

Veinte años después un presidente de Chile ordena levantar una información entre los indios por Ignacio Pinuer, intérprete oficial de Arauco, y los caciques confirman ser verdad la existencia de "la Ciudad encantada", sin omitir su descripción y el camino para llegar á ella. Uno decía haberla visto á orillas de un gran lago; otro, que había oído tocar sus campanas; otro, en fin, detallaba al pormenor las maravillas del recinto y la condición de los moradores.

El historiador Lozano cree fundada la existencia de los Césares, y habla de tres ciudades de éstos: la del *Muelle*, la de los *Sauces* y la de *Hoyos*. La gente de Chile agregaba dos ciudades más: una de ellas *Santa Mónica del Valle*, á corta distancia del estero de Cahuelmo.

Poco á poco fbase creando un imperio fabuloso de españoles en las abras de los Andes ó en el corazón de la Patagonia, en el paralelo de Chiloé. El pueblo, en vez de desmontar los andamiajes de la

leyenda cesárea, se complacía en revestirlos con doradas quimeras. En 1787 resucita la cuestión ante la Corte de España persona tan calificada como don Manuel José de Orejuela, quien eleva al Rey una memoria de sus servicios á la Corona y pide ir al descubrimiento de los Césares. El fiscal de Chile, doctor Uriondo, informa favorablemente la solicitud *en vista de las atestaciones juradas, explícitas, acordes y terminantes* acerca de la Ciudad encantada.

Tan en serio tomaba el asunto Orejuela, que en la nota en que acompañaba su memorial pedía al Secretario general de Indias, D. José de Gálvez, que se remitieran á los gobiernos de Chile y del Río de la Plata ejemplares del mapa general de la América del Sur por D. Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, grabado en 1775, porque era indispensable tenerlo á la vista para gobernarse en la expedición á los Césares. Prueba de la valía de este Orejuela es que el mapa á que se refiere, confiesa Cano Olmedilla ser el autor el expresado D. Manuel de Orejuela, "como facultativo y práctico en el continente boreal, en donde ha empleado mucho tiempo y trabajo".

Parece ser que á última hora se le enfriaron los entusiasmos ó desistió de su empresa el insigne

cosmógrafo, porque los mapas vinieron en la expedición de D. Pedro Ceballos, primer virrey del Río de la Plata, pero sirvieron para que sobre ellos se discutiese la cuestión de límites pendientes con Portugal. Un ejemplar de estos mapas existe en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, que tal vez sea el remitido á Orejuela.

Tehuelches con quillangos de guanaco.

CAPÍTULO XV

Tomás Falkner.

El Virreinato de Buenos Aires fué creado precisamente por asuntos relacionados con la Patagonia y el Estrecho, las fabulosas regiones de los Césares.

El Gobierno español empezaba á interesarse por estas comarcas y ordenó algunas exploraciones costeras; una de ellas, la encomendada en 1745 al jesuíta Quiroga que pasaba por especialista en aquellas regiones, á bordo de la nave *San Antonio*, del que era piloto Andía y Varela. Otros dos jesuítas, Cardiel y Falkner, se significaron al mismo tiempo por sus exploraciones por el interior de la Patagonia.

*
* *

Era Tomás Falkner (Falconer, á la española) un joven irlandés llegado al Río de la Plata como cirujano de un buque de la *Compañía de Cádiz*. Era católico y hablaba el castellano. Estando en Buenos Aires cayó gravemente enfermo y se confesó con un jesuíta. Repuesto de la enfermedad, pero sin recursos para mantenerse, su padre espiritual le favoreció con socorros materiales, y parte por vocación, parte por agradecimiento, el joven irlandés entró en la milicia de Loyola. Aprovechando sus conocimientos en cirugía, su provincial le destinó como misionero á la Patagonia. Trabajó como cuarenta años en las reducciones de indios del Río Colorado, haciendo repetidos viajes más hacia el sur, adquiriendo un perfecto conocimiento de la Patagonia y de sus habitantes. Lo mismo que Mascardi, hablaba á la perfección los dialectos indígenas, y debido á esto se granjeó la amistad de gran número de caciques. Uno de sus mejores amigos fué un cacique del Río Negro, Cangapol, gigante tehuelche de más de siete pies de altura.

Habiendo cumplido con exceso el tiempo de misionero, sus superiores le dieron licencia para ir á descansar á Inglaterra, haciéndolo en uno de los Colegios de la Orden en este país. En su retiro el viejo Falkner estaba arreglando sus apuntes y no-

tas sobre su querida Patagonia, para dedicársela al rey de España, cuando ocurrió la expulsión de los jesuítas de España é Indias en 1767. Entendiendo Falkner que su obra ni sería grata á la Corte de Madrid ni la dejarían circular en castellano, porque la metrópoli ponía muchas trabas á la publicación de datos relativos á las colonias, la vertió al inglés, adornándola con un gran mapa y con datos nuevos é importantes.

La *Descripcion de la Patagonia* de Falkner salió á luz en Hereford en 1774. Otras obras habían escrito los jesuítas en su destierro dando una idea más ó menos completa de la geografía, etnografía y lenguas de América, de tanto ó mayor mérito que la descripción de Falkner; pero ésta se llevó la palma entre todas porque daba á conocer el punto vulnerable del Imperio colonial español, la Patagonia expuesta por el Atlántico y el Estrecho á la invasión extranjera. Falkner describía minuciosamente las costas y el interior de la Patagonia, la duración de las jornadas, los caminos y pueblos indígenas y aun daba un itinerario desde la desembocadura del Río Negro á Valdivia de Chile. Como buen inglés, señalaba este camino á sus paisanos que habían puesto el pie en Puerto Egmont de las islas Malvinas, centinelas de la Patagonia y llave del Estrecho

Desde 1741 se disputaban esas islas España é Inglaterra. El marino inglés Strong las descubrió en 1690 y las llamó *islas Falkland* en honor de lord Falkland, y fundándose en este descubrimiento, la Corte de Londres las daba por suyas. España adujo el argumento de ser islas adyacentes á un continente que le pertenecía y demostró á su vez que sus navegantes las habían reconocido antes de Strong. No tuvo por entonces más consecuencias el proyecto de ocupación inglesa del Archipiélago; pero el imperialismo sajón acechaba la presa. Las relaciones de tanto y tanto marino inglés habían popularizado en Inglaterra las regiones magallánicas, y políticos y escritores hablaban de ellas con frecuencia. Las relaciones de viaje, exagerando las noticias de Pifagetta, daban á los indios del Estrecho una estatura de tres varas de largo, y en cierta ocasión se vió uno *que parecía una torre viviente* de pie sobre una roca, mirando pasar los navíos ingleses. Quizás este episodio inspirara al gran Shakespeare la famosa imprecación de Caliban á *Setebos*, en *La Tempestad*, dios marino tehuelche correspondiente al Adamastor del Cabo de las Tormentas, cantado por el poeta de *Os Lusiadas*. Un siglo después que Shakespeare, en 1765, Junius escribía dos famosos libelos acusando á los hombres públi-

cos de flojedad y poco patriotismo por el abandono que hacían de las islas Falkland. La oposición parlamentaria que con este motivo se levantó, obligó al ministerio inglés á renovar sus pretensiones sobre el Archipiélago.

El duque de Choiseul, primer ministro de Francia, en vista de que el Gobierno español nada hacía para oponerse á las pretensiones de Inglaterra, despachó á las islas una colonia de bretones y normandos procedentes de las colonias francesas del Canadá destruídas por los ingleses, por donde las Falkland vinieron á llamarse *Las Malouinas* (Malvinas) á contemplación de Saint-Malo, famosa pesquería de la Bretaña. España protestó en el acto y obtuvo del duque de Choiseul la seguridad de que Francia no quería otra cosa que evitar cayese en manos de una rival poderosa una posición estratégica de primer orden en los mares de América, y que estaba dispuesta á devolver las islas á España siempre que ésta se comprometiese á ocuparlas y defenderlas eficazmente.

En 1766, el marino francés Bougainville hizó entrega de las Malvinas al gobernador español Ruiz Puente.

Tan á tiempo fué este acto posesorio, que mientras los españoles fundaban un pueblo en la bahía

de la Asunción, los ingleses fundaban otro en Puerto Egmont.

Con motivo de la recepción de las Malvinas, estaban en Buenos Aires las fragatas españolas *El Àguila*, *La Esmeralda*, *La Venus*, *La Liebre* y la *Santa Rosa*, y el Gobierno de Madrid mandó que tres de ellas fueran á desalojar á los ingleses, llevando á bordo un batallón de marina, al mando del teniente coronel Madariaga. El comandante inglés de Puerto Egmont, viéndose inferior en fuerzas, desocupó la isla, bajo protesta. Este acontecimiento estuvo á punto de producir una ruptura de relaciones entre España é Inglaterra, pero al conde de Aranda le convino ceder por el momento, devolviendo la colonia á los ingleses. Y fué buen acuerdo, porque años después, en virtud de un tratado, España recobraba Puerto Egmont.

Puede juzgarse por estos antecedentes el interés que para los ingleses tendría *La Patagonia* de Tomas Falkner, salida de la imprenta en sazón tan oportuna.

*
* *

El embajador de España en Londres dió parte á Madrid de las noticias sobre la Patagonia publicadas por el jesuíta inglés, y daba la voz de alarma á

propósito de los puntos vulnerables que Falkner descubría.

En 1776 el rey Carlos III creó el virreinato de Buenos Aires, con el fin de establecer en las costas meridionales atlánticas un centro de operaciones militares y marítimas como el virreinato de Lima en el Pacífico. Como al general Ceballos, primer virrey del Río de la Plata, se le ordenaba consultar el mapa de Cano y Olmedilla para la creación del virreinato, la Patagonia quedó fuera de su jurisdicción, supuesto que en el antedicho mapa lleva el nombre de *Reino de Chile* la parte que ocupa la Península, así como el de *Chile moderno* al territorio más inmediato al Estrecho; sin embargo, como la inspección de los establecimientos patagónicos era más fácil desde Buenos Aires que desde Lima, el virreinato del Río de la Plata ejercía de hecho la supremacía jerárquica. Tal es el título que ha invocado en nuestros días la República Argentina para afirmar su soberanía en la Patagonia, antigua dependencia de Chile.

*
* *

Dos años después de fundado el nuevo virreinato se temió que Inglaterra intentase en la costa patagónica lo que había hecho en las Malvinas, y Car-

los III, á propuesta de D. José Gálvez, marqués de Sonora, expidió esta Real Cédula:

"*Don Carlos*, etc... Con el importante fin de hacer la pesca de la ballena en la costa de la América Meridional, impedir que otras naciones consigan este beneficio y asimismo que quede resguardada de cualesquiera tentativas que en lo sucesivo puedan intentarse contra el dominio que me pertenece en aquellos países, he tenido por conveniente se establezcan en varios parajes de aquella costa del virreinato de Buenos Aires las poblaciones y demás establecimientos que á estos objetos correspondan, etc."

Según esta Real Cédula, el Gobierno de la metrópoli atribuye al virreinato del Río de la Plata la costa patagónica hasta la desembocadura del Río Negro, y de aquí para el Estrecho, territorio chileno. No obstante, el rey no hizo de esta región una nueva provincia, sino que se redujo á ordenar en ella la fundación de dos fuertes ó establecimientos provisionales, creando un empleo nuevo en América para su gobierno: el de "comisarios superintendentes", cuyo nombramiento se reservaba la real persona; con la circunstancia que los puntos designados para las fundaciones eran las entradas á la Patagonia, señaladas en el libro de Falkner.

Se conoce que Falkner no creía en la existencia de los Césares de la Patagonia, pues ni los menciona ni nunca se le ocurrió buscarlos. El jesuíta inglés persiguió en sus viajes por la región un fin más práctico que el que anhelaba el alma generosa y entusiasta de Mascardi; pero ambos á dos fueron viajeros de la Patagonia no superados por ningún otro, sin exceptuar á Musters. Los viajes de Mascardi fueron infructuosos, porque perseguían una quimera; los de Falkner, de más provecho, porque fueron con fines científicos; pero aparte de esta diferencia de objetivo, son comunes á entrambos el entusiasmo en las aspiraciones. Por todo esto, los nombres de Mascardi y de Falkner están escritos con letras de oro en la historia de la Patagonia.

Cuantos hablan de Falkner atribuyen la publicación de su obra á una venganza de la Compañía de Jesús contra la Corte de Madrid, por la expulsión de la Orden. Es una especie que propaló Pedro de Angelis—un erudito italiano, ex preceptor de los hijos de Murat cuando el efímero reinado de éste en Nápoles, que emigró á Buenos Aires y prestó muy buenos servicios á la literatura argentina, publicando documentos importantísimos de la Historia del Río de la Plata.—Entre otros trabajos, tradujo al castellano, en 1835, el libro de Falkner. En el

prefacio de su traducción echa en cara al autor el haber hecho sus revelaciones en perjuicio de España.

Cierto que fueron perjudiciales, pero no por malevolencia de quien las propaló, sino por lógica evolación del tiempo. España tenía incomunicadas sus colonias del resto del mundo, y los jesuítas expatriados que conocían perfectamente aquellos países, los dieron á conocer á las naciones europeas, corriendo el velo del misterio de los países de donde venían. Sus obras, etnográficas y científicas en su mayor parte, son libros agradables y de los que se saca noticias bastantes para hacer creer á quien los lee que ya conocen el país descrito; pero nunca zahieren á España; leyéndoles bien, á través de sus páginas se descubre un fondo de cariño por la metrópoli bajo cuyo patronato florecieron las misiones. El mismo Falkner, en el prólogo de su obra, se muestra amigo sincero de España, recomendándole la conveniencia de unirse con Inglaterra y de dejar abierto el camino á las Indias.

Suponer que los libros americanos de los jesuítas expatriados, y en particular *La Patagonia* de Falkner, fueron la primera brecha abierta á la dominación española, algo así como una propaganda subversiva de invasión extranjera que facilitara la

emancipación de los colonos, es una deducción muy forzada. Ni los jesuítas eran quién para abatir el poder español en Indias, ni hay que juzgar sus escritos con criterio tan mezquino. ¿Fueron indiscretos, revelando noticias que pudieran perjudicar á la metrópoli? Esta ya es opinión más admisible, como lo comprueba la prisa que se dió España á fortificar las bocas de los ríos patagónicos ante la alarma que produjo el libro de Tomás Falkner.

CAPÍTULO XVI

Exploración de Basilio Villarino

Como quiera que el rey se había reservado la designación de los parajes que en el litoral patagónico debían fortificarse y el nombramiento del comisario, en 1778 partió de La Coruña don Juan de la Piedra á bordo de *La Diana*, y fundó el primer establecimiento de San José en Bahía Honda. Por divergencias con el virrey de Buenos Aires fué procesado, y su causa se tramitó en la Península, sucediéndole don Francisco de Viedma, que en la boca del Río Negro fundó la población y fuerte del *Carmen de Patagones.*

En el pliego de instrucciones dadas por el Gobierno español al comisario superintendente se le ordenaba "practicar los más exactos reconocimientos del país inmediato, procurando sacar de ellos

todo el provecho posible para la solidez y aumento de los establecimientos, extendiendo sus exploraciones á los terrenos internos. Procurará dirigirlos por mar como á primer objeto hacia la boca del Río Colorado ó de las Barrancas, que se interna en el reino de Chile y se halla situado como á 20 leguas al Norte del Río Negro, que forma el puerto de la Bahía sin Fondo."—Este mandato de exploración patagónica era, como se ve, para algo más que "con el importante fin de hacer la pesca de la ballena", como decía la real cédula primera; y es que á la corte de Madrid le preocupaba el peligro de que una potencia extranjera se internase por el Río Negro y llegase hasta Valdivia, cruzando la cordillera, como escribía Falkner.

En virtud de la Real orden se encomendó en 1782 la exploración del Río Negro al teniente de la real armada don Basilio Villarino, gallego benemérito que en los dos años anteriores había hecho reconocimientos sucesivos por el Río Colorado. Saliendo del Carmen subió el Río Negro con cuatro chalupas de tres pies de calado, armados con pedreros y tripulados por 62 hombres. Villarino llevaba consigo el libro de Falkner y por él se guiaba. Quedó asombrado de la precisión con que el gran viajero describía los parajes y de la corrección con que el mapa

señalaba el curso y entronque de los ríos, especialmente del Negro, por el que ahora navegaba.

Como el piloto español iba contra la corriente y el río llevaba poca agua, por ser época del verano, su tripulación tenía que echarse al agua diariamente para arrastrar las embarcaciones por los bajos ó abrir canales. Otras veces tropezaban con barricadas de troncos ó de peñones á flor de agua y no había más remedio que tirar las chalupas á la sirga. Al mes de la partida, arribó á la isla de Choelechel, la tierra del gigante Cacapol, el amigo de Falkner. De toda la familia del cacique quedaba una hija, con la que Villarino trabó conocimiento.

Siguiendo viaje alcanzó á las caravanas indias que iban y venían de la cosecha de las manzanas, tal y como las vió Cabrera á su paso por estos lugares. Ya estaban más mansos que sus antepasados, pero seguían tan ladrones; algunos de ellos llevaban ganado robado en los campos de Buenos Aires, que se proponían vender en Valdivia. Dos desertores de la escuadrilla española que se les juntaron, movieron gran alboroto entre los indios, atribuyendo á Villarino intenciones hostiles, pero tuvieron su merecido, porque á la postre fueron asesinados por éstos.

Villarino adoptó la táctica de congraciarse con to-

das las princesas indias que encontraba en el camino y ellas le dieron interesantes informaciones. Algunas hablaban el español y le acompañaron de intérpretes.

A los cuatro meses de viaje, en Marzo de 1783, el navegante alcanzó á ver el *Cerro Imperial*, un picacho andino con honores de volcán que se refleja en las aguas del *Chaja-lauquen* (laguna de los chajás), ya reconocido por Falkner. Días después tropezó con el Río Limay, que viene del lago Nahuelhuapí; pero como sus instrucciones eran buscar el camino á Valdivia, entró en otro afluente del Negro, el río Caleofú, llegando al sitio hoy correspondiente al pueblo argentino *Junin de los Andes*. Lo mismo que Cabrera halló tantas manzanas silvestres, que Villarino, en su Diario, calcula en treinta mil las que gastó y llevó para su avío. En estos parajes encontró el navegante indios estables, y al altivo cacique Chulilaquin, que usaba un gran bastón de mando, regalo del virrey de Buenos Aires. Como á los españoles sólo los quería por el interés, después de sacarle á Villarino aguardiente, tabaco, hierba-mate, bizcocho, sombreros y hasta las cobijas de su cama, trató de armarle una zancadilla, así como el *Cacique Negro* hizo con Mascardi; pero no encontró quien le ayudara: antes por el

contrario, tuvo que pedir al jefe español protección contra una tribu auca vecina, cuyo cacique Guchumpilque, había sido asesinado por un hijo de Chulilaquin.

Villarino se la concedió á instancias de la princesa *María López*, cuñada del cacique, lenguaraza y de modales finos, casi aristocráticos. El astuto cacique achacaba la causa de la muerte de su rival á que éste le exigía que se juntara con él para exterminar á los españoles; quizá fuera todo lo contrario: que él matase á Guchumpilque por no prestarse á sus intenciones siniestras. De todos modos, Villarino fingió creerle, y le alojó en su cuartel. Chulilaquin se abrazó á su protector, dando gracias á *Pepechel* (una deidad), que le había traído su "mejor amigo".

Disgustados los aucas con Villarino porque éste no les dejaba vengarse de Chulilaquin, no dieron paso al correo que enviara aquél al gobernador de Valdivia con el fin de ponerse en comunicación con los españoles de Chile. Viendo esto Villarino; que ya había alcanzado la latitud de Valdivia (40 grados), y que el río crecía con las lluvias, decidió el regreso. Antes se lo comunicó á su protegido para que se pusiera en salvo. En efecto, el mismo día Chulilaquin levantó sus toldos y, siguiendo el curso

del Río Negro, caminó hacia El Carmen á ponerse bajo el amparo de los españoles.

También el navegante gallego llegó al mismo punto, después de un viaje de ocho meses al través de medio continente, por ríos poco accesibles, por sitios únicamente visitados por los misioneros jesuítas y notable por la prudencia y energía con que afrontó los peligros de la indiada.

En seguida de su arribo, Villarino remitió su *Diario* al virrey de Buenos Aires, quien lo pasó á informe del capitán de navío D. José Varela. Este marino, rindiendo justicia al mérito de su camarada, encomió el reconocimiento hecho del Río Negro, y sobre este particular manifestó que, según los datos de la exploración, era materialmente imposible que una potencia extranjera cruzara por la vía fluvial del Negro la Patagonia hasta alcanzar la cordillera. En virtud de este informe, el gobierno de Madrid retiró las guardias de San José y San Julián, conservando sólo el fuerte del Carmen de Patagones para proteger la pesca en el litoral, monopolio de las "compañías" de Cádiz y Madrid.

El fin de Villarino fué desgraciado. Al año siguiente de su famosa exploración, acompañando al intendente Piedra, ya repuesto en su destino, á una expedición contra los indios entre la cuenca del

Negro y Colorado, murieron ambos en una refriega, sumándose su nombre al de tantas víctimas ilustres en los fastos geográficos.

La nación argentina ha honrado modernamente la memoria del oficial de la Marina española poniendo el nombre de *La Villarino* á una de sus transportes de guerra; distinción que es un reproche para el almirantazgo español que no sabe otros nombres para cañoneros y demás buques menores, que los de personajes que han pasado por el Ministerio de Marina, sólo inmortalizados en las colecciones de la *Gaceta*.

CAPITULO XVII

Viajes de Fray Francisco Menéndez.

Uno de los peores males del imperio ultramarino español era su extensión desmesurada, tanto qu con sus jirones se han formado hasta nueve repúblicas sólo en la América meridional, y éstas, tan vastas, que la mitad de su territorio está aún por colonizar. Más que las cordilleras andinas, eran los desiertos de la pampa y de la Patagonia la barrera infranqueable, entre el Río de la Plata y la costa chilena, que tenía incomunicados ó poco menos á los españoles de la una y otra banda.

Diez años habían pasado desde la expedición de Villarino, y la gente de Chile no se había enterado todavía del viajero que en poco estuvo no llega á Valdivia á hacerles una visita desde las cabeceras del Río Negro. Para los castrarios sobre todo—

como se llaman los de la ciudad de Castro, antigua capital de Chiloé—la región de Nahuelhuapí seguía siendo el campo de los Césares.

A instancias del omnipotente virrey del Perú, don Manuel Amat, el archipiélago chiloense fué puesto bajo la dependencia directa del virreinato, segregándolo, por consiguiente, del gobierno de Chile. Parece ser que el temor á los ingleses que pudieran venir por el Estrecho, fué la causa determinante de este cambio de jurisdicción, y que D. Manuel José Orejuela, de quien se habló anteriormente, fué el inspirador del proyecto, después de su reconocimiento de la bahía de Ancud en 1759. Este último detalle explica cómo el insigne cosmógrafo peruano se aficionó tanto á la leyenda chiloense de los Césares hasta el punto de convertirse en él, en lo que gráficamente se llama "una chifladura".

Ya era muy anciano cuando le vió en Valparaíso otro marino célebre, D. Alejandro Malespina, llegado á las costas de la América meridional el año 1790, en viaje de exploración con las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*. Orejuela traía revuelto Chile con su pretensión de descubrir la "Ciudad encantada", no menos que con las informaciones que promoviera sobre una expedición á los Césares de la cordillera; un viaje de cierto padre Talevoire, mer-

cedario francés, que pretendió hallarlos siguiendo por tierra el curso del río Reremo. El unico testigo sobreviente era el nonagenario Juan Barrientos, que daba los informes más explícitos sobre el camino. Parte por convicción, parte por servir á un amigo, Malespina, en llegando á Lima, habló al virrey de la toma de Orejuela.

Gobernaba á la sazón el virreinato frey D. Francisco Gil y Lemus, caballero de la Orden militar de San Juan y teniente general de la Real Armada, quien, sin duda por calzar espuelas de cruzado, se mostró propicio á la empresa. A este fin comisionó al fraile asturiano Francisco Menéndez, de la orden franciscana—que ya se había dado á conocer como explorador del istmo de Ofqui y de los lagos de Cholila—, asociándole con el vizcaíno D. José de Moraleda para que levantase los planos de las lagunas; pero á última hora les dió distinta comisión: á Fray Menéndez á Nahuelhuapí y á Moraleda á la exploración de Chonos.

Ninguno de los dos merece el título de descubridores, pero sí de insignes exploradores de zonas y parajes completamente olvidados. Nahuelhuapí, por ejemplo, lo estaba tanto desde la ruina de la misión, que su hallazgo por Menéndez, el 12 de Enero de 1792, fué tenido por magno acontecimien-

to. "Cuando el virrey supo el descubrimiento de la laguna—escribe en su diario el fraile explorador—dijo que ya veía al padre Menéndez con una mitra en la cabeza; pero ni él se la puede dar ni el padre Menéndez trabajó por tal interés"—palabras que dan la medida de la importancia que se dió al reconocimiento de Nahuelhuapí y de la modestia del explorador.

En sus viajes á la cordillera guiaron á Menéndez los hijos del Barrientos, compañero de Talevoire.

Menéndez encontró en su segundo viaje á la cordillera el lago Nahuelhuapí, el portillo de los decantados Césares, y el virrey le volvió á enviar *para el descubrimiento de la nación de los aucahuincas que habitan á orillas del río Limay*. El comisionado salió de Chiloé con cien hombres escogidos y muchos víveres y efectos. Dato curioso es esta lista de útiles para regalar á los puelches y demás indios que encontraran en el camino: 25 hachas de monte, 25 machetes, 100 cuchillos, 100 navajas, 25 frenos, 25 pares de espuelas, ocho docenas de tijeras, un millar de cascabeles, seis piezas de listón, 50 espejos, ocho mazos de chaquiras, doce docenas de sortijas, cuatro gruesas de botones, tres mil agujas, una arroba de añil, tres piezas de bayeta, dos som-

breros con galón y diez sin él, una espada y un bastón.

El fraile capitán llegó sin novedad á Nahuelhuapí, navegó el lago y acampó en el lugar donde estuvo la antigua misión jesuíta, unos setenta años antes. Se veía claramente el lugar de la capilla, en donde se hallaron dos mecheros de latón amarillo y una plancha del mismo metal, con algunos círculos al compás. Cavó la gente y se encontró una bóveda de madera donde había seis calaveras. La casa de los padres, consumida del todo por las llamas, conservaba todavía el entarimado del piso; unos paredones señalaban la calle que rodeaba la plaza y un sendero el camino que llevaba al lago. De toda la obra de Mascardi sólo quedaba un manzano plantado por el misionero. La soledad más completa reinaba en este campo de ruinas, sin que se viera rastro de indios.

Para encontrarlos, Menéndez remontó el Limay y á las pocas jornadas dió con la primera toldería puelche. Los indios se mostraron recelosos á la vista de aquella partida armada; pero el buen tacto de Menéndez se ganó la voluntad de Mancuhumay, nieto del bárbaro cacique asesino del padre Elguea y destructor de Nahuelhuapí. Preguntando por los *aucahuincas* (los Césares), nuestro viajero tuvo va-

gas noticias, hasta que un cacique tehuelche le puntualizó el sitio donde estaban, que era cerca de su tierra, en *Chico Buenos Aires*, población á orillas de un río navegable que venía de Nahuelhuapí y se desaguaba en otro lago más grande, de agua muy amarga; ciudad con campanas, pulperías, muchas chaquiras; que los aucas vestían calzones blancos y chaquetas, sembraban trigo, maíz, cebada y papas, y hacían pan, y el cacique hizo la demostración de cómo amasaban. Concluía su informe diciendo que en aquel punto había un capitán grande y otro chico, y que uno de ellos, el *cacique Basilio*, había venido donde estaban ahora hablando, á recoger manzanas.

Las referencias eran verdaderas; pero Menéndez las trabucó. Como la cancillería del virreinato, tal vez por ignorarlas, no le había informado de las fundaciones patagónicas hechas años antes, y menos de la expedición de Villarino, nuestro viajero no podía adivinar que *Chico Buenos Aires* era Carmen de Patagones, y que el cacique Basilio era D. Basilio Villarino. Al cabo de un siglo, Menéndez estaba tan enterado de lo que pasaba en las costas del Atlántico, como Mascardi; y los indios viajeros seguían desfigurando las fundaciones españolas con visiones de leyenda.

Cumpliendo las instrucciones del virrey, Menéndez siguió el curso del Limay para reconocer la nación de los aucahuincas, que según la fama había en sus orillas y que ahora confirmaba el cacique; pero conforme iba avanzando, la indiada crecía á su alrededor en actitud hostil. Nuestro viajero vió á dos mestizos de Buenos Aires, vestidos de indios que, para no ser conocidos, iban pintados, y tan á gusto estaban allí, que por más proposiciones que les hizo para que se reincorporaran, no le hicieron caso, y "éstos suelen ser los peores — escribe sentenciosamente Menéndez en su diario —, porque ya que ellos se ven perdidos, procuran perder á los demás".

Aquel Chulilaquin que vimos en el viaje de Villarino, se encontró ahora también con Menéndez. Venía muy poderoso, y dándose aires de gran señor y amigo de los españoles, aconsejó á los expedicionarios que dieran media vuelta si no querían tener un disgusto. Menéndez celebró consejo de guerra con los oficiales de su columna y todos fueron de parecer que era preciso la retirada, porque los indios se multiplicaban y los que tenían por amigos no sabían si lo eran de veras. Menéndez, sin saberlo, había efectuado el enlace con el punto adonde llegara Villarino en su salida por el lado opuesto de

la Argentina, y como éste se volvió atrás, cuando uno y otro estaban cerca de la meta final. Este es el caso de muchas empresas que se malogran por reprimir las riendas en el momento que debe darse el salto último y decisivo.

Menéndez se retiró, pues, apesadumbrado porque no podía cumplir con la misión que se le encomendaba; mayormente cuando, según apunta á la conclusión de su Diario, su opinión era que—"hay al sur de Nahuelhuapí población de españoles distinta de los establecimientos de la costa patagónica"—; y ¡oh fortuna veleidosa! el mismo virrey que años antes le brindara con una mitra, disgustado por el último fracaso, ni le nombró tan siquiera en su *Relación de Gobierno* al entregar el mando en 1796, dos años después del último de los viajes de Menéndez.

Tampoco los *Diarios* de este viajero fueron más afortunados; hasta que el benemérito alemán-chileno Francisco Fonk los publicó en 1899, en una edición con carácter de centenaria y con comentarios que son una abundante fuente de información sobre la región boreal americana en general.

CAPITULO XVIII

Ultimas ondulaciones de la leyenda.

Menéndez fué el último viajero á los Césares y después de él nadie volvió á internarse por el campo de la tradición.

Alboreó el siglo XIX y de un golpe sobrevino la transformación política y social de América; las colonias se emanciparon de España y cada república fué un campamento y una agora donde resonaban, bien belicosas proclamas, bien tribunicias arengas. Mal podían entretenerse, pues, chilenos y argentinos con apacibles leyendas coloniales.

Pasaron años, y con la pujanza de los pueblos jóvenes, La Argentina y Chile acometieron la conquista del desierto; sus armas victoriosas acorralaron hasta las grietas de los Andes á los indios pampas y araucanos.

En nombre de la civilización, el bárbaro fué barrido de la tierra y suplantado por el colono europeo. ¡Se acabaron aquellos hombres-niños que iban de un confin á otro de la Patagonia, contándose nuevas de fantásticas cabalgadas y ciudades de *huincas!* ¡Se acabaron los poyas de Mascardi y los puelches de Antullanca! Los únicos que quedan son tal cual cacique moluche ó tehuelche que, como el taimado Chulilaquin que conocieron Villarino y Menéndez, han cambiado el toquí guerrero por el ridículo bastón de mando. En 1879 los argentinos dieron el último golpe al dominio de los indios en la pampa, y en 1883 Chile terminó su campaña contra los araucanos. Sahihueque y Orelio Antonio I fueron los últimos caudillos que vieron el fin de la Araucania á un lado y otro de la cordillera.

Conquistado el desierto, surgió la cuestión de límites entre las dos naciones fronterizas y la legendaria región de Nahuelhuapí fué el punto de reunión de peritos, geógrafos ó ingenieros para la base del tratado en que se había de decidir sobre la adjudicación de la Patagonia. El tratado se firmó al fin, dando á Chile las entradas á los valles principales de la costa y todo su trayecto hasta el fondo, y á la Argentina los valles subandinos y las pampas, al este de la divisoria de las aguas. Nahuelhua-

pí, como el resto de la Patagonia, es, pues, territorio argentino por el tratado de límites de 1881. En estas latitudes Chile tiene 24 leguas de ancho hasta las cumbres y la Argentina 90 desde las cumbres al Atlántico.

En el hermoso lago de Nahuelhuapí, embellecido por la leyenda, ha entrado ya la civilización con el fecundo y ruidoso cortejo de sus inventos; se navega á vapor por él; en sus márgenes se levanta Puerto Blest, Puerto Moreno y San Carlos; un camino real, el mismo que usaban los misioneros jesuítas, sigue desde el lago orillando la falda oriental de la cordillera hasta buscar la senda á Valdivia y Concepción. No está lejano el día en que se abra otro ferrocarril transandino ó interoceánico; entonces el viajero irá de Nahuelhuapí á Ralún y en éste punto se embarcará para las costas del Extremo Oriente ó bien se dirigirá al Norte por el ferrocarril longitudinal chileno.

Cruzará sobre puentes los mismos ríos que vadearon á caballo Hernandarias y Cabrera; atravesará, en alas del tren, las dilatadas pampas por las que fué predicando Mascardi; y llegado que haya á los valles subandinos, el viento le traerá el acre olor de las pomaredas que plantaron los antiguos colonos de Osorno y Villarrica y esquilmaban los indios

manzaneros. Llegará á Nahuelhuapí, navegará el lago y el tren chileno le internará en la cordillera, dejándole ver el manto de nieve del Tronador y las náyades del baño del Buriloche.

Al fin parará en Ralún, antiguo puerto del estero de Reloncaví, en pleno Chiloé, y punto de cita de misioneros y soldados, yentes y vinientes de la región de los Césares; si el viajero interroga á algún viejo chilote, éste, interpretando á su modo los fenómenos de la cordillera, le dirá que el tronido de los lurtes son tiros de la artillería de los Césares, y que ciertas corrientes de cascajo y arena que descienden de los volcanes de Chonos son veredas trabajadas por los mismos para rodar sus cañones...

¡Tales son los livianos cimientos de la tradición; parece que nunca dejará de ser, y cuando no es, asombra que haya sido! En cuanto la de los Césares, su poesía ha ido á refugiarse en la memoria de unos cuantos chilotes que la recuerdan luminosa y florida como un jardín de leyenda y se transmite de padres á hijos, como últimas ondulaciones de una hermosa ficción que por tanto tiempo entretuvo á sus antepasados.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
PROLOGO	5
Capítulo I.—La Gobernación del Estrecho: Los Fúcares: Simón de Alcazaba y la Armada del Obispo de Plasencia	9
— II.—Minucias históricas que hacen al caso	23
— III.—Aventuras de Sarmiento de Gamboa	37
— IV.—Los personajes de «La Entrada»	47
— V.—Fábulas artificiosas y verdades probables, orígenes de la leyenda de los Césares del Estrecho	57
— VI.—La Cruzada de Hernandarias	75
— VII.—La Cruzada de Cabrera	93
— VIII.—La región de Nahuelhuapí	111
— IX.—El Parsifal de los Césares	117
— X.—Los indios de Mascardi	136
— XI.—La feria de Nahuelhuapí	149
— XII.—Nueva diligencia de Mascardi por saber de la ciudad de los Césares, y no hallándola, vuelve predicando por las pampas á la cordillera.	165
— XIII.—Celebran los indios la fiesta del «gualicho», y en acabando, matan á Mascardi	173
— XIV.—El derrotero de Rojas	195
— XV.—Tomás Falkner	205
— XVI.—Basilio Villarino	217
— XVII.—Viajes de Menéndez	225
— XVIII.—Ultimas ondulaciones de la leyenda	233

LIBRARY
MAY
31
1977
UNIVERSITY OF ILLINOIS

MAR 18 1963

T REMOVE
THIS POCKET

O LIBRARY

Bayo, Ciro
Los Césares de

(11)

F
3072
B36

Bayo, Ciro
Los Césares de la Patagonia

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 21 07 11 001 1